



AÑO III.

NÚM. XXVIII.

LA
ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

—
ABRIL—1891
—

MADRID
IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22

—
1891

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo , es
indispensable el permiso del Director de
LA ESPAÑA MODERNA.*

Sección Española.

CARTAS AL SR. D. JUAN VALERA
SOBRE ASUNTOS AMERICANOS.

V.

LA CIVILIZACIÓN EN EL ECUADOR.

MUY respetado señor mío : En mi carta de 20 de Diciembre ofrecí á V. hablarle del estado de la civilización en esta República, y del movimiento literario que en ella se viene observando de 1868 para acá. Voy, pues, á hacerlo, siquiera sea brevemente, animado por la esperanza de que, dirigiéndome á persona tan conspicua como lo es V., quizá mis cartas sean leídas en Europa, y contribuyan á corregir algo el errado concepto que allá se tiene de los ecuatorianos.

No crea V. que, forzado por el amor patrio, voy á bañar á mi pueblo en agua de rosas y á ceñirle las sienes de corona de oro; no, señor ; ¡no faltaría más para que todos se riesen de mí! Muy atrasados andamos por aquí, lo confieso ; pero por mucho que lo estemos, no es á tal punto que seamos dignos del vituperio con que suelen tratarnos los que no nos hallan á la altura á que han llegado

otros pueblos más viejos ó más felices. Relativamente, no es poco lo que hemos adelantado. Hemos hecho y continuamos haciendo lo que es posible, dadas las condiciones de la naturaleza del país y otras que nos dejaron nuestros abuelos ó que pertenecen á nuestra propia naturaleza moral. En fin, hoy resbalando, mañana cayendo, y luchando siempre con mil obstáculos, graves los más, es lo cierto que vamos adelantando.

La naturaleza del país, he dicho ; y, en efecto, es preciso conocer el Ecuador para penetrar lo que es ella y apreciar cuánto vale cada triunfo sobre ella. Tan variada, tan rica y exuberante, tan hermosa y poética, en muchas cosas que constituyen su belleza misma nos presenta las dificultades que á veces nos desesperan. Necesitamos, por ejemplo, caminos para ponernos en fácil contacto con el mundo, y mire V. si en estas deliciosas altiplanicies andinas, será cosa que tengamos en un dos por tres ferrocarriles que salven abismos estupendos, y trepen montañas junto á las cuales los Alpes y los Apeninos son juguetes. En la costa no hay estos inconvenientes; ¡pero el clima! En las serranías, la naturaleza nos tiene aprisionados entre montañas y volcañes, ríos precipitados y abismos de profundidad hiperbólica, con los cuales nos impide aprovechar las riquezas que nos brinda; en la costa nos deja expeditos los caminos terrestres y fluviales, mas en cambio de perseguirnos á muerte con sus fiebres y sus tisis. Con todo, como el deseo de las riquezas es más poderoso que la muerte, y el trabajo inteligente y honrado halla gran remuneración en esas tierras fértiles y vecinas al mar, Guayaquil es la parte de la República que más ha progresado.

Otras de las causas que nos han impedido adelantar, son las revoluciones y los malos Gobiernos, — esas revo-

luciones hijas de las ambiciones personales; esos Gobiernos que ha sido preciso derrocar por medio de revoluciones. Esto quiere decir que no todas ellas han sido injustificables. Hemos tenido trastornos políticos que han puesto la Nación en agonía, y Gobiernos que le han traído graves males, iguales, si no peores, que los producidos por aquéllos. El día que pudiéramos decir: «Las revoluciones son imposibles en nuestra patria, y nuestros Gobiernos son siempre patrióticos y justos», tendríamos puesta una pica en Flandes en materia de progreso y civilización; y si al propósito de dejar de ser revoltosos, añadiéramos el de ser cuerdos en la política, sin meternos en novelorías peligrosas, ó cuando menos estériles para el bien, de seguro que entraríamos con pie firme en el camino de las luces y la prosperidad. Tal cual vez la revolución ha sido necesaria para salvar la República: por ejemplo, en 1859 fué indispensable oponerla á los militares que trataban de entregar al enemigo extranjero gran parte del territorio nacional; y en 1882, ¿qué otro remedio quedaba sino el levantamiento de los pueblos contra otro militar que con su bárbara dictadura los arrastraba á la ruina y al descrédito? Pero por justa que sea una revolución, mientras ella domina no se progresa, y luego deja consecuencias nada buenas que duran largo tiempo. Sucede lo que con el cáustico que se aplica al enfermo; le salva, pero le debilita é impide por muchos días el libre movimiento de sus miembros. No se hace sino cambiar la enfermedad que debió rematar en muerte con la que debe rematar en salud.

Cerrada la época gloriosa, pero sangrienta, de la lucha por la emancipación, nuestros pueblos quedaron anémicos, debilitados, en postración lamentable, y cuando la paz y el orden eran absolutamente necesarios para que

convalecieran, y, robustecidos, trabajaran en la realización de los propósitos de quienes movieron y consumaron la gigante revolución, el demonio de la ambición, las rencillas y la venganza abrió la era de las guerras intestinas, que tantos y tan crueles daños han causado á la América española.

Con todo, el progreso es visible y en algunas repúblicas sorprendente; y cuanto el Ecuador mismo ha adelantado, á pesar de los obstáculos antedichos, es muy notable, y hace comprender al observador lo mucho más que sin ellos habría alcanzado en civilización. Hasta los indios, si bien la mayor parte es todavía víctima de infausta suerte, según dije á V. en otra carta, cuentan con no pocas familias que han mejorado de condición: ya hay indios propietarios consagrados á la agricultura por cuenta propia; otros se dedican al comercio de productos del país, llevándolos de provincia á provincia, ó bien se emplean en el porteo de mercaderías extranjeras de los pueblos litorales á los serraniegos; muchos trabajan libremente en oficios mecánicos, para los cuales suelen tener buenas aptitudes: todo lo cual va sacándolos de su antigua miseria y abyección. Difúndese también entre ellos la lectura y escritura, y la repugnancia de que sus hijos concurran á las escuelas ya no existe sino en los indios que habitan los campos distantes de los centros de población, y puntos de la cordillera desiertos y frígidos por extremo. Eso sí, estos indios, por desgracia, son en gran número.

Los mestizos abundan en esta República; llámase los *cholos*, si moran en las ciudades, y *chagras*, si en las aldeas ó campos. Los primeros se dan de preferencia á las artes mecánicas, y los segundos á la agricultura, sin que faltén entre unos y otros quienes se aficionen al comer-

cio. En unos y otros también hay empeño en que sus hijos aprendan á leer, escribir y contar. No es difícil hallar entre esta gente individuos que á fuerza de trabajo y honradez han acumulado regulares bienes de fortuna, y hasta se han enriquecido. Sus hijos concurren á los colegios y universidades y optan grados académicos. Una vez ilustrados, son acogidos en la buena sociedad, y acaban por mezclar su sangre con la de la aristocracia. De este modo, nuestra sociedad va acostumbrándose á apreciar el mérito fundado en la acertada dirección de la inteligencia, en el trabajo y las prendas morales, más que el mérito mal arraigado tan sólo en la pureza de la sangre ó en antiguos blasones.

La parte de los ecuatorianos de origen español más ó menos puro, que es sin duda la parte menor, junto con otra porción de la clase social anterior, se ha apresurado á acoger las luces, y el orden y pulcritud de las costumbres de los europeos. Si los extranjeros que nos visitan se fijan sólo en los indios y mestizos, ó en aquella agrupación de éstos que fluctúa entre las sombras de ayer y las luces de hoy, han de hallar naturalmente ancha tela en que emplear las tijeras de la crítica ; pero si detienen los ojos en el grupo que ha entrado de lleno en el camino de nuevos y serios estudios, de la reforma de las costumbres, de la cortesanía en el trato social, del buen gusto en las habitaciones, el vestido y la mesa, etc., á fe que habrán de convenir en que no estamos á muchas leguas de distancia de la cultura europea. Y en este grupo deberían fijarse de preferencia, puesto que en él están los que estudian y leen, los literatos, los poetas, los periodistas, los artistas, los que componen el personal del Gobierno, la legislatura y los tribunales, los que explotan las riquezas del país, los que dan vida al comercio, etc., etc.

De este grupo descienden las luces, siquiera sea lentamente, sobre los demás : él les comunica el movimiento regenerador que va sacándolos de la prostración del semi-salvajismo á la civilización. Injustos por extremo se muestran los que nos juzgan mal. No queremos que se eche velo ninguno sobre nuestros defectos y faltas ; pero tampoco gustamos de que, por ignorancia ó por mala voluntad, se nos niegue lo bueno que tenemos. Sería conveniente, además, que nuestros censores extranjeros echasen una mirada al fondo de su casa ; quizá dirían, aunque sea á regañadientes : « ¡ Ah ! ; si penetrasen en ella los americanos, á quienes nada queremos disimular, ¡ cuánto trapo sucio encontrarían ! Y ellos son niños de ayer, en tanto que nosotros somos viejos seculares. Cuando estábamos en su edad, ¿ qué éramos nosotros ?.... »

Voy á permitirme hacer algunos recuerdos y comparaciones de tiempo á tiempo, para que en vista de ellos se pueda apreciar con más acierto los adelantos del Ecuador. En pie todavía los usos y costumbres de la colonia, y aun muchas de sus leyes, á pesar de la emancipación, el ministro general de Estado, D. José Félix Valdivieso, presentaba la *Exposición* de los diversos ramos que corrían á su cargo al primer Congreso constitucional en 1831, y en ella habla poquísimamente sobre instrucción pública, y eso para dejar traslucir la prostración casi absoluta en que se hallaba. No determina el número de escuelas y alumnos ; sin embargo, se sabe que eran bien pocos, y que las primeras eran todas privadas, por cuanto se sostenían con un miserable estipendio que pagaba cada padre de familia por el hijo ó hijos que enviaba á ellas. Las escuelas destinadas exclusivamente á las niñas eran desconocidas, y si éstas aprendían á leer, escribir y rezar, lo único que se les enseñaba, lo hacían en los

establecimientos del otro sexo. Las personas pudientes pagaban maestros ó maestras que les enseñasen á domicilio. ¡Y qué manera de enseñanza para niños y niñas, así en la escuela como en la casa! No había más textos que la Cartilla y el Catón; la pizarra era desconocida y el papel carísimo, y se los suplía, á lo menos para las primeras lecciones de escritura, con pencas de maguey, ó bien con tablas, en que se espolvoreaba arena para trazar en ella letras y números con un palito; el método empleado por el maestro corría parejas con esos utensilios; no se conocía estímulo ninguno para el discípulo, á no ser lo que llamaban *palco*, y era la nota que el maestro apuntaba por cada buena lección, para perdonar los látigos ó disminuir su número; la máxima suprema que sintetizaba el régimen pedagógico era la de *la letra con sangre entra*.

D. Vicente Rocafuerte, que fué uno de los mejores Presidentes que ha tenido el Ecuador, tomó vivo empeño en favor de la instrucción pública, y dió el primer *Reglamento* para organizarla y metodizarla. Á beneficio del impulso dado por él, D. Francisco Marcos, ministro de Estado en el segundo período presidencial del general D. Juan José Flores, pudo ya, á principios de 1841, dar un informe algo circunstanciado, aunque nada halagüeño todavía, de nuestras escuelas y nuestros colegios. Había, pues, 139 de las primeras (las más privadas) para 4,328 alumnos, y 31 para 546 educandas. De estas escuelas eran públicas sólo 5. ¡Qué triste exigüidad de cifras! ¡y qué lamentable desigualdad contra las niñas! Con todo, busquemos algún consuelo en la idea de que en esas sumas no entraban los niños y niñas que tenían enseñanza en sus propias casas.

Hasta 1845 la instrucción pública se mantuvo poco

más ó menos en el mismo pie. La revolución de este año, una de las más recias y trascendentales que han sacudido la República, trajo un orden de cosas en que la afición á la política dominó de preferencia en todos los ánimos, y el Gobierno y las legislaturas se acordaron bien poco de la educación literaria y científica de nuestra sociedad. El resultado se echa de ver en la *Memoria* del ministerio presentada al Congreso de 1853: hallamos disminución en vez de aumento en el número de niños y niñas que concurrían á las escuelas, pues los primeros no pasaban de 3,884 y las segundas de 422.

Tres años después, al cesar el gobierno del general Urbina, no obstante los graves defectos de que adoleció y merced á la paz que disfrutó la República, el ministro del ramo pudo ufanarse del incremento que habían tomado las escuelas: contábanse entonces 8,530 niños y 2,537 niñas que concurrían á ellas.

En los dos años que duró el gobierno del general Robles, hubo también aumento en el número de alumnos, pues ascendió á más de diez mil; pero bajó el de las educandas, que no llegó á dos mil.

Aquel General no terminó su período: estallaron revoluciones, y la situación se complicó horriblemente con la guerra que nos trajo el Perú. Pocas veces se ha visto el Ecuador en más graves conflictos. Entonces nadie se acordó de la instrucción pública, sino de pelear. Los contendientes eran, por una parte, Urbina, Robles y Franco, representantes del militarismo, y al fin sólo Franco, rudo y semisalvaje soldado de quien se sirvió el peruano Castilla para hacer surgir sus pretensiones contra el Ecuador; por otra parte, las revoluciones del interior, que establecieron su Gobierno provisional en Quito, y puede decirse que eran la encarnación del patriotismo, y lucha-

ban desesperadamente por salvar los intereses y la honra de la Nación. García Moreno era el alma de este partido. Al cabo de dos años de intrigas, discordias, caídas y levantadas, y numerosos combates y el famoso paso del *Estero Salado*, triunfó la causa nacional, y García Moreno fué elegido presidente de la República en Enero de 1861. El nuevo magistrado arrimó valerosamente el hombro á la ardua empresa de reconstituirla y regenerarla ; empresa tanto más ardua, cuanto, no sólo consistía en remover escombros para edificar de nuevo, sino en continuar luchando al mismo tiempo contra otras y otras revoluciones, promovidas por Urbina y sus partidarios, y en sostener dos guerras internacionales que, por añadidura, nos fueron adversas. Las fuerzas del coloso se extendían por todas partes y alcanzaban para todo. Su actividad era vertiginosa y su brazo de hierro ; nada le acobardaba, y si era preciso regar sangre para llevar adelante su obra patriótica, regábala sin vacilar. Cayó el militarismo que tantos daños causara en los años anteriores ; se acentuó la política de los partidos, que tomaron por base ideas y principios, y ya no los nombres de los caudillos ; se emprendió una multitud de reformas útiles, y en general la sociedad ecuatoriana toda recibió tan poderoso impulso hacia el progreso, que las perturbaciones que han venido después—el asesinato mismo del grande hombre y la dictadura de Veintemilla — no han sido parte á que el Ecuador retroceda : se ha visto á las veces en la necesidad de acortar el paso, aun se ha detenido ; pero ha conservado sus conquistas.

Uno de los anhelos de García Moreno era levantar la instrucción pública hasta donde fuese posible ; pero en los cuatro años que duró su primera presidencia, las conmociones intestinas y las guerras con enemigos de

fuera absorbieron la mayor parte de las rentas que pudieron haberse empleado en proporcionar luces al pueblo; además, una ley inconsulta coartaba la acción del Poder ejecutivo en materia de escuelas y colegios. Así, pues, al cerrarse aquel período, el estado de dichos establecimientos no fué muy satisfactorio. Dos años después, á la caída del gobierno del Sr. Carrión, apenas se contaban 13,500 alumnos de ambos sexos en toda la República; en 1871 había cerca de 15,000. En este año llevaba la Nación dos de venir sintiendo el nuevo impulso benéfico de García Moreno, cuya segunda presidencia había comenzado en 1869. En 1873 el ministerio informaba á las Cámaras legislativas que se habían multiplicado las escuelas y se contaban en ellas 22,500 niños y niñas. En 1875 subía este número á 32,000. La *Memoria* del ministerio presentada al Congreso de 1880 no da bastante luz para juzgar el estado de las escuelas bajo la dominación, que no gobierno, del general Veintemilla; pero, en verdad, no decayeron tanto como era de temerse. En los diez y seis meses de guerra cruda y sangrienta emprendida para derrocar aquel odioso poder, apenas se sostuvo la instrucción pública. Restablecido el orden y organizado el nuevo Gobierno, volvió á tomar impulso tan importante ramo, y siempre avanzando y avanzando, en 1888 los niños de ambos sexos que tenían maestros y maestras en numerosas escuelas, eran 53,000. El empeño de ilustrar á los niños y jóvenes crece cada día de parte del Gobierno, las municipalidades y los padres de familia, y es de esperarse que el Congreso, muy próximo ya á reunirse, sea informado del mayor adelanto de los establecimientos de enseñanza en los dos últimos años, que han sido de paz y orden, si bien nada favorables al Erario.

Los colegios y las universidades han pasado por las mismas vicisitudes que las escuelas; quizá han sufrido pruebas más rudas. La libertad de estudios en los gobiernos de los generales Urbina y Veintemilla fué desastrosa para la juventud. Veintemilla, además, como gustaba de poner la mano en todo, quiso hacer de la Universidad central un elemento de su política, y recabó del Congreso una ley que conculcaba los derechos de los profesores; éstos dejaron sus cátedras en cuanto el gobierno, de propietarios de ellas los pasó á la calidad de interinos; los estudiantes protestaron, aunque moderadamente; persiguiólos el dictador, hizo prender á muchos, á quienes encerró en la Penitenciaría, y so pretexto de hacerles enseñar ejercicios militares, los sujetó á un tratamiento duro y humillante. Veintemilla había sembrado en terreno fecundo; los jóvenes, de luego á luego, contribuyeron de manera eficaz á derribarlo.

En resumen: de 1830 para acá se han multiplicado las escuelas y colegios y ha mejorado mucho la enseñanza primaria, secundaria y superior. Casi no hay aldea en que no se enseñen las primeras letras. Entrando en cuenta el número de habitantes de la República, que pasa de 1.200,000, el de los niños y niñas que concurren á las escuelas (casi todas gratuitas), deja todavía mucho que desear; pero es seguro que irá en aumento. Hay tres causas, á mi juicio, que se oponen al incremento de la instrucción pública, siquiera sea la indispensable para el pueblo: la población diseminada en los campos á grandes distancias de las ciudades y aldeas, lo cual dificulta la concurrencia de los niños á las escuelas; la gran repugnancia que, por lo general, tienen todavía los indios habitantes de las serranías de enviar sus hijos á ellas; y la idea dominante en la plebe de que es innecesario que sus niñas

aprendan á leer y escribir. Este error va desapareciendo paulatinamente; mas ¡cuán difícil es persuadir á los indios, sobre todo á los del campo, de la necesidad de que sus hijos se eduquen! Se contentan con que aprendan á trabajar para que les ayuden en las labores agrícolas. Además, los indios son los que comúnmente viven más lejos de los centros de población. Debe también no olvidarse la circunstancia del despego y recelo con que miran á los blancos, y la de que, por lo mismo, no gustan mucho de ver á sus hijos en contacto con los de ellos. García Moreno tuvo el feliz pensamiento, que se empeñaba en realizar, de educar indios en la escuela de los Hermanos Cristianos, para que sirviesen de maestros á los de su raza.

El segundo período presidencial de este hombre célebre, que comenzó en 1869 (dos años después de escrita mi *Ojeada*), fué hartó fecundo en beneficios para el Ecuador), digan lo que dijeren en contrario sus enemigos apasionados. Si no lo hubiesen matado los liberales (lo sabe todo el mundo por confesión ufana de ellos mismos) en su tercer período de mando, el Ecuador se habría colocado en primera línea entre las Repúblicas sudamericanas. En el lapso de 1869 á 1875 nos vimos los ecuatorianos como asediados por los elementos que necesitan los pueblos para educarse é ilustrarse. Multiplicáronse las escuelas primarias; se aumentó el número de colegios, ó á lo menos se pusieron en buen pie los ya existentes; se crearon varios para señoritas, cuando antes no los había; se mejoraron los textos y se metodizó la enseñanza; se establecieron escuelas hasta en los cuarteles y las cárceles; se fundó el *Protectorado Católico* para que aprendiesen artes mecánicas los hijos del pueblo; vimos nacer y organizarse y aun comenzar á producir buenos frutos la *Es-*

cuela Politécnica, la Escuela de Bellas Artes, el Conservatorio de Música, el Colegio de Cadetes, el Observatorio Astronómico, etc. Abriéronse, pues, á la juventud, nuevas vías para la vida intelectual y la de la industria y la riqueza. Ya no podía quejarse nadie, como me quejaba yo en mi *Ojeada* en 1867, de que nuestros jóvenes no tenían sino tres caminos para asegurar su porvenir, ni había pretexto para la vagancia.

Si no fuera un si es no es ajeno á la índole de estas *Cartas*, presentaría á V. otras muestras del adelantamiento del Ecuador, v. gr.: el gradual aumento de sus rentas, sin nuevas contribuciones ni recargo de las antiguas, y el desarrollo de las empresas agrícolas, comerciales é industriales. La agricultura es la que menos ha progresado, y, con todo, es digno de llamar la atención el aumento del valor de la propiedad territorial, que es cuatro tantos más que el de ahora cincuenta años; esto sin tomar en cuenta las grandes extensiones de terreno que se han arrancado á la naturaleza silvestre é inculta para entregarlos á la labor inteligente y productiva. Otra cosa que llamará la atención de V., especialmente si compara el Ecuador con varias naciones de Europa, es ver lo poco gravada que está nuestra agricultura. Aquí muchos, en verdad, han puesto el grito en el cielo contra la contribución del diezmo, hasta hacer que se sustituya con otra; pero ni antes ni después hemos pagado, sumando todos los gravámenes, más del once ó doce por ciento sobre el producto neto, en tanto que en España é Italia, por ejemplo si no estoy equivocado, sube hasta el setenta y cinco. Esto hacía decir, no hace mucho tiempo, á un escritor español, que allá en su tierra los hacendados no eran sino arrendatarios del Gobierno, y tenían que contentarse con una ganancia bien mezquina. Bastante caras

cuestan, pues, en Europa, la grandeza y pompa de la civilización de que alardea.

Antes de pasar adelante, no será malo que diga dos palabras acerca de otro progreso de mi patria. La caridad, que se la quiere disfrazar con el nombre de filantropía, que para ciertos oídos progresistas suena mejor que esotro, anticuado ya, y, sobre todo, con su dejillo fraileesco, es uno de los distintivos de la verdadera civilización. Donde se ve con indiferencia la miseria y el dolor ajenos, no hay civilización completa; al contrario, entre la riqueza, el lujo, las comodidades de la vida, los prodigios del saber y todo el brillo de las sociedades que han llegado al más alto grado de cultura, si no se destaca la angelical figura de la Caridad, claro está que anda oculto el demonio de la barbarie. Pues bien: si antes no faltaba en el Ecuador esa virtud, parece que estaba en relación con nuestro atraso en todo lo demás. De algunos años para acá se ha propagado y hecho más activa y ostensible. Tenemos por todas partes hospitales, hospicios y lazaretos; no nos faltan manicomios y casas de huérfanos, y abundan las sociedades de señoras y caballeros consagrados al alivio de las miserias humanas.

Pasemos á otras cosas. He dicho á V. que la parte española de la sociedad ecuatoriana, y aun buena parte de la mezclada con la sangre americana, se han apresurado á acoger las luces, el orden y la pulcritud europeas, y que, siquiera sea poco á poco, vamos siempre adelante. En el lenguaje, especialmente en el familiar, andábamos antes tan mal, que nuestros abuelos, no sólo cometían las faltas comunes en quienes no conocen la gramática y la ortografía, sino que chapurraban el español con el quichua, formando á veces frases que hoy el diablo que las entendiera. En algunas coplas populares que han llegado

hasta nosotros se conserva todavía esa extraña mezcla. Ahora, si no podemos lisonjearnos de la pureza de la lengua, ya es castellano lo que hablamos en el hogar y fuera de él.

En las habitaciones, en los edificios públicos, en nuestras diversiones, en casi todo la comparación con lo antiguo da resultados favorables para lo moderno. Sólo en los templos, especialmente en la capital, no tenemos cosa que pueda compatir con la arquitectura que nos dejó la colonia. Antes, excepto en Quito, no había ciudad en que no se viesen miserables casas de paja, haciendo feo contraste con las de teja; y aun éstas solían ser de pésimo gusto y nada cómodas; mas hoy en día las chozas van desapareciendo,—hay ciudades en que ya no se las ve,—y generalmente se construyen las habitaciones elegantes y con las conveniencias necesarias para la vida. Ya se gusta de sustituir en las paredes el simple blanqueo de cal por el papel pintado, y se tiende alfombra en el pavimento; en vez de los sillones de vaqueta, hay silletas y poltronas y sofás forrados de seda; el piano ocupa el lugar del monacordio; se cantan óperas en vez de *yaravíes*, y ya no se baila el *costillar* y el minué, sino cuadrilla y *polkas* y valeses. Ahora voy á hacer á V. una confesión, Sr. Valera: hay algo en esta cultura moderna en que vamos entrando tan resueltamente que no me gusta. El excesivo lujo, por ejemplo, al que son muy aficionadas muchísimas familias, y el desatentado culto que se rinde á las modas que nos vienen de ultramar, nunca merecerán mi aprobación; menos esos bailes ofensivos del respeto y delicadeza con que deben ser tratadas las mujeres. D. José Selgas está en lo justo cuando condena la danza en que cualquier hijo de vecino se cree con derecho de abrazar á una joven para hacerle dar vueltas en un sa-

:

lón. Yo habría querido, pues, que la civilización no llegase á desterrar la sencillez medio patriarcal de las costumbres coloniales, y que les hubiese quitado sólo la aspereza y el desorden casi salvajes de que se hallaban contaminadas.

Entre las muestras de nuestro progreso material es preciso recordar algunos edificios públicos, en los que luce una arquitectura, si no severa y magnífica, sí de buen gusto y notable elegancia, como los teatros de Quito y Guayaquil, la Penitenciaría, el Observatorio Astronómico, la Escuela de Artes y Oficios, los templos de San Alfonso Ligorio y del Corazón de Jesús en Riobamba y muchos puentes de la carretera central. Y no hablaré á V. de las varias fábricas industriales, de las muchísimas bellas y lujosas quintas de que están poblados los valles y las márgenes de los ríos, de la afición al cultivo de las flores y árboles, y de otras cosas que manifiestan la cultura de los ecuatorianos, pues esta carta va excediendo de los límites prudentes; y terminaré diciendo á V., que si se viniera por acá, nos haría justicia; pero echaría menos, de seguro, en todas partes y con razón, la cultura europea y de los Estados Unidos de America, que ha alcanzado tan sorprendente perfección (aunque, según se me ha dicho, en algunos lugares y en varias cosas, España se anda también atrasadilla); y el entusiasmo con que le recibiríamos los ecuatorianos, y los agasajos que le haríamos, y todo nuestro fraternal cariño, no bastarían para que le tuviéramos contento.

Me repito de V. muy atento seguro servidor y amigo,

J. LEÓN MERA.

UN POCO DE TODO



II.

No me tendrá á mal mi respetable amigo el doctor D. Raimundo Cabrera que de su excelente y patriótico libro *Cuba y sus jueces* copie, extractándolo, el capítulo en que pulverizó el cargo de esterilidad de ingenio con que nos obsequió otro peninsular, un señor F. Moreno. El Sr. Barrantes no se refirió sino á la poesía, y aquí se habla de otras muchas cosas; por lo tanto, no todo el capítulo va enderezado al adusto académico, pero siempre conviene reproducirlo, ya que algunos «hermanos» peninsulares están incurriendo con ahinco en el mal caso de negar á los naturales de Cuba todo valor intelectual, sin caer en la cuenta de que, si tuvieran razón, el descubrimiento sería un arma de dos filos que heriría también á España, exhibiéndola como cultivadora inhábil de aptitudes nativas que otros españoles han ponderado y ponderan tanto. Nuestra insuficiencia sería en nosotros un defecto, en ella una falta.

D. Ramón López de Ayala, otro ibero, llevó la indiferencia por el qué dirán, hasta afirmar el 23 de Abril de

1876, en la inauguración del Círculo Científico, Artístico y Literario de la Habana, que la América, toda en masa, no ha producido en los campos del pensamiento y del arte absolutamente nada de nota.

Algunos datos sobre Cuba agrupé yo en mis apuntes titulados *La Habana intelectual*; mas en vez de citarme á mí mismo, prefiero copiar á un compatriota célebre que ha tratado mejor el asunto.

Y será oportuno arreglar primero unas cuentas con el Sr. Barrantes.

No he sostenido que España carezca de poesía : son los Sres. García, Campoamor y Alas los que barren con casi todos los poetas. Por mi parte, advertí que reservaba mi opinión, ó, mejor dicho, que ratificaba la que en otro lugar había emitido.

¿Por qué apoyarme entonces en argumentos de los que piensan de otro modo?

Es muy sencillo : porque si los españoles son miopes para con la poesía casera, no hay que esperar que tengan buenos ojos para la que ha nacido y vive lejos, y eso convenía patentizarlo.

Porque á iconoclasta, iconoclasta y medio.

Y si se me objeta que eso es usar el argumento de *más eres tú*, como lo han hecho el Sr. Barrantes y la *Unión Constitucional* de la Habana, y que «la falta de modelos españoles no disculpa la esterilidad del ingenio cubano», replicaré que sí la disculpa, porque el hijo de la gata ratones mata; que á los extranjeros, irresponsables de la degeneración intelectual de la raza en Cuba, no estaría bien contestarles *más eres tú*; pero á los que á cada triquitraque nos hablan del abolengo, sí se les debe recordar que los defectos y los vicios se heredan, lo mismo que las virtudes, y que si somos un pueblo de

fatuos (1) y de poco entendimiento, será debido á la acción de la ley del atavismo.

He aquí el capítulo de Cabrera:

«Tratemos ahora de la literatura cubana, que, aunque naciente todavía, no ocupa puesto oscurecido y desdeñado en nuestro Parnaso.

» Si hubieras de juzgarla por las noticias de tu oficioso comunicante, y por los modelos que pone ante tu vista, de seguro que habrías de creer y sostener que España ha fundado y gobierna aquí un pueblo tan inepto, que ni siquiera ha conservado el idioma de sus progenitores.

» Por fortuna no es así: sobra á los hijos de este suelo ardiente imaginación y talentos, y á estos dones naturales deben sobre todo sus progresos científicos.

» ¡Qué mengua fuera para la nación española si en el último cuarto del siglo XIX las letras de su principal colonia en América sólo ofrecieran como trozos selectos la fraseología pedantesca y mal zurcida de un anuncio-programa de un baile de negros, y alguno que otro soneto ó romance de los que diariamente, para dar gracias y felicitaciones, publican todos los periódicos del mundo en su sección de *interés personal*!

» Probablemente F. Moreno, entretenido en sus ocupaciones oficinescas, no tuvo ocasión de estudiar nuestro movimiento literario, ni voluntad de examinar nuestra bibliografía, ni ocasión de tratar y conocer á nuestros literatos. Ó si le sobró tiempo, que siendo empleado ¡vaya si le sobraría!, le faltó buena fe y voluntad para enterarse de todo ello, como también le sobró *la mala* intención para describir en Madrid á Cuba tal como había de concebirla ó conocerla en el círculo limitado, estrecho y mefítico en que él—ave de paso encerrada en el comedero de la burocracia—supo únicamente agitarse y respirar.

».....

» Estás ya enterado de que hasta 1790 los cubanos no conocíamos la imprenta. Pues sabe ahora que hasta 1800 no hubo imprenta de propiedad particular en Cuba.

» Nuestros primeros trovadores pudieron sólo reproducir en manuscritos sus inspiraciones, y de ellos, pocos se conservan. Los que han descubierto como recuerdos históricos algunos de nuestros

(1) LA ESPAÑA MODERNA, Septiembre de 1890, páginas 193 y 194.

entusiastas y conocidos bibliófilos (Saco, Bachiller y Morales, Mendive y otros), revelan el estado de un país donde las escuelas no se habían establecido sino lenta y difícilmente, y en escaso número.

» Todos los pueblos han tenido esta época oscura en su historia, donde los primeros pasos son tan vacilantes como los del niño que, al salir de la lactancia, hace esfuerzos para caminar. Lo notable y sensible es que fuera una colonia española fundada en 1492 la que estuviese en la oscuridad, en la lactancia intelectual, al comenzar este siglo.

» Nuestro Juan de Mena (en el orden cronológico) fué el poeta de Rubalcaba. Él y D. Manuel de Zequeira son los iniciadores de una literatura que en menos de noventa años ofrece serie numerosa de hombres ilustres, algunos contados ya entre los grandes españoles de la presente centuria. El primero, que estudió los clásicos, especialmente á Virgilio, y pudo seguir con brillo sus huellas, no tuvo ocasión de publicar sus composiciones, ni el estímulo que la publicidad despierta para pulirlas, en una patria donde la imprenta era fruta rara ó prohibida.

» El segundo, que poseía sólida instrucción, y que supera á Rubalcaba en el estro y en la corrección, tampoco llegó á publicar sus producciones. La primera edición de sus obras se imprimió por sus amigos en Nueva Yorck (1828), cinco años después de la muerte intelectual del poeta. En su país no alcanzó esa gloria, siempre cara para los que cultivan las letras.

» Homeros de un pueblo sin tradiciones y sin historia, casi sin cultura, ¿qué más pudieron dar aquellos trovadores, que las primicias contenidas en un reducido número de composiciones líricas?

» Pero después de ellos, y como parto feliz elaborado por las nuevas escuelas establecidas en la Habana, condensando las ideas filosóficas modernas, que en las cátedras recientemente establecidas estudiaban y enseñaban varones eminentes, y resumiendo en sus obras todo el adelanto alcanzado en pocos años por la juventud cubana de aquella época, surgió el genio y el escritor clásico en José María Heredia, poeta desde los diez años, letrado y lingüista á los quince, abogado y periodista á los veinte, magistrado en México á los veinticinco, historiador, maestro, publicista y proscrito de la cara tierra patria á los treinta y cinco...., época de su temprana muerte.

» Él también tuvo que publicar sus obras en el extranjero, y su primera colección de poesías, impresa en Nueva Yorck (1825), y reimpressa en Toluca (1832), le ganó en Europa y América el título merecido de gran poeta.

»Publicó también una Historia Universal (1832), *El Sila de Jouy*, *El Abufar de Ducis*, *Atreo y Tiestes*, la tragedia *Tiberio* y diversas memorias, traducciones y trabajos. Dejó inéditas algunas tragedias é impresiones de viaje.

»No he de ser yo, Paco, quien ha de encomiarte la grandeza de aquel genio fecundo que rivaliza con Quintana. Podrías creer con Moreno que el sentimiento provincial cubano inspira mi palabra.

»Lee lo que sobre él escribió D. Alberto Lista, que le llama «gran poeta»: á Gallego y á Martínez de la Rosa; lee, si sabes idiomas, el *Conversation Lexicon*, á Kennedi, á Ampère, á Mazade y Villemain, que, respectivamente, le hicieron conocer en Alemania, Inglaterra y Francia.

»Yo sólo puedo decirte que los venerandos restos de aquel cubano ilustre y desgraciado, expulsado del suelo patrio, se han perdido en tierra extranjera.

».....

»Después de Heredia, astro resplandeciente, brillan como poetas de grandes méritos D. Ramón Vélez Herrera, el primero que tuvo —y pudo tener— la gloria de publicar en Cuba una colección de poesías (1830), y de quien Salas y Quiroga habla con encomio. Don Domingo del Monte, ilustradísimo literato que intentó formar en sus bellos *Romances cubanos* una literatura propia, mentor de los jóvenes literatos de la época, crítico de quien D. Antonio Cánovas del Castillo hace merecidos elogios; D. Félix Tanco, que consagró breve tiempo sus bellas inspiraciones á asuntos graves y austeros, y sobre todos, Plácido, el humilde mestizo Gabriel de la Concepción Valdés, que comenzó su vida tormentosa en la cuna del expósito y la terminó en el cadalso. Hubiera igualado á Heredia, si en vez de pasar su niñez y juventud en el taller de un peinetero, se le hubieran abierto las aulas, y un Gobierno protector, ó una sociedad menos viciada por las preocupaciones, le hubiesen amparado y conducido por la senda de gloria y de laureles reservada en todas partes al genio. Pobre, descendiente de una raza esclava y abyecta, humilde jornalero, sin educación, sin estímulo, poseyó, sin embargo, en la magnificencia de su estro poético, reconocido por críticos nacionales y extranjeros, títulos bastantes para alcanzar la inmortalidad, ya que en la tierra natal sólo ganó la miseria, el baldón y la muerte.

»Varios de sus sonetos, romances y otras composiciones, no las desdeñarían los clásicos españoles.

».....

»No te fatigues, Paco, si, empeñado en esta tarea, continúo ci-

tándote como literatos y poetas cubanos, cuyas obras merecen leerse y recomendarse, á D. Ramón de Palma, notable por su esmerada dicción y buen gusto, y por sus trabajos periodísticos; á Orgaz, Foxá, Blanchié, Briñas, Roldán, Leopoldo Turla, Tolón, Quintero, Andrés Díaz, N. Fajardo, D. Ramón Piña, Santacilia, V. Aguirre, el esclavo Manzano, cuya prosa sencilla y fácil excede en mérito á sus versos: la señora Luisa Pérez, Anselmo Suárez, L. V. Betancourt, Villaverde, los Carrillos, Torroella, Del Monte, la Condesa de Merlín, Zambrana, N. Azcárate, D. José I. Armas, Navarrete y Romay, Fornaris y muchos otros que omito, ó que no recuerdo, que en el período comprendido desde 1830 hasta 1868, en sus obras literarias diversas, en sus trabajos periodísticos incessantes, manifestaron el celo y entusiasmo con que entre nosotros se han cultivado las bellas letras.

» Entre ellos, astros espléndidos de primera magnitud, descuellan José Jacinto Milanés, el más popular, dulce, tierno y sencillo de nuestros poetas, como culto y correcto en el lenguaje, que así en la poesía lírica como en la dramática (*El Conde Alarcos*) escaló el templo vedado de las musas; á Gertrudis Gómez de Avellaneda, admiración y asombro de Quintana, notabilidad reconocida por Lista y Gallego, que cultivó así el arte lírico como la novela y el periodismo, que en *Munio Alfonso* inició el renacimiento de la tragedia clásica; á Rafael María de Mendive, el castizo, suave, tierno é inspirado poeta, juzgado y enaltecido por Cañete; á Joaquín Lorenzo Luaces, nuestro Tirteo, autor de *Aristodemo*, que en la oda mostró el vuelo y la elevación épica de los primeros clásicos....; y por último, á Juan Clemente Zenea, el dulcísimo cantor de *Fidelia*...., el autor del *Diario de un mártir*, últimos y sublimes acentos de un trovador cubano, escritos con sangre de sus venas en el oscuro calabozo de una fortaleza; suspiros exhalados durante ocho meses de martirio, y adiós ternísimo de un padre y de un patriota á su familia y á su patria, cuando se disponía á hallar en el último suplicio el término de sus indecibles amarguras.

».....

» Pero no creas, Paco, que la mayoría del pueblo cubano vive escribiendo versos, llorando sus penas, que son muchas, y celebrando sus alegrías, que son muy pocas.

» Los literatos que te he citado no fueron sólo *trovadores*, ó poetas líricos ó dramaturgos, que cultivaron la tragedia, la novela y los demás géneros literarios. Fueron al par, muchos de ellos, ó abogados distinguidos, ó médicos, ó químicos, ó publicistas, ó profesores notables, ú hombres de ciencia ó posición social reconocida,

que en otros ramos del saber y de las artes enaltecieron el país.

» Las letras, ya lo has visto demostrado, no sirven en Cuba para medrar; han servido sólo para obtener prisiones, destierro... y otras amarguras.

» Sigue leyendo con paciencia, si estás cansado, ó con gusto, si te interesa, y verás que el grupo de cubanos distinguidos por sus obras y esfuerzos en otros ramos científicos y artísticos, distintos de la poesía, así como en otras carreras del Estado, no es menos notable y numeroso.

» No olvides que en el pasado siglo, y hasta fines de él, Cuba estuvo privada de todos los medios de enseñanza y propaganda que determinan en los pueblos los adelantos de la civilización.

» Como historiadores contamos á D. Ambrosio de Zayas Bazán, cuyas obras manuscritas, las primeras sobre los orígenes de Cuba, enviadas á la Corte, se perdieron... desgraciadamente; á D. José Martín Félix de Arrate, D. Ignacio de Urrutia y D. Antonio José Valdés, que realizaron ímprobos y meritísimos trabajos é importantes investigaciones sobre los más antiguos sucesos de la Isla, los cuales recogió y nos transmitió, cual preciado tesoro, la Sociedad Económica; á Saco, el infatigable publicista que no descuidó ninguno de los asuntos relacionados con la vida y mejoramiento de su patria; á D. José María de la Torre, digno de mencionarse por su laboriosidad.

» Los tenemos tan eruditos y notables como Pichardo, historiador y geógrafo; á Santacilia, Guiteras (D. Pedro) y D. José I. Rodríguez; á D. José Silverio Jorrín, autor de selectos estudios históricos y sobre Bellas Artes; á D. Francisco Calcagno, que ha terminado un *Diccionario Biográfico Cubano*, primera y laboriosa obra de ese género entre nosotros, y por último, el Dr. D. Antonio Bachiller y Morales, socio y corresponsal de varias Academias de Historia extranjeras y de la Arqueológica Matritense, bibliófilo infatigable que nació con el siglo, y que, siendo uno de los maestros y educadores de nuestra juventud, ha tenido la satisfacción de compartir y de presenciar sus triunfos.

» En la Medicina han brillado el Dr. D. Tomás Romay, que sólo por haber importado la vacuna, ya que no por su vastísima ciencia y sus obras, merece que su nombre se grabara en mármoles; el Dr. A. Cowley, catedrático eminente; el Dr. D. Francisco Zayas, fundador de la primera cátedra de Histología en los dominios españoles; el Dr. D. Nicolás Gutiérrez, corresponsal académico de distintas corporaciones médicas extranjeras, á la vez que fundador y presidente de nuestra ya conocida Academia de Ciencias, que

acaba de obtener la vicepresidencia de un Congreso médico en Washington, gloriosa corona con que en el extranjero se recompensan los servicios preclaros de un sabio cubano; los Dres. Don Joaquín G. Lebrede, premiado por la Academia de Medicina de Madrid; D. Antonio Mestre, fundador y presidente de la Sociedad de Estudios Clínicos; D. Carlos Devernine, que en el último Congreso médico celebrado en la capital de los Estados Unidos (1887) alcanzó el aplauso de las primeras reputaciones allí congregadas, ganando, no obstante su juventud, con los propios laureles, renombre para su patria, y tantos otros que en las Revistas científicas, en los laboratorios y en la cátedra han enaltecido y enaltecen actualmente entre nosotros la ciencia vastísima de Hipócrates.

» Como retóricos, profesores y gramáticos, se distinguieron Vidal, Andrés Dueñas, D. Antonio y D. Eusebio Guiteras, D. Luis F. Mantilla, ilustrado profesor de lenguas; D. José María Zayas, autor de una Gramática castellana y otros trabajos, y hoy se distinguen D. Néstor Ponce de León, autor de un notable *Diccionario tecnológico inglés y español*, y D. Enrique J. Varona, que es á la vez profundo pensador y filólogo, no obstante que no ha llegado aún á los cuarenta años de su vida, ni ha visitado los institutos de enseñanza oficial.

» En matemáticas descollaron Menéndez, Sotolongo y Trevejos, como se distingue hoy el joven cubano D. Aniceto Menocal, ingeniero naval de los Estados Unidos, D. I. M. de Varona, autor de un notable proyecto para acueducto de Brooklyn, aceptado últimamente, y D. Francisco Albear y Lara, cuyos proyectos y obras del Canal de Vento son admiración de los extranjeros, y fueron premiados con medalla de oro en la Exposición de París.

» En jurisprudencia, los Urrutia, González, Armas, Govantes, Escobedo y Bermúdez; y actualmente D. Antonio Govín, autor de varias obras de derecho y administración; D. Pedro G. Llorente, D. José Bruzón y D. Leopoldo Berriel, cuyos merecimientos han sancionado los sufragios del ilustre Colegio de Abogados, confiéndoles sucesivamente su decanato.

» En filosofía, el virtuoso prelado, profundo pensador, D. Félix J. Varela, autor de varias obras notables de lógica, metafísica y política, desterrado un día de su patria, á la que, como educador, consagró sus servicios, y cuyos restos sagrados conservan y reivindicán con religioso respeto los diocesanos de San Agustín de la Florida; D. Zacarías y D. Manuel González del Valle, célebre por su polémica sobre materias filosóficas con D. José de la Luz Caballero, el sabio mentor, cuya profunda erudición admiró á Walter-

Scott y á otros sabios de Europa, que inició á sus jóvenes educandos en el estudio de la filosofía moderna ; carácter lleno de virilidad y mansedumbre, venerado y consagrado por sus compatriotas como el Mesías de las nuevas ideas, y á todas horas calumniado....

»

» Como estadistas y filántropos te citaré á D. Francisco Arango, O'Reilly, Peñalver y Cárdenas, y á D. Gaspar Betancourt Cisneros, conocido por *El Lugareño*.

» En las ciencias naturales, D. Tranquilino Sandalio de Noda, varón modesto que adquirió su vasta erudición en el retiro del campo y en la soledad de su gabinete.

» D. Alvaro Reinoso, químico eminente, á quien los miembros del Instituto de Francia atestiguaron la estimación en que se tienen sus merecimientos en Europa, agrónomo de reputación universal ; Barnet, vencedor en Madrid en la oposición á una cátedra de Química, y que fué pronto víctima de su amor á la ciencia de Lavoisier.

» Y, por último, D. Felipe Poey, el octogenario naturalista, gloria indiscutible de nuestra patria, cuya obra sobre Ictiología cubana, premiada en la Exposición de Amsterdam, yace en los anaqueles del ministerio de Ultramar, que la adquirió por tres mil pesos, y será mengua de la nación si no la publica dignamente.

» Como oradores forenses, á Escobedo, I. Carbonell, Cintra, Bermúdez.... Como oradores sagrados, á Cernada, Tristán Medina (admirado en Europa), M. D. Santos, Arteaga.

» En las artes puedo citarte á Báez, grabador : á Escobar, pintor ; Chartrand (D. Esteban), notable paisajista ; en la música, á White, Cervantes, Díaz Albertini, Jiménez, alumnos laureados, primeros premios del Conservatorio de París ; artistas cuyo genio ha sido admirado en Viena, Londres y París, y los más grandes centros americanos y europeos ; algunos de ellos, como el mulato White, — expulsado del suelo patrio, — director del Conservatorio de Música del Brasil, y como Díaz Albertini, vocal, no obstante sus pocos años, del Tribunal de exámenes del Conservatorio de París.

» Como compositores notabilísimos, contamos también á Gaspar Villate, autor de *Zilia* ; á Espadero, autor del *Canto del Esclavo*, y amigo predilecto de Gotschalk....

» Como oradores, profesores ó escritores ó artistas ; como amigos apasionados de las ciencias, podría citar á toda una falange de contemporáneos, ancianos y jóvenes, abogados, médicos, artistas, cuya modestia no quiero herir, timbres preclaros del país, en el que actualmente estudian, trabajan y brillan.... ; mas ceso en esta labor, porque adivino que sientes tu corazón latir, henchido de entu-

siasmo y de profunda satisfacción patriótica, al persuadirte, después de cuanto en esta carta te he referido, de que Cuba es una colonia civilizada que honra á su Metr6poli.....
 ».....»

No constan aqu3 ciertos nombres, como el brillante de Enrique Piñeyro, por estar citados en otros lugares de la obra. Algunos otros se mencionan en un viejo artículo reproducido en el peri6dico titulado *Crist6bal Col6n*, de Par3s, n6mero de 15 de Enero 6ltimo; el autor es español. Para terminar, recordar3 al Dr. D. Joaqu3n Albarr3n, que ahora mismo ocupa con muy notable lucimiento puesto distinguido en el cuerpo m3dico de Par3s.



Celebro que al Sr. Barrantes le gusten *La palmera solitaria* y *El ave de las tempestades*, de Francisco Sell3n; y aunque yo no fuera de su sentir, que s3 lo soy en gran parte, me guardar3a de dirigirle 3 tal respecto observaciones, que ser3an mal medio de destruir su inquina contra los poetas cubanos. Lo cual tampoco me impedir3 decir que *Meditaci6n*, *Panteismo*, y sobre todo *Transformaci6n*, me agradan m3s que todas las composiciones de la primera 3poca y que muchas de la segunda; y prefiero los versos en que Sell3n traza cuadros apacibles, como *Mediod3a en Cuba*, *Noche tropical*, *El Labrador*, *Calma*, y algunas pinceladas maestras inspiradas por lo infinito, 3 las descripciones de cuadros t3tricos, excepto cuando los presenta en v3vidas baladas, como *Los dos hermanos* y *Los fugitivos*. Lo sombr3o en Sell3n me parece resultado de sus lecturas y de sus desgracias, m3s bien que de su temperamento.

Es l3stima que 3l haya mantenido en su versificaci6n,

desde que empezó á rimar , ciertos defectos de estructura, y que ahora no tuviera tiempo de corregirlos; pues imprimió su libro con celeridad por complacer el deseo de su esposa , gravemente enferma ; pero al lado de ellos también presenta muchos rasgos primorosos , y todo esto atañe , en resumen , á la forma , no á los ideales. Entiendo aquí por ideales los asuntos.

Los asuntos sí me parece que tienen mayores proporciones en la segunda época que en la primera.

Respecto á las poesías patrióticas , diré únicamente, en términos generales, que un poeta de cualquier lugar del mundo, que desee la independendencia del país en que nació, y que no pueda hacerla objeto de sus cantos mientras viva en él, tendrá en el Extranjero un grandioso ideal más para su musa ; el desempeño será lo que fuere, pero el poeta tendrá ese ideal. Y no agrego otras cosas, en razón de ser este un punto delicado que por consideración al Sr. Barrantes no debo dilucidar con él, ó no debo hacerlo en su periódico. Cuanto á que yo aplauda literalmente todo verso contra España, aunque no sea bueno, y sólo porque se dirija contra España, me refiero á lo que dije diez años ha en el estudio sobre Zenea.

El Sr. Barrantes vislumbra en Sellén una tendencia «á comulgar en la *Religión de la humanidad*». Sea que ésta consista en *vivir para el prójimo*, según el señor Puelma Tupper, citado por el Sr. Barrantes ; ó sea que adoptemos la definición dada por M. Frederic Harrison en su polémica de ahora seis años con M. Heabert Spencer : «*Intelligent love and respect for our human brotherhood*», «*recognising your duty to your fellow-man on human grounds*», declaro mi incompetencia para encontrar *Religión de la humanidad* en los versos de Sellén. Si se exceptúa la generosa poesía *Delirio* y tal ó

cual frase de dos ó tres composiciones más, Sellén aparece tan embargado con su sufrimiento íntimo, que no se acuerda del de los otros hombres, á lo menos considerados colectivamente.

De un libro de versos no hay que pretender sacar un sistema filosófico cabal; pero el tono dominante de la filosofía de Sellén es uno como pesimismo, que tiene del germánico y más del griego, tal como lo canta el coro de Sófocles en *Edipo en Colona*. Bullía latente en las primeras poesías; y en las segundas resuenan con libertad la maldición á la existencia y las preocupaciones por el misterio de la creación, la fatalidad del dolor y la incomprendibilidad de lo infinito. Antes de 1868 no se hubieran podido publicar en Cuba estas cosas, y hoy mismo, ¿quién sabe? Uno puede aceptar esos puntos de vista ó rechazarlos, y, por mi parte, mi amigo Sellén sabe hace tiempo que no son los míos; pero en todo caso el ideal es grandioso, filosófico y poético, porque es una audaz y rebelde concepción de la vida y del destino humano. En su exposición, Sellén tiene con frecuencia versos felices, ricos por el pensamiento y bellos por la expresión.

Pregunta el Sr. Barrantes: «Desagraviar, ¿de qué?»

De nada, señor: lo que sigue serán prendas de afecto maternal y títulos á nuestra gratitud.

El Código político de Cuba, á contar desde el primer tercio de este siglo, fué el famoso decreto llamado *de las facultades omnímodas*, fechado el 28 de Mayo de 1825, y por el cual se daban á los capitanes generales, para tiempos de paz, los poderes de los gobernadores de plaza sitiada, con autorización, para extrañar de la Isla,

á toda su voluntad y talante, sin formación de juicio, á cualquiera persona que por su conducta *privada* ó pública les inspirase recelos. Si ha habido capitanes generales que han visto con benévola solicitud nuestras necesidades y aspiraciones, se han esforzado por atenderlas y nos han dejado recuerdo grato; pero han sido excepciones rarísimas, debidas al carácter personal de esos jefes, y no al régimen de gobierno absoluto en que hemos vivido, exceptuados los dos breves períodos constitucionales de 1820 á 1823 y de 1834 á 1837. Hoy mismo los gobernadores, obligados en teoría á sujetarse á la Constitución y á las leyes, frecuentemente no practican otra ley que la del encaje.

En 1837 se negaron las Cortes á recibir á nuestros diputados. En la Constitución de ese año se ofrecieron leyes especiales para las posesiones ultramarinas, y en la de 1845 se repitió esa solemne promesa, que por no haber sido cumplida, originó los trastornos de los años subsiguientes.

No teníamos ni el derecho de petición.

«Un capitán general de Cuba suspendió á varios regidores del Ayuntamiento de Puerto Príncipe, sólo porque se atrevieron á dirigir á la Reina la inofensiva petición de que se restableciera allí la Audiencia que se había trasladado á la Habana (1).»

«En 1843 elevó el (Ayuntamiento) de Matanzas una exposición al gobernador general, quejándose del escándalo con que se desembarcaban dentro de su propio circuito negros bozales de África; pero no sólo fué aquella corporación duramente reconvenida, sino que los promovedores de la solicitud fueron expulsados de la Isla y murieron en el destierro (2).»

(1) *Vindicación*.—*Cuestión de Cuba*, por D. Calixto Bernal, pág. 80.—Madrid: imprenta de Nicanor Pérez Zuloaga, 1871.

(2) *España y Cuba*, por D. José Silverio Jorrín (opúsculo llamado generalmente *folleto de Ginebra*).—Reimpreso en la Habana en 1886.—Página 6.

En 1866 y 1867 se reunió en Madrid la célebre Junta de Información. En ella propusieron los comisionados un sistema rentístico basado en el establecimiento de una contribución directa, única, de poco más de *cinco* por ciento sobre la renta líquida, y la abolición de todos los impuestos indirectos, incluso el de aduanas. El Gobierno, por decreto de 12 de Febrero de 1867, conservó las aduanas y casi todos los impuestos indirectos, y ordenó, además, una contribución directa, no de *cinco*, sino de *diez* por ciento. En el preámbulo del decreto insinuó que la Junta había pedido este nuevo sistema tributario. Alarmados los miembros de la comisión, protestaron verbalmente y por escrito. El Sr. D. José Morales Lemus presentó el 19 de Febrero una moción en la que predijo que aquella providencia causaría en Cuba «gran descontento, acaloradas discusiones y quizá alguna perturbación»; pidió que se suspendiera el Real decreto hasta que se plantearan definitivamente las reformas que se estaban estudiando, y que, en todo caso, se publicaran los informes de los comisionados para que *no se les atribuyese en la fijación del impuesto una parte que de seguro no habían tenido, y que más bien puede decirse que declinaron de antemano como si lo hubiesen previsto* (fueron sus palabras) (1). El Gobierno se negó á acceder á las solicitudes de los comisionados; insistió en el decreto, y además prohibió que se publicaran los informes. Veinte meses después de este juego al morro estalló en Cuba la guerra, que no estuvo relacionada con la Revolución española de 1868, con perdón del Sr. Barrantes.

La población de Cuba pasa de 1.630,000 habitantes, y

(1) *Información sobre reformas de Cuba y Puerto Rico*, 1, 325.—New York.—Imprenta de Hallet y Breen, 1867.

el número de electores es sólo de 47,000. ¡Menos de 3 por 100! Y como la ley electoral favorece más á los contribuyentes por subsidio de industria y comercio, en su mayoría peninsulares, que á la clase agrícola, compuesta principalmente de naturales de Cuba; y como en todas partes del mundo hay fraudes electorales que los partidos dueños del poder sancionan y utilizan, y Cuba no podía ser excepción, resulta que los primeros obtienen, no la representación que les corresponde, sino una verdadera preponderancia.

Según el proyecto de ley que empezaron á estudiar las Cortes en este año, el guarismo de sufragantes se elevaría á 52,459, ó sea una adición de 5,000; pero en virtud de la misma reforma, la mayor parte de los nuevos electores serían peninsulares.

Por esto la propiedad territorial, urbana y rústica, está en poder de 93,851 individuos. Sobre la base de la cuota que pagan, se quedarían sin voto 60,585 (casi dos terceras partes) y lo tendrían únicamente 33,266. Los contribuyentes por subsidio industrial y de comercio, son 20,105; serían electores 19,193; sólo quedarían aparentemente excluidos 912. Pero en realidad no quedarían, porque la ley vigente (y lo mismo la proyectada) faculta para asimilar á socios, llamados *de ocasión*, y únicamente para efectos electorales, á los dependientes, barrrenderos, cocineros, y *tutti quanti*; sin contar con el voto que se trató de otorgar á los voluntarios aun contra su propio deseo.

Los revolucionarios que suscribieron con el general Martínez Campos el convenio del Zanjón, contemplan estas maniobras con pasmo. Creen que repartiéndose los 113,956 contribuyentes de la Isla de este modo:

:

Por propiedad territorial.....	{ Urbana.....	57,602	
	{ Rústica.....	36,249	93,851
		<hr/>	
Por subsidio industrial y de comercio.....			20,105
			<hr/>
			113,956
			<hr/>

Ó lo que es lo mismo :

Por propiedad territorial.....	82,35	por 100
Por subsidio industrial y de comercio.....	17,65	
	<hr/>	
	100	
	<hr/>	

creen que siendo así las cosas, la riqueza raíz debería— como sucede en todo el mundo— tener en el Parlamento mayor representación que los intereses industriales y comerciales, y más bien puede decirse que está excluida, como lo demuestra D. Raimundo Cabrera en su popular libro *Cuba y sus jueces*.

Lejos está de nuestro ánimo el sostener que todo el 82,35 por 100 de contribuyentes por propiedad territorial se componga de cubanos liberales, pues sabemos que en él figuran conservadores, no sólo peninsulares, sino también hijos de la Isla; y al mismo tiempo la industria y el comercio no están exclusivamente en manos de peninsulares, y entre éstos hay no pocos autonomistas. No hay estadística que determine con rigurosa exactitud hasta dónde se efectúa la compensación. Según el señor Cabrera, el guarismo de peninsulares y canarios residentes en la Isla es 140,000; supongámoslos á todos antiautonomistas, lo cual no es cierto; agréguese algo por razón de los cubanos conservadores, golondrinas que no hacen verano; siempre resultará que el elemento liberal está en mayoría abrumadora; y entonces, ¿cómo en las Cortes se halla en minoría? ¿Por qué no son iguales siquiera las fuerzas parlamentarias de los dos grupos desiguales?

Un «chino ó turco» tendría explicación para estas cosas; si ocurrieran en sus Estados, les bastaría decir: es la voluntad de nuestros mandarines, de nuestro amado sultán; pero un cubano dirá que en manos reaccionarias se ha consentido el paño de tumba del Zanjón, y que lo remiendan con toscas hebras coloradas, como si quisieran ellas mismas convertirlo en bandera roja.

En materia de contribuciones siempre ha pagado la Isla lo que se le ha señalado, sin intervenir en la formación ni en la adopción de sus presupuestos; á lo que se han de agregar otras exacciones de que el Gobierno supremo no ha tenido ni noticia, como la que refiere el Sr. Jorrín en su citado folleto:

«No hay, pues, que extrañar que un gobernador de Matanzas, descontento en 1853 con la residencia que el Ayuntamiento tenía destinada á los de su clase, impusiera por sí y ante sí una contribución extraordinaria á los habitantes de su jurisdicción, y que por este medio levantara una cantidad tan crecida, que con ella edificó el palacio donde se alojan desde aquella época sus felices sucesores. De manera que lo que en España no podría hacer el rey, lo hace en Cuba cualquier brigadier de ejército.»

Hoy sí se votan los presupuestos de la Isla en las Cortes, pero poco se ha adelantado, porque, dadas las condiciones del sufragio, la representación liberal es reducida, y por lo mismo impotente. Los salones de las Cámaras quedan casi desiertos cuando se discuten nuestros asuntos, y si no lo quedan más, es porque se necesita un minimum de votos para decirnos que no.

Por no haber recibido todavía el último presupuesto, me referiré al anterior.

Gastos, 25.751.000 pesos, ó sea 15,68 pesos por cabeza, sin contar las contribuciones locales. Hay en Europa y América naciones que con población mayor, tienen me-

nor gravamen ; pero no es eso lo más notable, sino que $84 \frac{3}{4}$ por 100 de aquel total se invierte en atenciones de carácter nacional, y que por lo mismo no deberían figurar en el presupuesto de la colonia, sino en el general de la Monarquía. Los gastos de guarnición de la provincia de Madrid no los paga esa provincia, sino España ; los de los buques de guerra que recorren las costas del Mediterráneo, no los cubren las provincias del Mediterráneo, sino España ; los ocasionados por las guerras de los carlistas, no pesan sobre las provincias del Norte, sino sobre España ; pero el tesoro de Cuba tiene que atender á los servicios de Guerra y Marina, Deuda, clases pasivas, orden público y otros que no son locales, sino de soberanía ; en ellos se invierten pesos fuertes 21.672000, y no queda casi nada para las Obras públicas, especialmente caminos, de que se carece sobre todo en Oriente y el Camagüey ; para la Instrucción pública, en la que falta por hacer tantísimo ; para la inmigración ; para dar vida á los Ayuntamientos, que languidecen de marasmo ; todo lo cual debería absorber el grueso de las rentas, sin perjuicio de concurrir en equitativa proporción á los gastos nacionales.

Mucho se ha hablado siempre de inmoralidad administrativa, en la cual los cubanos no tienen más parte que pagar el pato, pues ni ellos desempeñan los destinos tentadores, ni nombran ni pueden destituir á los cultivadores del peculado. No quiero hablar del reciente escándalo de Oteiza ; no quiero transcribir palabras de ninguno de los que combaten el orden de cosas existente en la Isla ; ni siquiera las vehementísimas que hace pocos años vertió el general Salamanca, ni la carta que el mismo dejó inconclusa al morir y que leyó el Sr. Romero Robledo en el Parlamento español, según el *Diario de las Sesiones de Cortes*

de 28 del pasado Junio; ni lo que dijo el general Pando en el mismo Parlamento el 22 de Marzo; ni el candente artículo de *La Época* de Madrid, de 23 de Agosto. Me limito á reproducir un moderado párrafo del señor conde de Tejada de Valdosera, pronunciado en el Senado el 30 de Mayo último. El Conde ha sido ministro de Ultramar, y siempre ha figurado en el partido opuesto al de los liberales cubanos:

«Como me he propuesto tratar, aunque con la posible brevedad, de este asunto en sus diversas fases, séame permitido que haga una corta excursión al terreno de la inmoralidad administrativa, en relación con la organización del gobierno de Ultramar. No he de decir que la inmoralidad es mal antiguo en nuestros países de Ultramar. En otros tiempos se ejercitaba sobre la trata de negros. Hubo algún oficial de negociado que, despachando el de *emancipados*, levantó casas. *Emancipados* eran, como saben los señores senadores, aquellos infelices que, aprehendidos en las expediciones negreras, se entregaban por el Estado, bajo cuyo patronato quedaban, á los particulares, para el fomento de la agricultura y de la industria. En el ramo de aduanas siempre se han hecho fortunas. Este mal ha reconocido diversas causas: una de ellas consistía en las tentaciones del país. Con frecuencia se corrompe, se vence y se explota al empleado débil; después (¿por qué negarlo?) la intervención de los hombres políticos en los nombramientos, por medio de recomendaciones indiscretas; y, por último, hay otra causa que es de estos tiempos, y es que, habiéndose modificado hondamente la legislación de los empleados de Ultramar, y habiendo, por una razón de igualdad que yo no censuro, perdido los funcionarios que allí van las ventajas que podían en otro tiempo esperar, y á que aspiraban, no solamente para el progreso de su carrera, sino para los derechos pasivos, aquella aristocracia de empleados á que antes me refería ha degenerado (¿y por qué no decirlo?); también nuestras revoluciones han enviado allí un sedimento que ha corrompido aquella administración en diferentes épocas.» (*Gaceta de Madrid*, número 153, número de 2 de Junio de 1890, pág. 1362.)

Poco antes, en la sesión del 28 de Mayo, había dicho el Sr. Fabié, actual ministro de Ultramar, hablando de la Deuda de Cuba:

«.... Parece evidente que se han emitido, no se sabe en qué cantidad, por lo menos según los datos que existen parece que no se puede determinar, títulos que no son verdaderos, que no son legítimos y que se han llegado á convertir, y por lo tanto que en estos momentos no tenemos la seguridad del importe total de esas deudas en liquidación....» (Id., núm. 151, de 31 de Mayo, pág. 1343.)

Á confesión de parte....

En asuntos de comercio están ahora mismo pasando cosas inverosímiles. Se van á reformar las tarifas aduaneras de la Isla y las de la Unión americana, y entre ambas reformas se halla Cuba como entre dos fuegos.

El azúcar y el tabaco son los dos principales elementos de nuestra exportación. Los Estados Unidos consumen 92 por 100 del primero, las mieles inclusive, y 85 por 100 del segundo, lo que representa en metálico obra de 50 millones de duros; mas, debido á nuestros altos aranceles, no envían directamente á Cuba sino por valor de 10 y medio millones.

El Gobierno americano deseoso de ensanchar su comercio, ha ofrecido á las otras naciones del Nuevo Mundo tratados de reciprocidad que se acercan bastante al libre cambio; es decir: rebajará sus derechos de aduana hasta donde lo comporten las franquicias que otorguen las otras repúblicas, pero aplicará el talión á los países que hagan pagar mucho á los artículos norteamericanos. Las Antillas no están excluidas de los beneficios posibles de esta reciprocidad.

¿Qué hace el Gobierno español en tal emergencia? Aumenta los derechos de exportación.

Y los Estados Unidos nos amenazan con hacer de los suyos una muralla, de modo que nuestros frutos no podrán entrar en sus puertos.

Y el Brasil propone á los Estados Unidos un tratado de reciprocidad que le permitirá colocar bien sus azúcares, en reemplazo de los nuestros.

¿Quién comprará los productos cubanos cuando seles cierren los mercados de la América del Norte?

No España, que no podría establecer el libre cambio con nosotros sin arruinar á los propietarios de los ingenios de Andalucía, ni sin renunciar á la renta del Estanco. Y puesto caso que no ocurrieran estos óbices, ella no es capaz de consumir todo lo que Cuba vende. De nuestro azúcar apenas toma 5 ó 6 por 100, y de nuestro tabaco también muy poco. Remite caldos, áridos, etc., por valor de 13.000000 de pesos fuertes á la Isla, y no recibe de ésta sino cosa de 6.000000.

No produce lo indispensable para abastecerse á sí misma, y mucho menos para abastecer á Cuba. En harinas, por ejemplo, su oferta es muy inferior al pedido peninsular: tiene que comprar á países extranjeros por valor de 12.000000 de pesos fuertes, y á la Isla no envía más de 1.000000. ¿Se podrá, pues, acosar de nuestros puertos el comercio norte-americano, como lo pretende el Gobierno español?

Leo en un periódico de la Habana:

«Lo que sucede con las harinas proporciona un ejemplo fácil y una segura medida para apreciar lo que puede hacerse, merced á los enormes derechos impuestos á los productos extranjeros, á su importación en la isla de Cuba. Satisface aquí la harina americana la cantidad de 5,30 pesos fuertes cada saco de 92 kilogramos, derecho superior á su costo; pero como en la Península solamente abonan 1,74 los 100 kilogramos, resulta ventajoso para el especulador el remitirlos á Santander para desde allí enviarlos como nacionales á esta Isla. El flete de conducción deja siempre margen á una positiva ganancia....

».... Se comprenderá fácilmente á quiénes viene á aprovechar el enorme derecho que grava la harina americana, con manifiesto per-

juicio de nuestro Tesoro y del país ; perjuicio que no redundaría ciertamente en ventaja del agricultor castellano.»

El que se expresa así no es ningún periódico de cubanos, sino el *Diario de la Marina*, «ministerial de todos los ministerios», como en la Isla lo apodan, y pontífice de la integridad nacional ; porque conviene saber que insulares y peninsulares navegan todos en conserva bajo esta borrasca, que, con amenazas de ruina, sopla desde la Metrópoli. Lo mismo que el *Diario* se expresan otros periódicos españoles de la Península, New York y Cuba, y las Cámaras de comercio de la grande Antilla, y esto es más grave que una nueva rebelión : es el pronunciamiento de los bolsillos. Á cuya causa se prueba que desde la capital de la Monarquía no se puede gobernar bien á colonias situadas á distancia de 1600 leguas, y menos con ministros de Ultramar tan incongruentes como los que describe el Sr. Barrantes ; y se prueba también la necesidad de que se dé á la Isla una intervención eficaz en la dirección de sus intereses, ya que las Cortes no tienen tiempo de estudiarlos bien, como no lo tienen tampoco para votar todas las leyes reclamadas por las necesidades de la Península. Proponer á Cuba charadas desde Madrid, será un entretenimiento como cualquiera otro, mientras las inteligencias que han de acertarlas no se pongan de acuerdo ; pero ya empieza á haber unanimidad en la solución. ¿Si serán los peninsulares los que al fin se aboquen para las resoluciones extremas? El 10 de Abril dijo el Sr. Villanueva en el Congreso de los diputados, y el 31 de Mayo lo repitió en el Senado el Sr. Vázquez Queipo, que entre los peninsulares residentes en Cuba está tomando incremento la idea de la anexión á los Estados Unidos.

Suspendo este capítulo, porque ya está muy extenso

y me arredra lo que falta. Bien pudiera poner, como al pie de los folletines : *Continuará.*

* * *

Acabo de leer en el *Star and Herald* de Panamá, periódico que se distingue por lo bien informado, el telegrama que sigue, publicado en su número de 31 de Octubre :

«*Nueva York, Octubre 29.*—Noticias privadas de Venezuela dicen que, debido á la miseria por que atraviesa el pueblo de Cuba, gran número de familias han llegado á Caracas. La población de ese lugar ha recibido y dado cariñoso abrigo á los inmigrados, y el Presidente de Venezuela, doctor Andueza Palacio, les ha ofrecido todas las facilidades de acomodo posibles. Veinticuatro horas después de su llegada, todos los inmigrados varones han encontrado colocaciones buenas.»

Esto era lo que faltaba : ¡la emigración por hambre, á los doce años de restablecida la paz!

Es una fortuna para Cuba estar rodeada de pueblos hermanos, que siempre nos han dispensado afecto y nos lo han prodigado de diversos modos, uno de ellos la cariñosa hospitalidad. La conducta de Venezuela no me produce extrañeza : su historia está llena de rasgos generosos ; el día en que allí se acabara la hidalguía, podría decirse que desde mucho antes había desaparecido del resto del mundo.

Someto ese telegrama, que parece *el principio del fin*, á la consideración, no sólo del Sr. Barrantes, sino de todos sus compatriotas. Dejemos en paz á filósofos y vates, y atiendan á que Cuba se desmedra. Hagan Vds. los comentarios que omito, para que no se me repita que me inspiro en resentimientos ú odios.

Es absurdo odiar á pueblos en masa, y más aún tratándose del de los mayores ; y aun hay entre los hijos de la Península muchos cuyo nombre y cuya memoria venero, por estar ligados á alegrías y tristezas de mi hogar paterno y de mi vida ; pero que agradezcamos los cubanos el régimen arbitrario y ruinoso á que está sometida Cuba, ese régimen que el Sr. Barrantes mismo desea ver transformado, eso, cien mil veces no, Sr. Barrantes ; eso no lo podemos agradecer.

RAFAEL M. MERCHÁN.

Bogotá, Noviembre 22 de 1890.

LA FILOSOFIA ALEMANA

Y LA CULTURA FILOSÓFICA MODERNA



III

OTRAS SOLUCIONES DEL PROBLEMA KANTIANO.

No sigue el pensamiento (ni tampoco la vida) siempre su curso, predeterminado inflexiblemente por direcciones simples, matemáticas y en forma de cuadrícula, sino que se produce según procesos bien complejos y á través de términos en apariencia incoherentes y en definitiva concertados. No intentaron sólo los idealistas la solución del problema kantiano, ni los que fuera del cauce general de su pensamiento, y aun en abierta oposición á él, como Schopenhauer, lo hicieron asunto de sus meditaciones, entendían haberse agotado el tema siempre fecundo de la objetividad del conocimiento.

Quizá la única nota en apariencia disonante de este concierto general, en que se produce el dogmatismo idealista (pues los demás que le combatieron le encontraron ya en decadencia), es la concepción filosófica de Herbart, que cuida, sin embargo, de referir el abolengo de su pensamiento al de Kant.

Según dice Drobisch, «Herbart tiene el mérito de

» haberse opuesto á la corriente idealista de la filosofía
 » posterior á Kant, y haber desenvuelto los elementos del
 » realismo contenidos en el sistema del gran maestro de
 » Koenisberg ». Semeja, en efecto, dentro de la exuberancia del idealismo, Herbart con su concepción realista, planta exótica que crece fuera de la atmósfera intelectual que le circunda, y, sin embargo, su obra no resulta estéril, pues la recoge en parte Schopenhauer, y es después aplicada, en sus elementos positivos, por el renacimiento de los neo-kantianos.

Cuando Herbart, que se declara él mismo discípulo de Kant, concibe, de manera distinta de Kant, el ser en sí como una posición absoluta en el entendimiento humano, independiente de nosotros, da á la ciencia y á la Metafísica una base real, que sirve de cortapisa con la experiencia á todo idealismo. Este mismo sentido del realismo late en la afirmación de Herbart, contraria á la de Kant, de que las categorías del entendimiento no son impuestas á las cosas por nosotros, sino que nos son dadas y resultan de las relaciones absolutas de los seres entre sí y con nosotros (1).

Así logra Herbart establecer lazo estrecho entre la Metafísica y las ciencias naturales, oponiéndose al divorcio de la especulación idealista y del saber positivo, asignando á la filosofía como fin principal la crítica de las ideas conquistadas por la experiencia. Herbart es el pensador (en este respecto el único) que á comienzos del siglo actual, y antes de que Fichte, Schelling y Hegel hubieran pronunciado su última palabra, sujeta á crítica la doctrina de Kant, en el fondo la misma, á que deben su origen las premisas de sus sistemas, y, poniendo de re-

(1) Discípulo de Herbart, aunque con visos de originalidad, es Lotze (V. *Métaphysique*), que pone lo absoluto en lo entre las cosas.

lieve lo deleznable de sus bases hipotéticas, señala á la filosofía un camino menos peligroso.

Si Kant se había propuesto, sin conseguirlo, conciliar la filosofía especulativa con la ciencia, Herbart acomete de nuevo la empresa, y á ella consagra sus esfuerzos, apoyándose en los mismos fundamentos del maestro. Para ello, y á fin de que concierte la especulación *à priori* con la experiencia, define la filosofía un raciocinio que descansa á la vez en ideas y en hechos, opinión hoy mismo sostenida por Wundt.

Se explica que entonces el pensamiento de Herbart quedara relegado al olvido por la exaltación idealista que le rodeaba, y que en la actualidad muchos de los principios por él sentados obtengan confirmación completa, porque el desideratum del pensamiento contemporáneo, enriquecido con el caudal del saber positivo, se refiere en primer término á constituir la filosofía científica.

La importancia de la reforma introducida por Herbart en los estudios psicológicos, con la distinción de la Estática y Dinámica espirituales y con la reducción de los distintos fenómenos psíquicos á un principio común, el de la representación, sirve de base á la unificación de lo psíquico con lo fisiológico en los reflejos, según los valiosos trabajos de Psico-física y de Psicología fisiológica de Wundt, Delbœuf, Ribot y tantos otros.

El talento vigoroso de Herbart ha procurado poner de manifiesto semillas fructíferas, que, en estado latente dentro del kantismo, quedaron olvidadas por la especulación idealista y dogmática. Zimmermann (1), Drobisch (2) y Straszewski (3), reconocen unánimemente que el realismo

(1) *Estudios sobre Herbart.*

(2) *Filosofía de Herbart: Leipzig, 1876.*

(3) *Revue Philosophique*, tomo VII.

de Herbart es un factor importante, cuando se trata de determinar el carácter de la filosofía contemporánea.

Más indeterminada y vaga que la de Herbart, porque procede sólo de la especulación, es, sin embargo, perceptible la tendencia crítica y realista en Krause, que ensaya una *síntesis tal vez prematura* de la evolución idealista, debida al pensamiento de Fichte, Schelling y Hegel. Mérito innegable de Krause es toda la que denomina primera parte del sistema de la Filosofía ó Analítica, en la cual, con más ó menos éxito, pero con un sentido completamente certero, deja implícito el valor insustituible de la percepción empírica, tan menospreciada por el idealismo dogmático, y pone á la vez coto á los errores inherentes á la identidad panteista de Schelling y Hegel. Heredero Krause de las gloriosas tradiciones del idealismo alemán, que estudió directamente en sus más preclaros maestros, dotado de una percepción vastísima y con marcadas tendencias á reproducir en su Filosofía analítica el problema crítico tal como lo dejara formulado Kant, anhela mostrar la objetividad del conocimiento, merced á la consideración del conocer como una relación interior al ser, para lo cual se exige que la conciencia racional *vea* la unidad (no la identidad) del ser y del conocer como el principio evidente, en virtud del cual el que conoce puede atestiguar la realidad de su conocimiento.

Vulgarizadas todas las consecuencias prácticas del pensamiento de Krause, y aplicadas (casi convertidas al hecho) á las ciencias jurídicas y sociales por Roëder y Leonhardi en Alemania, por Ahrens, Tiberghien y Damiron en Francia y por Gioberti en Italia, ha obtenido de este modo la filosofía especulativa del discípulo de Schelling una consagración superior á todo encomio.

La parte metafísica (*sintética*) del krausismo revela un nuevo esfuerzo intelectual, una síntesis prematura de la especulación ideal, invertida por la Filosofía analítica y traída al fondo de la conciencia personal como base y antecedente de la construcción metafísica. Carece de valor científico, al menos en su segunda parte, la Filosofía sintética, porque es una generalización injustificada de datos y resultados de un análisis no comprobado suficientemente.

Pero lo que hace para nosotros digno de consideración el pensamiento de Krause, á pesar del aparente desvío de que fué víctima en Alemania, es que, nutrido de él, aunque sin ser discípulo siervo, Sanz del Río determinó en nuestra patria una renovación completa de los estudios filosóficos, que ha sido controvertida por los intereses bastardos de partidos y banderías, que el apasionamiento congénito con nuestra raza mezcla con los asuntos de alcance superior. No parece aún llegada la hora de hacer la historia crítica é imparcial de los beneficios positivos que el krausismo haya producido en la cultura de nuestra patria. Mientras Hegel influyó con sus doctrinas en España, teniendo por órganos de propaganda publicistas y oradores insignes, se extendió el krausismo, ganando la opinión de las gentes estudiosas y las cátedras oficiales, que dormían el sueño del justo con un tradicionalismo, cuyos moldes estrechos apenas si se han abierto al renacimiento del Tomismo, impuesto por bulas del Pontífice León XIII.

Llegó el krausismo en aquel primer período de su más pura ortodoxia (1) á despertar iras y susceptibilidades de

(1) V. VIDART. *La Filosofía española*; SANZ DEL RÍO, *Analítica. Ideal de la Humanidad. Análisis del pensamiento racional*; CASTRO: *Filosofía analítica*; GINER: *Estudios filosóficos*, y SALMERÓN: *Discursos*.

los elementos, más que conservadores, reaccionarios, reproduciendo consecutivamente (1866 y 1874) persecuciones contra catedráticos oficiales que nos ponían en evidencia ante Europa y que hacían creer á las gentes cultas que España era una excepción de la ley de la *heteronomía* de Hæckel, según la cual los adelantos llevados á cabo por un pueblo, á costa de grandes luchas, son fácilmente asimilables y asimilados por los demás. España, en las dos épocas citadas, parecía viviendo, en orden á la cultura intelectual, dentro del siglo xvi y debatiendo acerca de la libertad del pensamiento con la saña, anterior á la Reforma, y propia de las guerras religiosas.

Cuando se cree que los síntomas de muerte en el pensamiento son la intolerancia religiosa y la no menos grave de escuela; cuando se proclama como condición ingénita en todo sentido científico la reflexión libre y se cimenta la educación en el esfuerzo individual, y cuando se trata de enseñar á pensar más que de imponer pensamientos hechos, tendencias que se descubren en todos los trabajos de Sanz del Río, podrá estimarse la obra por él emprendida más ó menos favorablemente, pero no habrá jamás derecho para atribuir á tan respetable maestro resultados y conclusiones que, lejos de constituir el núcleo de sus propósitos, son aspiraciones contrarias á las que constantemente le animaban. «Lo que yo propiamente » enseño, decía (1), es el método y ley de indagar la verdad » filosófica, la orientación en este camino.... Mas la inda- » gación, y mejor su resultado, toca á todos y á cada uno » libremente como la cosa en la cual pueden y deben, en » cuanto filósofos, ser jueces—conjueces—de lo que digo. » No se trata, como se dice, de hacer *doctrina ó escuela*,

(1) V. *Análisis del pensamiento racional*.

» cosa que en general rechazo como impropia de la filosofía y que condeno ó rechazo enteramente.» Confirma estas mismas ideas respecto á la enseñanza y sentido pedagógico de Sanz del Río cuanto dice Salmerón de aquel respetable maestro (1).

Reanudando el hilo de nuestras consideraciones, encaminadas á exponer la serie de soluciones que obtuvo el problema crítico del conocimiento, semilla de donde procede todo el pensamiento filosófico contemporáneo, habremos de observar que aún era susceptible el kantismo de una nueva hipótesis acerca de las relaciones del fenómeno y de la cosa en sí. Kant había proclamado el yo práctico, la voluntad pura, la libertad en fin, como el único noumenos accesible á la conciencia. De donde era posible, terminando la evolución del pensamiento kantiano, erigir la voluntad en principio absoluto, considerándola como el ser único que se encuentra idéntico en todas las cosas y capaz de conciliar el idealismo teórico de Kant con sus aspiraciones realistas, intento ya ensayado por Herbart desde otro punto de vista. Tal es la obra llevada á cabo por Schopenhauer con su *Metafísica empírica*.

La doctrina de Schopenhauer es la deducción de una de las consecuencias implícitas en la filosofía del maestro de Koenisberg, y aun el propio Schopenhauer, en sus diatribas nada piadosas contra los idealistas, se declara el único discípulo y continuador de Kant. La primera afirmación de Schopenhauer, la de que todo el conocimiento humano es y se refiere á la *fenomenología* (el mundo es mi representación), es resultado de la *Crítica de la Razón pura*, de cuya obra ha hecho un estudio detenido y minucioso el célebre pesimista. El segundo principio que

(1) V. *Filosofía y Arte*, de H. GINER, prólogo del SR. SALMERÓN.

asienta Schopenhauer es el de que toda la realidad, velada por las apariencias para el hombre en la esfera científica, existe y se revela en la voluntad, afirmación que concuerda con la conclusión de Kant en la *Razón práctica* y en su distinción de la pura.

Para Schopenhauer no es posible una Metafísica, sino en el dominio de la experiencia y á condición de abrazarla toda entera. La Metafísica es la interpretación de la totalidad de la experiencia. Como tal, nada tiene que ver con el teísmo ni con el ateísmo; puede y debe limitarse sólo al mundo, y ser, por tanto, una *Cosmología*. «La Filosofía, dice, es esencialmente *la ciencia del mundo*: su problema es el mundo, y de él tiene que ocuparse únicamente; deja en paz á los dioses, pero espera á su vez que los dioses la dejen en paz (1).» Los fenómenos variados y complejos del mundo se reducen para Schopenhauer á un elemento único, la *voluntad*, que es la explicación última, la «cosa en sí», el ansiado noumenos Kantiano. Pero, añade Schopenhauer (después de un estudio crítico del principio de causalidad), no podemos saber si la voluntad tiene ó deja de tener una causa, de dónde viene (porque lo pasado es un *caput mortuum*), ni adónde va, por qué es, ni si tiene por qué: sabemos únicamente que *es* y que todo se refiere á ella. Recoger, pues, observaciones y experiencias cada vez más numerosas de sus apariencias fenomenales, é interpretarlas en el todo del mundo, dentro del cual se manifiestan, tal es el problema de la Metafísica empírica (2).

(1) Aunque Fouillé en su última obra (*L'Avénir de la Métaphisique*) es partidario con Schopenhauer de la *inmanencia* del problema metafísico, protesta contra esta conclusión, que identifica la Metafísica con la *Cosmología*.

(2) V. SCHOPENHAUER: *De la Quadruple Racine du Principe de la Raison suffisante. Le Monde comme volonté et comme représentation*, y TH. RIBOT: *La Filosofía de Schopenhauer*.

El pensamiento filosófico, á partir de Kant, termina de un lado en el idealismo absoluto de Hegel y del opuesto en el empirismo absoluto de Schopenhauer, y, sin embargo, el problema queda en pie y reproduce de nuevo la eterna cuestión, ya surgida entre la Escuela jónica y la itálica en Grecia, entre los intérpretes de Platón y Aristóteles, entre nominalistas y realistas en la Edad Media, y entre Descartes y Baçon en la Filosofía moderna. Pero aun sin solución definitiva, que concierte tantos y tan opuestos pareceres, ¡cuán enriquecido y ampliado resulta el problema! Si los datos primordiales son los mismos, la eterna oposición de los hechos y de las ideas y la incesante aspiración de subsumir uno de los términos en el otro, los datos complementarios, los puntos de vista son cada vez más numerosos y más complejos, y el pensamiento progresa, en verdaderas líneas espirales, si acercándose en la apariencia, alejando de nuevo soluciones definitivas, pues cada verdad conquistada ofrece con fecundidad inagotable nuevos aspectos á la investigación.

Ni el que se malogren empeños tan seria y desinteresadamente perseguidos debe infundir desaliento al ánimo, ni al emprender de nuevo, por más amplios derroteros, caminos que se presienten, debe un pueril deseo, semejante al del niño que corre tras su propia sombra, pretender que al primer paso ha dado ya con la clave del enigma. Meditar hondo y recio acerca del estado actual y del carácter que reviste el pensamiento filosófico contemporáneo; observar en medio de su aparente incoherencia la sinobia que conexas sus múltiples y encontradas direcciones; reconocer la obligada exigencia de una reconstrucción que sistemáticamente organice el disperso caudal de la cultura; llevar el grano de arena ó el cimiento

en roca que cada cual halle, dados sus medios y la constante labor á que les dedica, parece la *lección de cosa*, la enseñanza de obra, el precepto que, traducido en ejemplo, debe recoger todo espíritu amante sincero de la verdad. *Lege et labora*.

CARÁCTER DE LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

No es posible clasificar en escuelas ya constituidas la Filosofía contemporánea; por la índole personal que reviste la obra del pensamiento reflexivo, y porque los nombres (á veces motes y denuestos) cambian por completo de significación y alcance, merced al progreso de la cultura.

Aunque obra más difícil, es más meritoria, por lo menos en su intento, la de evitar el *mote del sistema* (1), y recoger, en el eco que en el desarrollo de la cultura producen, las aspiraciones generales y más concretas de todos los espíritus que sinceramente se interesan por la verdad.

Muchos profesores explican, dice Lachellier (2), doctrinas propias, y los que se declaran discípulos de tal ó cuál escuela muestran la más grande libertad frente á las ideas de sus maestros. Un hegeliano se parece muy poco á otro, y muchos neo-kantianos podrían ser considerados como enemigos del kantismo. En Alemania hoy, y casi pudiéramos decir que en todos los pueblos cultos, la curiosidad se apasiona de modo creciente en todas las direcciones en que la solicitan los pensadores. La ense-

(1) Véase *Preocupaciones sociales*.

(2) Véase *L'enseignement de la Philosophie dans les Universités allemandes*.

ñanza filosófica ha rebasado el estrecho molde de las escuelas, y se esparce por periódicos, revistas, libros y todo género de publicaciones. Igual interés general despierta la ciencia, tanto por los descubrimientos positivos, cuanto por las conclusiones filosóficas que prepara.

Ninguna teoría ha logrado, sin embargo, imponerse á los espíritus del modo general que en su tiempo lo consiguiera el idealismo dogmático. Ante tal atomismo de opiniones, pudiera concluirse precipitadamente con los escépticos. Pero contra esa conclusión opondremos el hecho de que el genio del tiempo se muestra rebelde á toda autoridad, y que el imperio de las escuelas se derrumba, valiendo el pensamiento, ante todo, por lo que tiene de personal y propio. Contra el exclusivismo del criterio, la amplitud y flexibilidad del juicio; contra lo dogmático y cerrado, lo libre y progresivo del pensamiento, y frente al sentido estrecho de las escuelas, el amplio de la verdad; tales son las condiciones que al presente requiere la elaboración del pensamiento filosófico.

La compleción de lo real y lo limitado de nuestra inteligencia se oponen por igual al dogmatismo cerrado del espíritu de sistema, sin que sea lícito dar por definitiva y para siempre concluida la discreción indefinida del análisis, pues aun la verdad, evidentemente sabida, es susceptible de nuevas investigaciones, ya que toda verdad puede estar preñada de otras. «La nota más saliente de la cultura novísima, el descubrimiento por excelencia del espíritu filosófico moderno, dice Siciliani (1), consiste, sirviéndonos de una frase feliz de St. Mill contra la tendencia cerrada y sistemática de Comte, en *dejar abiertas* todas las cuestiones para adelantar con pies de plomo en el camino de la indagación. El espíritu filosófico mo-

(1) *Prolégomènes à la Psychogénie moderne.*

»derno no es escéptico, ni dogmático; es ante todo *crí-*
»*tico*; con una neutralidad armada, implica indagación,
» estudio y crítica.» De igual modo estima Guyau (1) la
cualidad más acentuada del pensamiento actual, cuando
dice : «El carácter principal del espíritu científico y filo-
» sófico moderno consiste en no cerrarse exclusivamente
» en una doctrina, *en abrirse completamente á todas*, sin
» temor ni vacilación, dispuesto á rehacer todo su trabajo
» anterior y á romper con su pasado, poseído de tranqui-
» lidad semejante á la que la naturaleza sigue en sus trans-
» formaciones».

Como efecto de la enemiga que despertaron las espe-
culaciones ideales, llevadas al delirio de la exageración
por Hegel, comienza un período de anarquía metafísica
que señala el divorcio de la especulación *à priori* y del
saber positivo. Se desarrolla entonces en Alemania el
positivismo de Comte, y aun llega á estimarse aceptable
la distinción, ya corriente en la filosofía francesa, entre
sabio y metafísico. Más libre, sin embargo, el positivismo
alemán que el francés del tinte exclusivamente empírico,
aspira el primero, protestando contra la Filosofía de la
Religión de Hegel, á fundar un teísmo independiente de
la teología cristiana y al mismo tiempo respetuoso con la
personalidad divina, con la libertad y con la inmortali-
dad del alma, principios que pretendió Kant dejar á salvo
de la ruina de lo dogmático, que provocó con sus críticas.

Weise, Fichte (hijo), Ulrici, y Carrière entre otros,
son los principales representantes de esta tendencia, enca-
minada á poner los dogmas religiosos del espiritualismo
al abrigo de la crítica negativa.

Con el fin de hacer que cesara el desacuerdo de la
Filosofía de la historia de Hegel y de la verdad histórica,

(1) *La Morale anglaise. Avant-Propos.*

Trendelenbourg dirige su crítica á los estudios históricos. Los consagrados á la filosofía, haciendo la crítica imparcial de los sistemas, indagando las causas de su desarrollo y desaparición, contribuyen á esparcir en los ánimos crecientes desconfianzas del dogmatismo metafísico. Todo ello engendra de consuno un escepticismo prudente respecto á las conclusiones del idealismo hegeliano. A esta obra contribuyen Zeller, historiador de la filosofía griega; Schwegler, que lo es de la moderna; Waitz, Bonnitz, Ritter y Kuno Fischer con sus estudios sobre Kant. Partidarios más que de la Metafísica, muy en decadencia toda ella por este tiempo, del impulso que Herbart diera á los estudios psicológicos, son Steinthal, Drobisch, Hartenstein y Zimmermann. Hacen más perceptible la necesidad de concertar la especulación con la ciencia Lotze y Fechner, el primero inspirado en la doctrina de Herbart y el segundo con resabios del Espinosismo. Aparte la Metafísica sutil de Lotze, Fechner no presta asentimiento á las revelaciones de la dialéctica hegeliana, ni á la autoridad exclusiva de los hechos. Prefiere un método intermediario, el de la analogía, que consiste en hacer que contribuyan á la formación de sus hipótesis por partes iguales la imaginación y la experiencia. De este método son resultado los ya vulgares aunque valiosos Estudios de Fechner de Psico-física. Como intento, es laudable el de Fechner; pero el razonamiento analógico es muy susceptible de error, y las correcciones (algunas aceptadas por él mismo) impuestas por pensadores contemporáneos á sus pretendidas leyes psico-físicas constituyen prueba concluyente de lo que decimos. Lotze recuerda⁽¹⁾ la Monadología de Leibniz y dirige sus esfuerzos (único punto en el cual coincide con Fechner) á pre-

(1) V. *Introducción al Microcosmos y Metafísica*.

parar una concepción *monista* (de un solo principio) de la realidad para que cese la oposición de espiritualistas y materialistas, llegando á veces á definir la unidad real y viva de lo absoluto, diciendo que es *lo entre las cosas*. «No puede existir, dice Lotze, pluralidad de cosas independientes unas de otras; es necesario que los elementos, entre los cuales haya de ser posible una acción mutua, sean considerados como partes de un solo ser verdaderamente existente: el pluralismo original de nuestra manera de concebir el mundo debe preparar la idea de un *monismo*, mediante el cual la incomprensible acción transitiva venga á ser una acción inmanente.» Es el procedimiento de Lotze efecto de raciocinio por analogía, y lo por él obtenido implica un postulado, cuya verificación no se alcanza, pues llega á confesar el ilustre médico-filósofo, arrastrado por una abstracción sin límites, que sólo anhela medio con qué llenar el completo vacío que existe *entre las cosas reales y concretas*.

Tienden Fechner y Lotze á constituir una filosofía de lo absoluto, que no concibe en el mundo de los espíritus ni en el de los cuerpos sino dos manifestaciones correlativas, dos aspectos distintos, inseparables de un solo y mismo principio. Representan una tentativa de conciliación al idealismo metafísico, que ya pertenece á la historia, con el mecanismo científico actual, por medio del principio de la finalidad ó teleología. En cuanto el principio aparece como concepción especulativa (finalidad genérica y típica), no satisface á los científicos, y cuando se le reviste de carácter empírico, no logra ganar la adhesión de los filósofos, ante los cuales despierta una nueva cuestión escolástica: la de la inmanencia ó trascendencia de dicha finalidad.

En medio de estos ensayos, que ninguno se malogra

por completo, pues todos dejan por lo menos sedimento en la cultura, y nuevas perspectivas para el pensamiento, sigue progresando la especialidad de los científicos, si bien continúa aumentando su desvío de toda investigación filosófica, como si el exceso de especulación idealista, que explica la desconfianza del saber positivo, pudiera justificar la repulsa á toda organización sistemática del pensamiento. Allá por el año 1850 se cree que, con demostrar que el ejercicio del pensamiento depende del estado del organismo, se debe aceptar que el espíritu es únicamente función de la materia. Entonces el materialismo identifica su causa con la de la ciencia, y Moleschott, Büchner, Vogt, Czolbe y Ueberweg con Strauss y otros, que se desvían de la extrema izquierda hegeliana, son los porta-estandarte de este triunfo tan rápido como momentáneo del materialismo.

La ciencia misma en primer término, antes y quizá en mayor grado que la filosofía, contribuye á corregir el error materialista (1). Müller demuestra la energía específica de los nervios, que procede tanto de nuestra organización como del medio natural que nos envía su influencia en las impresiones exteriores (2), reproduciendo de esta suerte (aunque con la ventaja innegable de demostrarlo empíricamente) la doctrina de Kant acerca de la participación que sujeto y objeto toman en la formación del conocimiento. Helmholtz, con sus estudios de óptica, confirma también la existencia de las formas *à priori* de la representación. Zöllner, R. Mayer, Rieman y otros sabios se acercan gradualmente al idealismo crítico contra las pretensiones del dogmatismo materialista, y afirman

(1) V. nuestra *Psicología fisiológica*, II., pág. 13.

(2) Capaces por sí solas, repitiéndose, de producir en la parte afectada de nuestro cuerpo un *órgano adventicio*. V. *Delbæuf*.

la necesidad de la interpretación ideal de la percepción sensible.

Coincide con la renovación del kantismo de parte de los científicos la de los mismos filósofos. El gran historiador Zeller se colocó resueltamente bajo la bandera de Kant, con la publicación de su opúsculo (1862) «acerca de la importancia de la teoría del conocimiento». Á la vez Kuno Fischer profesó varios cursos sobre la doctrina de Kant, que constituyen con los de B. Erdmann los estudios más serios y profundos que se han hecho en Alemania del gran maestro.

Pero cuando toma cuerpo la aspiración general de filósofos y científicos, señalando como punto de posible coincidencia para ambos la doctrina kantiana; cuando, en medio de la anarquía que sucede á la desaparición del hegelianismo, se significa tendencia de conexión en la cultura alemana, hasta el punto de que todos, todos, cada cual desde su punto de vista exclaman: «Volvamos á Kant»; finalmente, cuando el neo-kantismo se constituye, más que como escuela, como sinobia intelectual que une y concierta el común pensar de científicos y pensadores, es al publicar (1866) Lange su célebre *Historia del Materialismo* (1).

«*La Historia del Materialismo*, dice Pommerol, su traductor al francés, es la obra de un espíritu eminente, admirablemente preparado por profundos estudios para unir, en una vasta síntesis, todos los materiales suministrados por la ciencia y la filosofía de su época.» Lange, que cuida de pagar el tributo debido al gusto del tiempo, presentando sus ideas en la forma de crítica histórica, procura á la vez comunicar el impulso hacia la labor filosófica, disimulando en su valiosa obra sus preferencias

(1) F. A. LANGE: *Histoire du Materialisme*, dos tomos.

escépticas. Opta por hacer pensar á los demás, dejando en lo que dice implícito su propio pensamiento.

Si á través de tanta ruina y de tanto esfuerzo malogrado se ejercita, en medio de este enjambre de teorías y conjeturas, aquella *selección intelectual* que recomienda Spencer cuando habla del *alma de verdad* que existe en los pensamientos falsos, se podrá recoger elementos positivos, que la conciencia culta ha conquistado en esta su larga, por lo ya recorrido, y por lo que le resta, infinita senda que sigue para investigar la verdad. Estos resultados (punto de partida para ulteriores evoluciones del pensamiento), igualmente admitidos por científicos y filósofos, cual verdades impuestas por la lógica á la par que por la realidad, anuncian que se inicia el comienzo fecundo de un nuevo período para la historia del pensamiento filosófico.

Se va adquiriendo gradualmente conciencia de los requisitos indispensables para una construcción sistemática de la filosofía científica, tierra de promisión hacia la cual se encaminan, en una concordia real, á pesar de sus luchas aparentes, científicos y filósofos. Aleccionados por numerosos precedentes, algunos de los cuales, no todos, dejamos bosquejados, sabemos, por ejemplo, que son igualmente deficientes el dogmatismo materialista y el dogmatismo idealista; que la experiencia no lo es todo en el conocimiento, pero, á la vez, que nada sólido se edifica sin ella, y menos aún contra ella; que no se puede menospreciar los hechos, ni prescindir de las hipótesis (instrumento el más adecuado para el progreso de la ciencia) ⁽¹⁾, y finalmente, que es preciso ponderar y concertar la curiosidad especulativa con el rigor científico. Para llegar á este anhelado concierto, parece excusado decir que de uno y

(1) V. NAVILLE : *La Logique de l'Hypothèse*.

de otro lado, de los científicos y de los filósofos, sigue prestándose culto casi religioso á Kant.

Pocos son los pensadores que aparecen protestando de la religión de Kant. Entre ellos figuran Hartmann y Dühring, cuyo éxito ha sido popular más que reflexivo y científico. Es el primero eco y renovación, con vestiduras científicas, del hegelianismo, y representa el segundo un materialismo en la apariencia menos crudo que el dogmático. Contra ambos se formula objeciones difíciles de contestar, puesto que tan pronto se confunden con el materialismo, queriendo explicar la conciencia por su contrario lo inconsciente, como se acercan al antiguo dogmatismo, profesando con formas diversas la identidad del ser y del conocer.

Aparte estas protestas, sea el que quiera el resultado de estos ensayos, y aun el de algunos otros que se inician como síntesis prematuras, es lo cierto que todo anuncia, en este hervor de cultura, que filósofos y científicos se acercan, y que se ofrecen recíprocamente sus materiales, preparando para su día una reconstrucción metafísica (1). El símil de Hartmann, comparando especulación y experiencia á dos mineros que trabajan, en dirección opuesta, galerías subterráneas, que oyen el uno los golpes del otro, que perciben, cuánto y cuánto se acercan, aunque de momento ignoren el punto de cruce de ambos, expresa gráficamente la aspiración común de todos á la constitución de la filosofía científica.

Todo augura que, á través de tantas teorías desechadas, continúa la renovación del pensamiento y de la ciencia. Nunca ha tendido la ciencia de modo más vehemente hacia las explicaciones sintéticas, ni la filosofía ha

(1) V. GUYAU: *L'Irreligion de l'Avenir*.—FOUILLÉE: *L'Avenir de la Métaphisique*.

indagado con más tesón las condiciones de la certeza. De aquí procede el carácter general de la filosofía moderna, principalmente *crítica*, según declaran hoy todos los pensadores, lo mismo los que esperan de ella la resolución de todo enigma que los que sólo la creen útil para organizar el saber positivo.

No equivale sin más el carácter crítico de la filosofía á negaciones *ab irato* ó á eliminaciones prudentes, sino á un estudio concienzudo del camino recorrido por el pensamiento reflexivo (histórico) con la mira de señalar los problemas, que quedan implícitos, y que, si á primera vista parecen reproducción de otros más antiguos, son desde luego diferentes (en medio de ser los mismos en el fondo) en cuanto vienen enriquecidos por nuevos datos y por más amplias aclaraciones.

El entronque histórico del carácter crítico en el pensamiento contemporáneo se refiere, en primer término, al gran pensador de los tiempos modernos, al que los alemanes llaman con cierta veneración rayana en idolatría, *der Vater Kant* (el P. Kant), que planteó el problema en su obra imperecedera *La Crítica de la Razón pura*.

Que el problema ofrece dificultades gravísimas; que el pensamiento muestra obstáculos al parecer insuperables para dar valor objetivo á nuestras representaciones, lo prueban de modo evidente los ensayos malogrados del idealismo; pero ni el problema es de suyo insoluble, ni supone que se adelante nada con darle por tal, pues el círculo de hierro en que de consuno cierran las exigencias científicas y los postulados de la razón, es de suyo inflexible. Trabajar en él es la obra encomendada á los contemporáneos.

Dando por insoluble la cuestión, como pretende el positivismo, para atenerse al realismo (lleno de aluci-

naciones) de la sana razón y para tomar el pensamiento como el auxiliar que adquiere verdades particulares, con preferente atención á la *cantidad* de los conocimientos y con señalado menosprecio de su *cualidad*, equivale á pedir un retroceso del problema filosófico, según hace notar acertadamente B. Erdmann.

Salvo raras excepciones (1), tal es la posición del positivismo frente al verdadero problema filosófico; y como es ley indeclinable del pensamiento que surja del fondo de toda negación el principio mismo de la afirmación, se observa que, al hacer el positivismo todo conocimiento subjetivo; al negar que las verdades particulares tengan ningún principio real para su enlace, tienen que encomendar su engrane á las ideas del sujeto, cayendo así, á pesar de su protesta contra el idealismo, en una exaltación idealista, en lo que pudiéramos llamar *idealismo al revés*, pues se formula especialmente para cada caso, según las exigencias del momento.

Surje y renace en efecto el problema del fondo mismo de las verdades particulares. Los progresos que se cumplen en las ciencias obligan á simplificar todas sus verdades y á ordenarlas bajo un principio. Convertir esta y las demás exigencias que dejamos indicadas en verdades evidentes; llevar la intención á establecer el acuerdo de la especulación filosófica con el saber positivo, es la única y superior condición para que, primero la ciencia y después la vida, salgan de esta crisis laboriosa, cuya fecundidad en resultados para la verdad y para el bien puede apenas presentir el espíritu limitado del hombre.

No hay necesidad de ocultar el peligro que corre el

(1) En positivistas de alto vuelo de pensamiento, á quienes se les escapan declaraciones de exigencias idealistas bien expresas; ejemplo: Spencer, Ribot y otros varios.

criticismo presente, cuya existencia se debe al renacimiento del neo-kantismo, ganoso más bien de aceptar solución negativa que de indagarla positiva, según se observa en Lange, Fischer y otros. Es por el momento rémora que se opone á la constitución de la Filosofía científica, empírico-ideal, que concibe lo cognoscible según un idealismo realista, justificado por las exigencias opuestas, pero concurrentes al mismo fin, del positivismo empírico y del idealismo *à priori*.

De todas suertes, nunca será trabajo perdido el que se consagra al estudio histórico-crítico de las manifestaciones del pensamiento filosófico; porque en medio del carácter personal (propio de cada uno) inherente á las obras del espíritu humano, señaladamente de las llevadas á cabo por el pensamiento (1), no se puede ni se debe prescindir de la *continuidad*, que rige racionalmente la vida, y como sinobia moral conexiona lo que ha sido con lo que es en previsión de lo que será.

Consecuencia de tal continuidad es la afirmación, exacta en sus justos límites, de que «la filosofía está en su historia» y que la ciencia consiste toda ella en «la historia de sus cambios y transformaciones», porque es indudable que saber lo que se ha pensado de un asunto sirve de base para precisar lo que se puede y debe pensar del mismo en un momento dado.

También el tiempo tiene sus exigencias ineludibles por lo que toca á toda obra humana. Sin duda el trabajo intelectual requiere medios y condiciones exteriores que todo el mundo puede señalar; pero exige además que el pensador cuente con el factor del tiempo, y dentro de él fije su posición y punto de mira. Lo extemporáneo es lo muerto, y lo prematuro lo que no es aún viable. Para es-

(1) Y más expresamente aún en las obras de arte.

tablecer el ritmo obligado en lo que se refiere á las exigencias del tiempo, ya decía Schopenhauer que de sus tres dimensiones, el presente es resultado necesario del pasado, y que ambos constituyen *caput mortuum*, de los cuales únicamente se puede sacar enseñanza para lo por venir.

Así pueden y deben el pasado y el presente servir de enseñanza y guía á la filosofía y á la ciencia, determinando el carácter general, que por ley del tiempo se impone á la labor del pensamiento. Viene, según dejamos indicado, la información sistemática de la ciencia (quizá no se exagera si se añade que la ordenación consiguiente de conducta y vida), oscilando indefinidamente entre extremos contrarios, la afirmación escueta de los hechos que se observan ó la especulación abstracta sobre las ideas, posiciones ambas cerradas, dogmáticas y que no se dan á partido.

Los dos dogmatismos son por igual censurables: el empírico, que acumula hechos y no puede construir la ciencia, ni preparar concepción general del mundo y de la realidad, olvidando que el experimentador que no sabe lo que busca no comprende lo que encuentra, y el dogmatismo idealista que construye *à priori* y concibe abstractamente fórmulas y simbolismos, sin penetrar en lo instable de la realidad y de la vida, son baluartes acribillados recíprocamente, el uno por los disparos del otro, que presuntuosamente aspiran á cerrar las cien puertas de Tebas; que tal es y debe ser la realidad para el conocimiento.

En medio de la lucha viva y despiadada entre ambos dogmatismos, queda cantidad excesiva de energías en una indiferencia cómoda, ateniéndose al resultado práctico, al razonar de bajo vuelo, y encerrándose en un escepticismo, que es señal de muerte del pensamiento,

tanto para la ciencia como para la filosofía. De estas energías, las que se mueven é interesan algo por el desarrollo del pensamiento, se acogen (quizá algo influidas por la moda) al positivismo, especie de criticismo abortado, que circunscribe su misión al ejercicio mental bajo supuestos que no examina (positivismo práctico ó realismo de las ciencias particulares).

Ni puede ni debe darse por resuelto, sin más, el problema fundamental de la realidad del conocimiento, base de toda ciencia y de toda filosofía y superiormente de una vida racional. Antes bien, importa pensar si es problema que, aun en los términos—magistralmente puestos para su tiempo— en que lo formulara Kant, es problema aún por resolver, é interesa tanto más cuanto que todo problema bien puesto se halla en parte ya resuelto, con solución positiva ó con solución negativa (cuadratura del círculo y movimiento continuo).

En tal punto, ofrece el factor del tiempo, por efecto de la complejión del problema mismo, enseñanza que conviene recoger, y es: la de que en medio de la enemiga de ambos bandos militantes queda zona neutral, quizá inexplorada como incógnita, que se puede ir gradualmente despejando á medida que se ahonda en el estudio y la *crítica* del conocimiento mismo. Desde luego, como lo hace notar un pensador moderno (1) comentando el símil ya indicado de Hartmann, vale consignar que «los idealistas y los materialistas se parecen á los trabajadores que se esfuerzan en horadar una montaña y que comienzan su obra por lados opuestos, como los franceses é italianos al horadar el Mont-Cenis. Los unos parten de la conciencia, los otros de la naturaleza; los unos van del interior al exterior, los otros del exterior al

(1) FOUILÉE: *L'Avenir de la Métaphisique*.

» interior ; si trabajan según el verdadero método, deben encontrarse, ó al menos acercarse indefinidamente ».

No son vagos presentimientos las esperanzas indicadas ; antes bien, fuera empresa relativamente fácil señalar coincidencias parciales, anuncio seguro de la más completa que se ha de efectuar entre ambas direcciones ; de lo cual se infiere necesariamente, sin recurrir á eclecticismos ni componendas, que la labor del pensamiento requiere hoy, principalmente, huir de todo dogmatismo cerrado, dejar abierta la indagación á los resultados siempre nuevos que aporta la inagotable riqueza de la experiencia, y ahondar en la *crítica* del pensamiento y de su ejercicio, si se ha de conseguir en su día legitimar los éxitos que obtenga.

Empeño en su fondo y en su punto de mira bien modesto el del *criticismo*, es sin embargo el que se ofrece impuesto por ley del tiempo y el que se presenta como el único camino fecundo, que huye de las luchas de güelfos y gibelinos para consagrar la impersonalidad de la verdad científica y lo perdurable de sus intereses.

El dogmatismo es el orgullo científico en obra que debe ser ante todo impersonal, el escepticismo es la falsa humildad que se coloca en posición que él mismo niega, mientras que el *criticismo* es la ley de los tiempos y el carácter fundamental de toda labor científica.

Mucha ó poca la utilidad de este estudio (juicio que corresponde formular á cada cuál), la intención al menos es la de poner de relieve que el pensamiento filosófico, si no ha de ser *producto atávico*, se ha de determinar según las exigencias del tiempo y en vista de los términos, dentro los cuales viene formulado su problema fundamental.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

LAS CORRIDAS DE TOROS



AL SR. D. JOSÉ NAVARRETE , TENIENTE CORONEL DE CABALLERÍA, EX DIPUTADO Á CORTES, ETC., ETC.

Mi querido Pepe : Desconocía hasta hace muy poco tiempo el opúsculo que has consagrado á combatir la afición—cada día más grande—que muestran nuestros compatriotas á las corridas de toros , y me apresuro á escribirte estas líneas, para felicitarte sinceramente por la buena obra que has llevado á cabo, levantando tu voz contra un espectáculo que de consuno reprobaban la religión de los verdaderos creyentes y la ciencia de los librepensadores. No estoy de acuerdo contigo en que el ilustre autor de la *Historia general de España*, el P. Juan de Mariana, defendiese, ni siquiera disculpase en su *Tratado de los juegos públicos* las corridas de toros; no, en verdad. El P. Mariana condena la lidia taurina, y, traduciendo al castellano la Bula del Papa Sixto V, en que se dice que esta diversión es *más propia de demonios que de hombres*, desde su punto de vista católico apostólico romano, hace todo lo que puede para destruir en los fieles sus aficiones taurinas.

Como es natural, todos los grandes escritores que se han ocupado de *los toros*, ya considerando esta diversión en el terreno de la moral, ó ya en el de la economía política, la han condenado severamente. Acaso se podría

presumir que los poetas cantarán las alabanzas de la lidia taurina, que, según los aficionados, es un espectáculo que supera en hermosura á todas las bellezas que realiza el arte en los escenarios de los teatros dramáticos y líricos; pero quien tal pensara, se equivocaría de medio á medio, según vulgarmente se dice; porque los poetas españoles, aun los más genuinamente españoles, como el ilustre autor del *Don Alvaro*, han condenado con viril energía lo que algunos quieren llamar el espectáculo nacional. Tú bien sabes que es cierto lo que acabo de escribir, pero como esta es una carta destinada á la publicidad, presentaré aquí algunas citas que comprueban mi aserto.

En el siglo xvii, el ilustre D. Francisco Bances y Candamo, aquel galante caballero que, cruzando su espada en un lance de amor ó de honra con un más feliz ó más diestro adversario, caía en tierra gravemente herido en el pecho, recibiendo con este motivo pruebas del afecto que le profesaban los nobles personajes de la corte de Carlos II, y hasta el mismo Monarca, que diariamente enviaba á preguntar por su estado mientras estuvo en peligro de muerte; aquel linajudo poeta que decía que los reyes mandaban en las tierras que sus antepasados habían conquistado, y que el Rey podía hacer nobles, pero no Candamos; aquel legítimo descendiente de los que alanceaban toros en la Edad Media; aquel cortesano que frecuentaba el trato de los grandes de España y títulos de Castilla que salían á la plaza á quebrar rejoncillos, sobreponiéndose á las preocupaciones de la clase social á que pertenecía, escribió lo siguiente al ocuparse de las fiestas taurinas:

« Así los españoles con romano
Pecho aplaudiendo bárbaros arrojos,
Tienen por regocijo cortesano

De sangre humana y bruta hartar los ojos.
 ¡Oh Lactancio! ¡Oh Crisóstomo! ¡Oh Cipriano!
 ¡Qué dijérais al ver cuán sin enojos
 En estas fiestas, de homicidios feos,
 El aplauso y la vista se hacen reos!
 ¿Qué dijérais al ver que tan infando
 Espectáculo todos aplaudiendo,
 Del bruto están la saña deseando,
 Y el riesgo de su prójimo riendo,
 Al ver lo poco que se alteran cuando
 Comete el bruto el homicidio horrendo,
 Y que prosiguen, ¡ah dolor prolijo!,
 Con ánimo sereno el regocijo?»

Á la condenación de las corridas de toros, formulada por un caballero de antiguo abolengo cuando estas fiestas tenían un carácter aristocrático, aún aventaja en vigor la que se halla en las *Poesías* del duque de Rivas; pero antes de transcribir aquí los versos del insigne Duque, es necesario explicar la causa que le movió á escribirlos.

El célebre marino D. José de Vargas y Ponce, poeta ingenioso y notable historiador, creyó equivocadamente que D. Angel Saavedra, que después fué duque de Rivas, era lo que se llama un aficionado á los toros, y haciendo un juego de palabras con su nombre de pila, le escribió una epístola en verso, que cómenzaba de esta forma:

«Bárbaro que así desluces
 Los presentes de natura,
 Y en demonio, siendo *Angel*,
 Tu torpe sandez te muda.»

Al leer estas frases, D. Ángel tomó la pluma y escribió otra epístola contestando á la de su amigo Vargas Ponce, en que, después de negar que fuesen exactas las aficiones tauromáquicas que se le atribuían, escribió lo que á continuación copio:

«Si hubiese yo, siguiendo la corriente
 De una costumbre bárbara que aún dura,
 Y que introdujo la africana gente,
 Gozádome, enemigo de natura,
 En verter sangre y en ajeno daño,
 Con llanto de la triste agricultura,
 Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
 Y el orbe entero abominar debiera
 Tan gran barbaridad, crimen tamaño.
 Si á tus noticias por ventura hubiera
 Llegado que yo estaba confundido
 Entre la turba vil, baja y torera,
 Cual suele tanto noble envilecido,
 Que, perdiendo el respeto á sus mayores,
 Desmiente su linaje esclarecido;
 Si yo que al son de trompas y atambores,
 Cabe el Tajo, mi patria defendiendo,
 Desprecié de Belona los horrores,
 Y el fulminante brazo sacudiendo,
 Por lo menos, mostré no ser cobarde,
 Ajena y propia sangre allí vertiendo,
 Ahora degradado hiciera alarde
 De empuñar vil estoque contra un toro,
 Fuera justo el enojo que en ti arde.»

Nota bene, como dicen los que gustan de usar frases latinas, los poetas que por su profesión de militares parecía que habían de ser los que más debían aplaudir las aficiones taurinas, si estas aficiones fuesen signo de animosa virilidad, son precisamente los que no perdonan ocasión de mostrar su desagrado al *torerismo*, valga la palabreja, y á todas sus lógicas consecuencias. Así es que, hace poco más de un año, el coronel de Estado Mayor, D. Leopoldo Cano, al visitar por vez primera el morisco palacio de los reyes granadinos, escribió los siguientes versos:

«Desterramos á los moros
 Que hicieron estos palacios,
 Para aumentar los espacios

Donde hacer *Plazas de Toros*.
Tras de gloriosas conquistas,
Celosos inquisidores
Tostaron agricultores,
Y desterraron artistas;
Y hoy á triste emigración
Corre un pueblo peregrino,
Pensando por el camino
En la *Santa* Inquisición,
Que dejó, á lo que se ve,
Un mendigo en cada esquina,
Una cruz en cada ruina,
Mucho fraile...., y poca fe.»

Es decir, querido Pepe, que un tan cumplido y valeroso caballero como D. Francisco Bances y Candamo, un oficial de la armada tan pundonoroso y distinguido como D. José de Vargas y Ponce, un grande de España de tan probado valor en los combates como el duque de Rivas, y un coronel de un cuerpo especial, que acredita por su hoja de servicios su honroso comportamiento en las acciones de guerra en que se ha hallado, D. Leopoldo Cano, motejan de cruel la lidia de las reses bravas por el peligro que corren los toreros, y por los dolores que en ella padecen los caballos y los toros. Y cuando así sienten y así piensan varones esforzados que no vacilan en exponer su vida, y si es preciso en morir defendiendo su propia honra ó la de su patria, tal colegial imberbe, algunos sacristanes de monjas, y no pocos sacerdotes asisten á las corridas de toros, creyendo que prueban la fortaleza de su ánimo, porque ven sin inmutarse el peligro ajeno, y hasta las heridas y aun la muerte de algún infortunado diestro, y no se conmueve su varonil corazón al contemplar el tormento de los caballos y el martirio del toro, que mártires son los toros de su barbarie y de su arrojo.

Se me había olvidado mi promesa de recordar aquí los nombres y versos de los poetas españoles que han condenado las aficiones tauromáquicas ; promesa, por otra parte, que sólo puedo cumplir en el límite que me consiente mi escasa erudición y mi memoria, ya debilitada por mi edad madura, y tan madura que casi está pasada; y dentro de tan estrechos límites, además de los cuatro poetas que de mencionar acabo, recuerdo al insigne Jove-Llanos, que bien demostró su aversión al toreo en su sátira contra la degradación de la nobleza castellana, y al gran poeta D. José M. Heredia, que, como tú ya sabes, describió la *Muerte del toro*, en la forma siguiente :

Suena el clarín, y del sangriento drama
 Se abre el acto final cuando á la arena
 Desciende el matador y al fiero bruto
 Osado llama y su furor provoca.
 Él, arrojando espuma por la boca,
 Con la vista devórale, y el suelo
 Hierde con duro pie, su ardiente cola
 Azota los ijares, y bramando
 Se precipita.... El matador sereno,
 Ágil le esquivo, y el agudo estoque
 Le esconde hasta la cruz dentro del seno.
 Párase el bruto, y su bramido expresa
 Dolor profundo, rabia y agonía ;
 En vano lucha con la muerte impía,
 Quiere vengarse aún , pero la fuerza
 Con la caliente sangre que derrama
 En gruesos borbotones, le abandona,
 Y entre el dolor frenético y la ira
 Vacila, cae y rebramando expira.
 Sin honor el cadáver insultado
 Es en bárbaro triunfo, yertos, flojos,
 Yacen los fuertes pies, turbios los ojos
 En que ha un instante centellar se vía
 Tal ardimiento, y fuego, y energía,
 Y por el polvo vil huye arrastrado
 El cuello que tal vez bajo el arado

Fuera de alguna rústica familia
 Útil sostenedor.... En tanto el pueblo,
 Con tumulto alegrísimo, celebra
 Del gladiador estúpido la hazaña.
 ¡Espectáculo atroz, mengua de España!»

Y aun cuando es más conocido como prosista que como poeta el autor de la *Historia de la civilización española*, D. Eugenio de Tapia, merece recordarse su romancillo en que relata, en forma satírica, lo que pasa los días de toros, y concluye diciendo:

«Me voy á Tetuán,
 Más quiero ver monas
 Que toros lidiar.»

Los versos del Sr. Tapia no eran buenos; pero su intención al escribirlos era bonísima. Á veces el moralista absuelve lo que condena el crítico literario, y *viceversa*.

Fiando en la distinción que acabo de hacer entre el juicio ético y el estético, me atreveré á copiar aquí algunos versos míos que se hallan en la composición, más ó menos poética, que consagré á la memoria del autor de las *Reflexiones militares* con motivo de la celebración de su Centenario en el año de 1884. Toda la composición está encaminada á *poner en solfa*, como familiarmente se dice, la afición á los toros; pero en obsequio á los lectores de esta carta abierta, me limitaré á transcribir los siguientes versos:

«Aún es verdad lo que excitara un tiempo
 La justa indignación de Jove-Llanos;
 Aún vive aquel chispero tan inculto;
 Aún alienta aquel noble degradado;
 Aún España en la Plaza de los Toros
 Es trasunto de aquel pueblo romano,
 Que, ajeno á la virtud, siervo del vicio,
 Esclavo fué de monstruos coronados.»

Y para que los lectores no conserven como último recuerdo poético, ó antipoético, mis endecasílabos asonantados, copiaré ahora el soneto que sirve de lema á tu opúsculo titulado *Las fiestas de toros*. Dice así nuestro amigo Manuel del Palacio:

«Suenan el clarín; la multitud se agita:
Ya está en el circo la asombrada fiera;
Impávido el jinete que la espera
Su atención y su enojo solicita.
» ¡Menos vara, morral! — un chusco grita,
«¿Se ha enamorado usted de la barrera?»
El hombre avanza, y rápida y certera
Á su encuentro la res se precipita.
» Como roca del monte desgajada
Rueda el jinete, y ebria de furiosos
Cébase en él la fiera ensangrentada;
» Mientras ahogando el ¡ay! de sus dolores,
La imbecil muchedumbre, entusiasmada,
Repite: «¡Picadores, picadores!»

Llega el momento de terminar, y aún no he citado entre los enemigos de las corridas de toros al discreto pintor de las costumbres madrileñas, D. Ramón de Mesonero Romanos, al inspirado poeta D. José Selgas, ni á otros muchos escritores que recordaré cuando ya no tenga ocasión de remediar mi olvido. ¿Y callaré ahora que dos de los reyes de España más justamente alabados por los historiadores, Isabel la Católica y Carlos III eran decididos adversarios de las fiestas de toros?

Ilustres pensadores, inspirados poetas, reyes de gloriosa memoria, condenan unánimemente las corridas de toros; pero sus palabras se pierden en el espacio, y crecen y crecen las aficiones tauromáquicas en la España del siglo XIX. Se arruinan ó se incendian nuestros monumentos artísticos por falta de cuidado y sobra de ignorancia, pero se levantan plazas de toros en todas las

ciudades y villas, y hasta en lugarejos de mala muerte se rinde culto al *torerismo*. No quiero continuar escribiendo, mi querido Pepe, porque temo decir que nuestros compatriotas.... Tu concluirás la frase en la forma que creas conveniente; porque lo harás con la discreción que admira en todo lo que escribes tu amigo y antiguo compañero en letras y armas,

LUIS VIDART.

MADRID, 11 de Octubre de 1890.

LA GEOGRAFIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XV



EN 1415, cuando los portugueses conquistaron á Ceuta, inaugurando, á partir de ahí, el gran movimiento de las navegaciones y descubrimientos, dos leyendas geográficas preocupaban señaladamente la imaginación de los nuevos argonautas. Eran estas leyendas : la del Preste Juan de las Indias, emperador á quien se suponía dominando en todo el Oriente desconocido , y la del Mar tenebroso, donde, según las tradiciones árabes, se extinguían hacia el Sur la tierra y el mundo en latitudes superiores á las Canarias.

Casi al tiempo mismo en que los portugueses tomaban á Ceuta, Jacobo Angelo presentaba (1416) al Papa Alejandro V la traducción de Ptolomeo. Esta geografía era entonces cosa corriente en el mundo de los sabios. Al despertar del agitado sueño de la Edad Media, Europa reanudaba el hilo del saber clásico en el punto donde lo dejó la antigüedad.

Conocidas eran Europa y África, esta última desde el Mediterráneo hasta el Ecuador, aun cuando las costas de Etiopía hubiesen dejado de ser visitadas por eu-

ropeos, y se perdiesen con los vastos desiertos australes en la oscuridad de un mar ignoto. Tradiciones anteriores de Eratóstenes, que precedió en más de tres siglos al alejandrino, afirmaban que el continente *etiópico*, terminando hacia el Sur, dejaba libre paso marítimo hacia el Oriente. Además, no se había olvidado del todo el viaje de circunnavegación africana de los fenicios contratados por el hijo de Psamético en el año 607 antes de Jesucristo, ni el del cartaginés Hannón hasta las alturas del Senegal treinta años después. Hablábese también del viaje del sobrino de Darío en 480, y de la fantástica expedición de Eudoxio de Cícico hacia fines del siglo II. Y, confundiendo de esta suerte la extravagancia con la realidad, y la fábula con la historia, bogaba incierto el espíritu en esos albores de la geografía moderna, oscilando entre la iluminación de una fe, más vaporosa que positiva, y las terminantes negaciones en que envolvía la imaginación todo lo desconocido.

Así, mientras el geógrafo alejandrino dejaba indeterminado el Sur de África, las doctrinas climatológicas, aceptadas por la teoría geocéntrica, reputaban inhabitables las regiones australes, y los árabes entendían que el África terminaba en lodos líquidos, en una continua ebullición, de donde surgían nieblas que tendían sobre los mares impenetrable velo de sombras.

Si tal era la idea que se tenía de la tierra por el Sur, en cuanto al Este sabíase *grosso modo* que la masa continental de Asia se prolongaba hasta Catay, Serica y Cipango, que son la China y el Japón, conociéndose el diseño austral de los continentes, penínsulas é islas de los mares de esas regiones á que se daba el nombre genérico de Indias. Y se conocía, ya por la geografía ptolemaica, ya por el viaje de Marco Polo, cuyo libro, do-

nado por la Señoría de Venecia, trajo á Portugal de sus viajes, en 1428, el infante D. Pedro.

Creíase, pues, que hacia el Oriente el mundo acababa con las Indias, formando Cipango en los límites extremos, la frontera insular ó Antilia; y suponíase que el África, perdiéndose en remotas regiones abrasadas, llenas de sombra y de misterio, completamente inaccesibles, interponía por el Sur una invencible barrera para el paso marítimo hacia el tesoro de los árabes: las Indias maravillosas, que excitaban la curiosidad y la codicia de la gente portuguesa en el siglo xv.

Decíase además que todo ese Oriente maravilloso formaba el Imperio de un príncipe cristiano en guerra constante con los sarracenos, y que había, por consiguiente, en la tierra dos mundos de Cristo, desconocido el uno del otro. De ese modo venía á aunarse el proselitismo con la ambición de poder, con la sed de riquezas y la avidez de la curiosidad, para provocar la explosión del movimiento de los descubrimientos marítimos. Así, con la leyenda del Preste Juan, señor de Etiopía y de las Indias, enlazábase directamente la otra leyenda del Mar Tenebroso, puesto que, para ir en busca del Preste, era indispensable transponer y vencer los misterios y tormentas de mares reputados inaccesibles.

La idea de que el mundo habitado concluía circundado por el mar misterioso se hallaba en perfecta armonía con la teoría geocéntrica de los climas. Encuéntrase ya en Teopompo; y, al inaugurarse la Edad Media, así como se restringen los límites de la libertad del espíritu, estrechase también las fronteras del mundo conocido. Macrobio, Osorio y Lactancio, autores de los siglos v y vi, hacen subir los límites del Océano hasta los 10° de latitud Norte, dejando en sombras la mitad de África. Prisciano

coloca en Etiopía el término del mundo, y lo mismo hace San Isidoro de Sevilla. Para Beda, en el siglo VII, la tierra es como un huevo rodeado de agua; y el Anónimo de Ravena, en el siglo siguiente, pone en esas aguas, allende el estrecho gaditano, el paraíso terrenal que Rabano Mauro describe circunstanciadamente.

Al propio tiempo que avanzaban las ondas del Mar Tenebroso, abismando tierras, en otro tiempo conocidas, flotaban sobre esas ondas portentos de la imaginación alucinada por las visiones de la fe y del temor religioso. La *Imago mundi*, de Honorato de Autum, es el compendio de esas fábulas del siglo XI, repetidas dos siglos después por Sacro Bosco en su *Sphera mundi*.

Alberto Magno, que ocupa lugar preeminente en la historia del saber humano, supone que el África se halla limitada por un mar vastísimo é inaccesible, no sólo á causa de sus densas tinieblas, sino por virtud de un poder oculto, imán que atrae á los navíos, y no los deja pasar adelante. Ya en el siglo XI se encuentra la misma fábula en Edrisi; y éste y todos los geógrafos árabes describen con rasgos maravillosos de un carácter terrible los misterios del mar de las tinieblas, señalando límites diversos á la exploración de las costas africanas. Ibn-Khaldun, en el siglo XIII, considera el cabo Non como el término fatal de las navegaciones. Ibn-Said, sin embargo, menciona la llegada casual de algunos árabes al cabo Bojador, dos siglos antes.

Y no es sorprendente, sino antes bien verosímil, que hubiesen acertado á bajar por la costa barcos árabes, pues otro tanto sucedió á embarcaciones cristianas del Mediterráneo, apareciendo el famoso cabo en el Atlas catalán de 1375, con el nombre de Bugeder. Así resulta del viaje del mallorquín Jaime Ferrer, que bajó la costa en

demanda del Río de Lor ó del Oro, aunque, no pudiendo llegar á su destino, se volvió sin doblar el cabo.

Con efecto: no se perdió del todo en las escuelas de Italia la tradición de la forma peninsular de África. Admitían algunos, aunque sin prueba auténtica, la posibilidad de la circunnavegación del continente y de la llegada á la India por ese camino. Afortunadamente, vivía en la memoria el lejano recuerdo de los viajes de los egipcios y fenicios; y la expedición malograda de 1291, en que los Vivaldis parten de Génova con dos galeras, camino de la India, recuerda el viaje de Hannón. Los navíos fueron á perderse, uno en las costas de Marruecos, y otro, á lo que parece, en la desembocadura del Senegal.

Pero estas expediciones esporádicas é infructuosas confirmaban más y más la opinión corriente sobre lo inaccesible de los mares del Sur, y, por lo mismo, en vez de disminuir el mérito de los navegantes portugueses que, con su audaz tenacidad, disiparon la leyenda y patentizaron la verdad, contribuyen, por el contrario, á aumentarlo. Los mares australes eran, á principios del siglo xv, un vasto Océano poblado de terrores y envuelto en sombras; los mares occidentales eran el campo abierto á la fantasía céltica excitada por la remota y nebulosa tradición de la Atlántida.

Nadie ignora la mención que hizo Platón de esa isla, refiriendo cómo se sumergió, ni tampoco las referencias de Teopompo á la isla occidental. No cabe, dentro de los límites de este ensayo, inquirir los orígenes de esas tradiciones helénicas, ni aquilatar su grado de verosimilitud ante lo mucho que hoy se sabe, no sólo de la orografía submarina y de las relaciones de los tres archipiélagos atlánticos, — Canarias, Madera y Azores, — ó, cuando menos, de dos de ellos, sino también de la

geología de épocas anteriores á toda noticia histórica.

Basta indicar la leyenda antigua y recordar cómo vinieron á enlazarse en torno suyo y á florecer, posteriormente, las leyendas célticas de los viajes de San Brendan y de su paraíso de los pájaros, con la de la isla donde quedó encerrado en suntuoso mausoleo el túmulo de Salomón. Basta indicar la leyenda árabe de los maghurinos ó aventureros que, partiendo de Lisboa, se dirigieron á la costa marroquí, según cuenta Edrisi.

Si ninguna de estas leyendas tiene un valor geográfico positivo, no es posible, con todo, dejar de reconocerlas como elemento que agitaba las imaginaciones, y que, al par que contribuía á aumentar los deseos, acrecentaba también la confusión.

Kiepert, el sabio geógrafo de Gotha, dice que es más que probable la existencia de establecimientos fenicios en Canarias. Los fenicios,—añade,—atravesando el Senegal, entraron en la región llana y populosa de la raza negra, y vieron seguramente desde la costa los elevados picos de las islas vecinas. No se llevaron á efecto los planes de colonización formados después por los romanos; pero es indiscutible la existencia de un activo comercio entre las Fortunatas y la España romana. Plutarco lo atestigua en la vida de Sertorio, y pruébanlo hasta los mismos nombres de las islas que llegaron á nosotros bajo su forma latina: entre ellos el de Canaria, que, después de vuelta á descubrir en el siglo XIV, se generalizó á todo el archipiélago.

Con la decadencia de la civilización romana extinguéronse las relaciones entre las Canarias y España, hasta el punto de llegar á ser un mito en la cartografía de la Edad Media; pero todavía, hasta el siglo XIII, los geógrafos hablan siempre de un archipiélago (*Fortuna-*

:

tæ, Hesperidæ) relacionado con la costa de Mauritania y con los iberos. Sin embargo, el célebre mapa de Marino Sanuto (1320) transporta ese archipiélago al poniente de Irlanda, declarando que «*ultra Gades per regna Ispaniæ, Portugaliæ et Galitiæ, non inveniuntur insulæ aliqujus valoris*. Más allá de Gales el mar está desierto». Era lo consecuente con las ideas geocéntricas de la época.

Pero ya en tiempo de Alfonso IV de Portugal, cuando el Papa dió las Canarias al príncipe de la Fortuna, fué á visitarlas una expedición naval que partió de Lisboa. Así volvía á noticia de los europeos ese archipiélago, conservándose definitivamente su conocimiento, cuando el normando Juan de Betencourt estableció en él un reino efímero, precursor del dominio castellano en que vino á quedar hasta nuestros días.

De las Azores y Madera puede afirmarse con certidumbre que no había noticias. ¿Se habían descubierto ya, antes de ocuparlas de un modo permanente los portugueses del siglo xv? Tal vez; pero si eso puede tener algún valor, dudoso en todo caso, para la curiosidad científica, históricamente no lo tiene, porque el verdadero descubridor es el que, apoderándose de la tierra, conserva en el dominio de los hombres el conocimiento del hecho por lo menos.

Pretenden algunos que los navíos portugueses del tiempo del rey Alfonso IV, al ir á Canarias, arribaron también á Madera, explicándose así que el Portulano laurentino de 1351, publicado por el conde Bandelli Boni, figure una isla con el nombre de *Legname*, traducción italiana de la palabra Madeira. Mas, por otro lado, aparte de ser discutible este modo de traducción onomástica, hay una identificación verosímil entre la palabra *legname* y la de *al-aghham* con que, en la leyenda antes citada, se

designa una de las islas de los maghurinos de Edrisi.

El hecho es que, tanto en el Portulano laurentino de 1351, como en el atlas catalán de 1375, como, finalmente, á lo que se dice, en el mapa que en 1428 trajo de Venecia á Portugal el infante D. Pedro, figura un grupo de islas atlánticas, en oposición al terminante aserto de Sanuto: más allá de Gades el mar está desierto. Pero contra la afirmación de que los portugueses fuesen en demanda de esas islas, conociendo ya su existencia, depone el texto de la Crónica del descubrimiento de Porto Santo, cuando nos dice cómo fué hijo del acaso que arrojó á esa playa desierta á los navegantes que fueron á reconocer por el Sur la costa africana.

Tal era el estado de los conocimientos geográficos en la época en que Portugal inició el movimiento de las navegaciones y descubrimientos.

Hacia el Oeste prolongábanse las llanuras de un mar, misteriosamente poblado de leyendas quiméricas, que, confundiendo la imaginación, no estimaban la codicia. Aunque los cálculos, á fuer de erróneos, colocasen la costa opuesta de Asia, en Cipango, una mitad más próxima de lo que está realmente América, á pesar de eso, la extensión era tan grande, que nadie se atrevió á transponerla hasta que Colón, guiado por una iluminación mística, realizó su grande viaje.

Hacia el Sur surgía el terror horrible de un mar abrasado en fuego y envuelto en tinieblas. Allende él encontrábanse las venturosas Indias. Y fué menester un siglo casi de continuas y persistentes tentativas, fué menester la paciente fuerza del genio portugués, para que, al fin, Vasco de Gama, partiendo de Lisboa, fondease en Calicut, abriendo el camino marítimo de Oriente.

OLIVEIRA MARTINS.

LA ANTIGUA CIVILIZACION

DE LAS

ISLAS FILIPINAS



I.

ALGUNOS escritores nacionales y extranjeros consagran sus vigilias á lo que bien puede llamarse antropología prehistórica del continente americano; y registrando archivos, y desenterrando monumentos, y examinando ruinas, van poco á poco dando á conocer la civilización que habían alcanzado algunos pueblos americanos antes de haber sido incorporados á la monarquía española. Esta labor ímproba y difícil es digna de aplauso y merecedora de estímulo, que no le escatimarán cuantos se interesan en los progresos de la etnografía, de la antropología y de la historia; pero el ejemplo es tentador, y natural es que se haya aplicado á otras regiones que fueron en el mismo siglo descubiertas y dominadas por las armas de Europa, ó simplemente reducidas á la obediencia de poderosos monarcas. Por eso hemos visto sin extrañeza que algunos escritores procedentes del archipiélago filipino hayan intentado vindicar la cultura y

civilización á que habían llegado los habitantes de aquellas islas, antes que el adelantado Legaspi hubiera implantado y organizado en ellas las leyes y el gobierno de España, bajo cuya hermosa bandera han permanecido hasta la fecha.

Esta nueva tendencia de los hijos de aquel hermoso país nos impele á comunicar á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA algunas noticias interesantes y de autoridad indiscutible que nosotros poseemos, y que se refieren directamente al problema que hoy se plantea. No diremos que le resuelvan pronunciando sobre él la última palabra, pero sí esperamos que le ilustren, y que señalen algunos límites, dentro de los cuales será preciso que encerremos la civilización de los antiguos filipinos. Dos observaciones son indispensables antes de pasar adelante.

Sea la primera, que, no teniendo nosotros otras noticias de las tendencias de los escritores filipinos y de su desarrollo que las ligerísimas comunicadas por la prensa, ni nos ha venido á las mientes ni nadie está autorizado para imputarnos el propósito de corroborar ó de impugnar sus asertos; y segunda, que habiendo vivido en el archipiélago de Filipinas desde la edad de veinticuatro años hasta la de treinta y seis, es decir, el período de la vida más á propósito para encariñarse con personas y con cosas, sentimos amor intenso por todo lo que á él se refiere, y tendencia marcada á juzgar benévola de sus cosas, de sus personas y de las acciones de sus habitantes de hoy y de sus habitantes de antaño.

La fuente de las noticias que nos proponemos dar á conocer es un Códice en folio, en papel de arroz, acabado de escribir en el año de 1610, con datos que abrazan el período de la pacificación y reducción de las Filipinas; se extienden hasta 1606 y detallan el estado de cultura

y de industria de sus habitantes antes de la llegada de los españoles. El Códice está dividido en cinco libros, y éstos en 183 capítulos, prólogo y dedicatoria aparte; comienza: «La provincia de Filipinas», etc., y acaba: «Pido perdón de las faltas, y por premio, si merezco alguno, las oraciones de todos». El autor, versado en toda clase de conocimientos y muy empapado en los historiadores de los pueblos antiguos, llevaba de residencia en Filipinas al terminar su obra veinte y nueve años, es decir, que había arribado al archipiélago en 1581, y recorrido después sus islas principales. Finalmente, el mencionado Códice fué depositado en 1636 en un archivo particular, del cual pasó á otro archivo también particular, siglo y medio más tarde, donde nosotros hemos podido consultarle detenidamente, sin creernos autorizados para otra clase de revelaciones. Está escrito en letra bastarda de principios del siglo xvii, tan hermosa en algunos capítulos, como la de Torío, y autorizado con firmas auténticas de personas conocidas.

Hechas estas declaraciones, necesarias para investir de autoridad á este artículo, réstanos tranquilizar á los habituales lectores de LA ESPAÑA MODERNA, asegurándoles que ni nuestras ocupaciones, ni nuestra falta de aptitud para esta clase de escritos, nos tentarán fácilmente á abusar de su benevolencia.

II.

IDEAS GENERALES.

Trataremos de la civilización, no de los aborígenes filipinos, sino de los indios malayos que constituían en tiempo de Legaspi, y constituyen hoy, la inmensa mayo-

ría de los habitantes del archipiélago. De los primitivos habitantes, llamados negritos, aetas ó *itas*, el autógrafo que nos sirve de guía, á pesar de juzgarlos superiores á sus semejantes de Nueva Zelandia y de otros puntos, dice que no llevan ropa, ni tienen casas, ni forman pueblo, ni cultivan los campos. Poseen un arco y una flecha, se dedican á la caza del jabalí y del ciervo, lo comen donde lo cazan, y emprenden luego otra correría en busca de otra pieza. Su lengua se diferencia de las otras lenguas de las islas, tanto como el vascuence se diferencia de las lenguas que se hablan en la Península.—Y, ciertamente, si esas pobres razas no han dado un solo paso en las vías del progreso en los trescientos años que han corrido desde que algunas de ellas ven desde sus guaridas la ciudad de Manila, y dominan desde el monte de Mariveles la inmensa bahía cruzada por vapores de todas las naciones cultas del mundo, no es de creer, sin datos que lo prueben, que antes hayan alcanzado mayor cultura.

Los indios de Filipinas se creían procedentes de las costas de Malabar y de Malaca, y habían llegado á las islas en pequeñas embarcaciones llamadas *barangayán*, á las órdenes y bajo la dirección de un jefe ó cabeza, que conservaba su jefatura después del desembarque, como base de una organización social á manera de tribus, ya que cada *barangay* ó cabecera solía componerse de unas cincuenta familias. Los individuos de un *barangay* no podían pasarse á otro, sino mediante una indemnización, y si tomaban esposa de distinto *barangay*, era á condición de que los hijos se dividiesen entre las dos tribus. Al frente de algunas cabeceras había un *dato* ó *maguinóo*, suprema autoridad allí conocida, cuyo poder, á parte de estar reducido á muy limitado territorio, era asaz débil, é

incapaz de mantener el orden y de afianzar la paz. Llegábase á esa autoridad por la destreza, por la riqueza, por la astucia, á consecuencia de una guerra, y por otros medios aún menos equitativos. Eran todos gentiles é idólatras, sin que el mahometismo hubiera pasado de la isla de Mindanao, y durante algunos años permanecieron en extremo refractarios á la religión cristiana, unos por no tomarse el trabajo de aprender el catecismo, otros por no dejar sus mancebas, sus esclavos, sus logros y sus bienes mal adquiridos; y algunos por su obstinación en sus idolatrías....., hasta que fueron desapareciendo los ancianos, que eran el escándalo de los demás.

No había, como hemos dicho, ningún estado considerable en el archipiélago, ni se conocían reyes ó emperadores. En Manila, que contaba cuatro mil casas ó chozas al ocuparla Legaspi, había un *dato*, y la ribera opuesta del río, ó sea la derecha, pertenecía al *dato* de Tondo.

Las naciones principales distinguidas por el autógrafo eran: *Tagalos*, los principales y más nombrados, dotados de todo el valor y policía que puede esperarse de bárbaros; distinguíanse entre ellos los pampangos por su generosidad; á los camarines también los engloba entre los tagalos. *Cagayanes*, muy bravos y muy valientes, accesibles, no obstante, si se les trataba con generosidad. *Zambales*, corrupción de la palabra *zambali*, que suena corta-cabezas. Caribes feroces, fieros, sanguinarios, enemigos de los españoles y de los amigos de éstos, no dejaban á nadie vivir en paz, y no conocían otras proezas que las de cortar cabezas, ni mayor delectación que la de beber los sesos de sus víctimas, horadando para ello el cráneo, que luego conservaban como un trofeo. Castigaban al incestuoso con pena capital, y á la mu-

jer la enterraban viva. *Ilocanos*, los más aseados y limpios de todos los indios; algunos de ellos se dedicaban (los ilongotes) á beneficiar las minas. *Visayas*, ó pintados, llamados así por la costumbre que tenían de picarse la piel hasta que saliera sangre, inyectando luego ciertas tintas que permanecían indelebles por el procedimiento llamado *tatouaje*.... Las mujeres sólo se pintaban una mano y la mitad de la otra.

Vestidos. Vivían casi todos á orillas del río ó en las costas de la mar, de manera que el agua les servía de calzado, de manteles, y de pañales para los recién nacidos. Aunque dentro de sus chozas, y aun para dedicarse á sus faenas de agricultura, pesca y minería, no llevaban otro traje que una pequeña faja que cubría á medias lo que el pudor no permite llevar al descubierto, tenían vestidos para sus reuniones y otros actos de la vida. Consistía éste para los habitantes de la isla de Luzón, menos para los ilocanos, en una pieza de tela que en forma de tonelete llevaban los hombres alrededor del vientre y bajaba hasta la rodilla. Cruzábanlo á veces entre las piernas, imitando unos zaragüelles. Encima ponían un cinturón de seda, ancho como un palmo, terminado en dos madroños de oro, y sujetado por él, en la parte derecha, pendía un puñal, de tres palmos de largo, con empuñadura de marfil ó de oro y vaina de cuero de búfalo. El cuerpo superior lo cubría una camisa corta y escotada, y la cabeza una ancha faja, enrollada en forma de turbante. En las piernas llevaban anillos de bejuco negro.

Las mujeres llevaban un *tapis*, ó sea una pieza de tela sin costura alguna, bordada ó adornada de pasamanería, la que enrollaban al cuerpo, metiendo la punta exterior entre el ajuste de la tela con la cintura, y dejándola colgar hasta los tobillos. El busto lo cubría una

camisita corta de anchas mangas, y un pañuelo en ciertos casos. La cabeza con el pelo recogido en forma de rollo sobre la nuca, y sin tocado, porque usaban mucho la sombrilla. Iban además muy perfumadas y aderezadas con joyas, y se permitían el lujo de ser conducidas á hombros por los esclavos. A las niñas, especialmente en la tierra de los comintas, entre Cavite y Batangas, les colgaban de las orejas joyas pesadas, con el fin de alargarles la membrana.

Entre los ilocanos, vestían igualmente las mujeres y los hombres, llevando unas cabayas semejantes á las de los chinos.

Los hombres de Visayas conservaban el pelo largo, perfumado, y recogido en la nuca, como hacen hoy los habitantes de Java. El tapis de las mujeres era cerrado ó cosido, y lo sujetaban metiendo por la cintura la parte que sobraba, después de haberle ceñido al cuerpo. En la cabeza, sobre la toca blanca, se ponían un bonetillo ó sombrerillo de palma, especie de quitasol, que era su inseparable al salir de casa. Tanto los hombres como las mujeres eran muy dados á ponerse pendientes de oro, brazaletes de marfil, y á teñirse y limarse los dientes, que además guarnecían de oro con habilidad consumada; delicadezas tanto más extrañas, cuanto que los visayas varones llevaban por ordinario indumento sólo el turbante y el mandilillo que cubría sus partes vergonzosas. Las telas de todos estos vestidos eran de algodón ó de seda.

Casas y ajuar. Los filipinos vivían en lo que pudiéramos llamar palafitos, ó sean barracas de caña y hojas de palma, levantadas sobre pilotes, sin más puertas ni cierres que mamparas de la misma materia. El piso alto, donde dormían y comían, estaba formado de listones de cañas separados unos de otros; el todo muy mal afianzado

y sujeto con bejucos y cuerdas formadas con la estopa de las palmeras, por carecer de clavos. Subíase á esas casas por una escalerita portátil, que se apartaba en cuanto salían los amos, en señal de que nadie debía acercarse á la vivienda, que jamás se trancaba.—Habla el autógrafo de platos y de vasos, sin especificar su clase, y también es de suponer que tendrían cacerolas de cobre, aunque no lo exprese, pues poseían una fábrica de cañones de artillería de ese metal y otras de pólvora, industria que habían recibido de Borneo. En Lugbán encontraron nuestras tropas, por vez primera, dos fuertes artillados, desde los cuales se defendieron los indios. Había además en las casas algunas mesitas bajas, taburetes y unas cajas bastante bien hechas de hojas de palma, con tapa enchufada de la misma materia; estas cajas ó arquetas, llamadas *tampipi*, servían para la custodia de ropas y alhajas.

Comercio, instrucción y agricultura.—El comercio exterior era generalmente con la China, de cuya nación había en Manila algunas embarcaciones á la llegada de los españoles. La conducta de los filipinos con los chinos dejaba bastante que desear, pues los saqueaban y reducían á cautividad cuantas veces podían, con lo que paralizaban las transacciones á una y otra parte beneficiosas. El acto generoso del Gobierno español, que en 1571 dió libertad á todos los chinos cautivos, y les facilitó medios de regresar á su país, inspiró confianza en los hijos del Celeste Imperio, é impulsó el comercio entre él y Filipinas. Tanto el comercio interior como el exterior se reducía á los frutos de la tierra, al pescado, á las telas y á objetos de orfebrería. No tenían monedas acuñadas, valiéndose, para la facilidad del tráfico, de oro en lingotes ó en pepitas, que se apreciaba al peso.

Aunque no se encontraron libros en el país, y aseguran los contemporáneos de la reducción que no los tenían, poseían alfabeto, bien conocido ya hoy, para excusarnos de reproducirlo. Lo hemos publicado hace quince años en la *Revista de Filipinas*, para satisfacer á las dudas que sobre su existencia había presentado Mr. Bowring, antiguo gobernador de Hong-Kong. De ese alfabeto se valían los indios para sus asientos mercantiles y para su correspondencia, á la que se mostraban y muestran muy aficionados. La instrucción elemental se hallaba relativamente extendida, pues nuestro autógrafo afirma que casi todas las mujeres sabían leer y escribir; aseveración que ni por un momento ponemos en duda, testigos como somos de la propensión que tienen los filipinos hacia cierto grado de cultura, y de la facilidad con que la adquieren.

Como carecían de libros, carecían de legislación escrita, aunque, como veremos en su lugar, regíanse por tradiciones y costumbres dignas de ser conocidas, y que colocan á los antiguos filipinos en un nivel superior al de ciertos pueblos antiguos, que gozan de más ilustre fama. El principal de cada agrupación social, llamado *maguino* entre los tagalos y *dato* en las provincias de Visayas, era la única autoridad política, militar, administrativa y judicial. Ante él acudían los libres (*jimanas*) en querrela contra sus semejantes. El juez intentaba ante todo una reconciliación, pero si ésta fracasaba, lo que por desgracia no era raro, ya podían los clientes armarse de paciencia, pues el *maguino* sentenciaba, ejecutaba, cobraba sus derechos, y se lanzaba como ave de rapiña, no solamente sobre los bienes del vencido, sino también sobre los de sus testigos. En asuntos criminales era corriente exigir á mano armada una indemnización en oro, que se

repartía entre la parte agraviada ó sus herederos, y los principales que habían tomado la defensa del ofendido. No había lugar á esta acción contra el culpable vulgar y pobre, en cuyo caso, si era asesino, se le ataba á un palo, y le ejecutaban á golpes de lanza.

El procedimiento era distinto tratándose de hurto. Precedía el registro del pequeño ajuar de los vecinos ó sospechosos, y si esto no daba resultado, se acudía á la purgación canónica, que practicaban de tres maneras: zbulléndolos en el agua, obligándoles á sacar una piedra del fondo de una vasija llena de agua hirviendo, ó dándoles velas encendidas.

Respecto á ocupaciones ordinarias, cultivaban el arroz, la caña dulce, las palmeras, las musáceas y las hortalizas; se dedicaban á la pesca, y aunque en esta materia no descende el autógrafo que nos sirve de guía á detalles particulares, como habla incidentalmente de redes y otros aparejos, es probable que la practicarían como hoy, armando corrales, utilizando el *salambao* y acaso cerrando estanques de piscicultura, como los tienen actualmente los filipinos y los tunquinos. En Ilocos y Camarines beneficiaban minas de cobre y de oro, con el cual hacían joyas aflagradas de exquisita labor los habitantes de esta última provincia. La ocupación especial de la mujer era el hilado y tejido de sus telas de seda y de algodón. En otro lugar trataremos de otras industrias, hijas de la agricultura y de la minería.

En las provincias Visayas, más relajadas indudablemente por su contacto con los habitantes mahometanos de Mindanao y de Borneo, era frecuente el bandolerismo en las regiones interiores, mediterráneas que dice el Código, y en las costas el ejercicio de corsario. Sus armas, en esas y otras provincias, eran flechas y lanzas con pun-

tas de hierro, de hueso ó de madera tostada; cerbatanas para disparar saetas envenenadas; puñales grandes y bastante bien trabajados; corazas de bejuco y de conchas, que los embarazaban en sus movimientos y no los preservaban de las balas de fusilería; paveses de madera; fortificaciones de setos vivos de bambú, rodeadas de pantanos; y en algunas provincias arcabuces con cañón de hierro mal hecho; versos y otros cañones de bronce.

Moral. Veremos más abajo que los antiguos filipinos estaban constituidos en familias regulares, y que la religión sancionaba sus matrimonios. En su trato social eran muy cortesanos, especialmente los tagalos, comintás y borneyanos. Jamás hablaban á un superior sin quisarse el turbante (*potong*), que colocaban graciosamente sobre el hombro izquierdo, como hacen los mozos de café con la servilleta; doblaban luego las rodillas, ó doblaban una sola, levantando el pie; levantaban las manos en alto y las pegaban á los carrillos, y, hechas todas estas ceremonias, esperaban aún la autorización para hablar. Hacían esto último tratando á todo superior en tercera persona, y añadiendo á cada frase la palabra *po*, que equivale á señor. Eran aficionadísimos á dirigirse misivas llenas de cumplidos, y á obsequiarse con la música de su *cud*, vihuela de dos cuerdas de alambre que tañían con suma vivacidad y destreza, dando á conocer sus afectos mediante ese lenguaje artístico.

En las provincias de Visayas la virginidad era afrentosa, y no hay para qué recordar una práctica á que daba lugar esa preocupación, y que desapareció, sin dejar rastro de sí, á los pocos años de la dominación española. La mancebía era tenida por semivirtud, sin que por eso fuese gratuito su ejercicio, que las hembras co-

braban siempre. Los niños al nacer sufrían una especie de circuncisión, no como la de los hebreos, sino preparatoria de ulteriores obscenidades.

Tenían los filipinos dos clases de juramentos : el juramento de fidelidad en los tratados de amistad y de paz, que se practicaba abriendo la vena del brazo y dando á beber la sangre á la otra parte, en señal de parentesco (*sandugo*), y los juramentos particulares, que eran casi siempre imprecatorios ó execratorios. Que me muera (*matay*); que sea comido del cocodrilo (*cagin nang buaya*); que me convierta en macaco (*maguin amoc*); pártame el sol, pártame un rayo, no me den favor las mujeres; sea Dios testigo (*sacsi ang bathalan meicapal*). Tanta execración y maldición, de cuya costumbre no se han curado completamente, se componía muy bien con la mentira, el fraude y la traición.

Quisquillosos y nimios en sus relaciones sociales, armaban un pleito y promovían un embrollo por cualquier bagatela, y tomando parte en la querrela todos los parientes y amigos de cada una de las partes, eran frecuentes las discordias y las guerras civiles, de que con grandísimo contento se vieron libres bajo el Gobierno paternal de España. Grande era también su propensión á hacer votos, y extremada su fidelidad en cumplirlos, aunque hubieran sido condicionados y la condición no se hubiera verificado.

Aplícanse las anteriores cualidades casi exclusivamente á los filipinos de la isla de Luzón y sus inmediatas. Los de Visayas, ya hemos visto que eran más rudos y más relajados. El autógrafo que nos suministra estas noticias dice de ellos que eran muy dados á comilonas; más aún, á embriagarse y á la promiscuidad de sexos; no usaban en el lenguaje palabras de cortesanía ni de res-

peto ; desconocían los actos de buena crianza ; no sabían saludarse. En una palabra , concluye el autor , cuántas muy bien cuantas censuras , reproches y acusaciones contiene el capítulo vi de la carta de San Pablo á los Romanos.

F. R. MARTÍNEZ VIGIL,
de la Orden de Predicadores,
OBISPO DE OVIEDO.

CRÓNICA INTERNACIONAL



Campana electoral en Austria.—Derrota de los viejos patriotas en Bohemia.—Su prudencia contrastada por las pasiones de los jóvenes patriotas.—Bohemia y su representación en el mundo.—Pangermanismo y Paneslavismo.—Representación de ambos sistemas por Alemania y Rusia.—Paralelismo entre ambas potencias.—El Czar Alejandro y el Emperador Guillermo.—Contradicción entre sus dos caracteres.—Fatal choque próximo entre ambos.— ¡Feliz Francia!—Robustez cada día mayor de sus instituciones.—El Oriente.—Los escándalos de Servia.—Los atentados en Bulgaria.—La política interior y exterior de Italia.—Conflictos en Africa y en América.—Temores y esperanzas.—Conclusión.

I.

EN la política europea, el asunto de los asuntos hoy es la campana electoral de Austria. Desde hace algunos años domina en tamaño Imperio el célebre ministro Taafe, y con él un programa, reducido á mantener en equilibrio, estable relativamente, las desequilibradas fuerzas de tantos pueblos como allí conviven, latinos, griegos, eslavos, alemanes, húngaros, servios, mongoles cristianos y mongoles musulmanes. Acordar lo discorde, unir los opuestos, armonizar los desafines, componer multiplicaciones con heterogéneos factores, unir en síntesis perfectas irreductibles antinomias, meter en el mismo saco á especies nacidas para guerrear entre sí en

:

perpetuos combates y encuentros : he ahí el papel de Taaffe desempeñado con tino, que suelen llamar sumo y certero, cuando las gentes olvidan que tiene un Emperador á la espalda, cuya voluntad personal concluye, como en el Imperio romano, por elevarse á voluntad pública. Mas no desconozcamos con cuál mayor facilidad se cae uno marchando sobre la cuerda floja que marchando sobre un suelo sólido y firme. Á fuerza de habilidades, el tropezón sobreviene, y la caída resulta mortal. Tropezón grandísimo del sistema de Taaffe las elecciones últimas en Austria. Todas las exageraciones han pululado en los empeños del combate y casi todas han vencido. Entre las muchas contradicciones con que lucha el Austria, la de croatas y transylvanos con magyares en Hungría ; la de servios con búlgaros en sus fronteras del Este ; la de turcos con cristianos en Bosnia y Herzegovina ; la de fieles é irredentistas en el Tyrol y en la Istria ; ninguna tan grave como la del pueblo eslavo con el pueblo alemán en Bohemia. Siempre un reino, como éste, que se cree unido al resto del Austria por la persona del monarca y su dinastía, juzgóse independiente ; y aunque vencido, no se conformó jamás con su derrota. Pero esta independencia supone un predominio de los naturales que se llaman á sí mismos indígenas sobre los naturales de procedencia germánica. El eslavo de Bohemia, si bien irruptor como el alemán de Bohemia, proclama su irrupción muy anterior á la irrupción de estos últimos, y funda en ella prescripciones, las cuales cree le dan derecho á juzgarse como el factor predominante y primero en su nacionalidad. Esta idea empollaron espíritus altísimos, como el célebre Rieger, y su ilustre suegro, el inmortal historiador clásico de Bohemia. La idea corrió tanto, que desconcertó la política germano-meridional del conde Beust ;

la política magyar del conde Andrassy ; hasta llegar á la política conciliadora y transigente del ministro Taaffe, sumo equilibrista , en quien vieron los que tanto lucharan en otro tiempo con los gobiernos antieslavos, un principio de concesión é intentaron ayudarle. Aquellos mismos, que al expresar la idea, expresáronla en completo y radical absolutismo abstracto, el estadista Rieger y el historiador su padre, comprendieron cómo las ideas no se cumplen si no se limitan, y pactaron en transacciones muy circunspectas de suyo y muy consideradas con la irreductible realidad. Pero una parte considerable de la raza quiso quedarse allá en la primera intransigencia, y trató como una traición á la patria el reconocimiento de la realidad por sus predecesores y por sus maestros. Llamáronse jóvenes de Bohemia los intransigentes, para dar savia de juventud á su intransigencia, y designaron á los transigentes con el nombre de viejos para quitarles toda esperanza. En efecto : los jóvenes intransigentes se han sobrepuesto á los viejos transigentes, y les han ganado las elecciones. Rieger acaba de ser derrotado. Á su vez, en los distritos alemanes que mandan diputados á las Dietas, donde van ahora los bohemios también, han salido representantes muy resueltos á mantener su propio predominio sobre todas las familias del Imperio y á combatir las concesiones. Así, de un lado, habrá jóvenes bohemios, imitadores en Austria del proceder de Parnell en Inglaterra y partidarios de un Parlamento propio en Praga, mientras que, de otro lado, habrá intransigentes resueltos á que pese Austria con el peso de potencia y metrópoli conquistadora sobre los conquistados y vencidos. De ambas intransigencias pueden resultar formidables combates, en cuyos choques perezca la política de Taaffe, odiado de los alemanes intransigentes

por demasiado conciliador con los bohemios, y odiado de los bohemios intransigentes por demasiado respetuoso con el viejo é histórico predominio alemán.

II.

El asunto de los asuntos, pues, hoy se compendia en el reino de Bohemia, poco satisfecho de la suerte que le han deparado los siglos, como véis, y decidido por ende á reivindicar su autonomía. Grave, gravísima la cuestión de esta singular nacionalidad, opresa por los alemanes tantos siglos, y enamorada, bajo su secular servidumbre, de la propia independencia. Centro geográfico de Europa; fortaleza formidable á causa de sus montañas, erigidas entre llanuras inmensas cual muros y ciudades fuertes en espaciosos campamentos; con selvas que recuerdan las virgíneas y primitivas de América; con razas de una voluntad indomable y de una complexión valerosísima; Bohemia, en el mundo germánico disuelta, y unida tan sólo por estrecha lengua de tierra con sus hermanos de historia y de sangre, conserva el concepto de su personalidad superior, y está resuelta, con resolución de todo punto incontrastable, á hacer predominar este concepto en las Asambleas de Austria y á hacerlo valer en los Consejos de Europa. Mucho han hecho los alemanes para asimilarse á los bohemios ó tcheques, pero no han podido conseguirlo. Y parece cosa fácil su asimilación cuando se convierten los ojos á un mapa y se observa que Bohemia está metida en tierras alemanas, como el corazón en las costillas, y que la rodean, de un lado los austriacos, ó sea la Alemania del Mediodía, y de otro lado la Sajonia, ó sea la Alemania del Norte, y cuando se recapacita su historia, y se observa que, así en la guerra de los

treinta como en la guerra de los siete años; así en los antiguos conflictos entre el Austria semi-española y las regiones verdaderamente germánicas, como en las luchas de Federico el Grande y María Teresa, y en las luchas del rey Guillermo y el emperador Francisco José, ha sido Bohemia el punto estratégico por excelencia y el campo principal de batalla por necesidad. La constancia de los alemanes en asimilarse tal tierra y germanizarla, sube de punto á medida que surgen mayores dificultades históricas; pero la resistencia de Bohemia raya en verdadera tenacidad. Iniciadora de la reforma protestante, á la cual se adelantó más de un siglo por Juan Huss y Jerónimo de Praga, la guerra religiosa y la hoguera inquisitorial han podido arrancarle de la conciencia la fe y convertirla en feudo espiritual del catolicismo, pero no han podido arrancarle aquellos sentimientos arraigados en la compleción física y que dimanaban de la Naturaleza misma; no han podido arrancarle, no, el sentimiento de consanguinidad con su antigua raza y el sentimiento de amor á su histórica independencia. Cuando veis un hijo de Bohemia, lo confundís con un hijo de Alemania, por lo claro del color y lo rubio del cabello. Pero si os fijáis un poco en su tipo, veréis los caracteres esenciales á la raza esclavona, como decían nuestros padres; veréis el cráneo más vasto, los pómulos más salientes, los ojos más vivos, la movilidad de la fisonomía mucho más pronunciada. En el siglo vi se establecieron allí; en el siglo x se abrazaron al cristianismo. Retaguardia de las tribus indo-europeas, que componen las irrupciones germánicas, como los cimbrios y teutones fueron la vanguardia, un horror invencible sienten aún hacia los tártaros, sus enemigos históricos, hacia los turcos y los húngaros, como sienten un amor hacia sus hermanos,

hacia los rusos y los pueblos todos de pura sangre esclavona. Estos afectos promueven al cabo dificultades políticas sin cuento, superadas unas veces, y otras insuperables. El húngaro, parte de la misma nación que el tcheque, viviendo bajo la misma bandera, sujeto al mismo Emperador, número necesario de la enorme suma llamada Imperio austriaco, el húngaro pertenece á la raza mongólica, y odia de muerte al ruso, y se interesa con vivísimo interés por la conservación del Imperio turco. Y esta oposición de sentimientos origina larga serie de oposiciones políticas entre uno y otro reino, y entre estos reinos y el Imperio. Los hijos de Bohemia quieren á toda costa la independencia propia, como los hijos de Hungría. El recuerdo de Juan Ziska y aquel general exterminador les sostiene en tales pretensiones. Creen que va hoy mismo á levantarse en la mística montaña del Tabor, y presidido por el cáliz colgado de las banderas antiguas va ciego y desgraciado, pero implacable al redoble del tambor forrado con las pieles de sus enemigos, á despertar las legiones de héroes y de mártires, cuyos sacrificios nuevos reproducirían los antiguos esfuerzos, consiguiendo levantar de su postración la libertad y la patria. Y á estos sentimientos históricos, de los cuales no pueden prescindir en Europa los hombres políticos, suscítanse odios y enemistades, así contra húngaros como contra alemanes. Cuando visitéis á Praga, reconocida por Humboldt como la cuarta ciudad de Europa, pues para él son las tres primeras Constantinopla, Lisboa y Nápoles; lo que primeramente os enseñarán será el sitio donde se hallaban los estercoleros, en cuyo cieno ahogaron y enterraron á los emisarios del Imperio que dieran, allá por el año 1618, la extraña orden de tapiar todas las ventanas de la ciudad, comienzo terrible á la más espantosa y más

desoladora de las guerras. Hoy el alemán constituye una parte principal de la sociedad de Bohemia, la clase media generalmente. Pero, en cambio, la nobleza y el pueblo, el extremo social que manda y el extremo social que obedece, quien tiene los afectos y quien tiene la riqueza, lo más alto y lo más bajo, hablan la misma lengua, recuerdan la misma historia, entonan la misma música, su arte favorito, acarician el mismo ideal, y piden con grande empeño á su Emperador la histórica independendencia. Podrán negarla hoy, pero tendrán que concederla más tarde, porque sentimientos tan arraigados no se ahogan, é ideas tan vivas no se apagan fácilmente. Lo que han hecho los austriacos con los húngaros y los húngaros con los croatas tendrán que hacerlo todos, austriacos, húngaros, croatas, quieran ó no, con la tenaz y decidida Bohemia. Estas grandes causas que abraza un pueblo, y que unas á otras se transmiten cien generaciones, vencen siempre.

III.

Nosotros hemos todos visto dos potencias poderosas apoderándose de dos ideas modernas, y blandiéndolas como si fueran cetros de autoridad, cuando en realidad eran rayos de fulminante revolución. Estas dos potencias, que dieron su base más firme á la Santa Alianza, llamábanse Prusia y Rusia. Engendros sus dos tronos de las edades históricas, fundados en la tradición monárquica, revestidos de potestad absoluta, fomentadores de reacciones, seméjanse á dos inmensas barreras levantadas por los instintos de la conservación social, para que á sus pies fueran á estrellarse con rabia y á convertirse como en vana espuma las henchidas olas del espíritu moderno.

Mas como quiera que las ideas progresivas empujan á las sociedades humanas, cual las fuerzas cósmicas á los cuerpos celestes, penetró en la conciencia de Prusia la idea de la raza germánica, y en la conciencia de Rusia la idea de la raza eslava, como dos gérmenes de inesperados progresos. Y Rusia aspiró á presidir la unidad eslava, y Prusia, por su parte, aspiró á presidir la unidad germánica. Y la unidad germánica, como la unidad eslava, eran dos ideas revolucionarias. Y las ideas revolucionarias no pueden prevalecer, sino combatiendo los intereses creados por ideas anteriores, que tienen toda la fuerza de los poderes históricos. Y Prusia, en su empresa, había de humillar al Austria; y Rusia, en su empresa, había de humillar á Turquía. Y para humillar al Austria, necesitaba Prusia servir á la revolución, sirviendo á los enemigos de Austria, como Italia y Hungría. Y para humillar á Turquía, necesitaba Rusia servir á la revolución, sirviendo á los enemigos de Turquía, como Rumania, Servia y Montenegro. De suerte que las dos potencias más reaccionarias de Europa se convirtieron, por virtud de la libertad, en dos potencias cooperadoras de la revolución universal. Mas toda revolución se frustra, ó por lo menos se para en sus comienzos. La conservación social tiene por sí misma tanto poder, y los intereses creados tanta trabazón, que aun servidas las ideas progresivas por poderes tan fuertes como Rusia y Prusia, se malogran en sus primeros esfuerzos y retroceden á sus primeros pasos. Prusia, después de haber ostentado todas sus ambiciones en 1848, se humilló en Oltmuz; y Rusia, después de haber ostentado todas sus ambiciones en 1854, se humilló en Sebastopol. Si está en las leyes de la Historia que toda iniciación revolucionaria tropiece con obstáculos, también está que no puede ini-

ciarse una revolución sin llegar tarde ó temprano á soluciones que son verdaderas victorias para el progreso universal y para el espíritu moderno. La Prusia de Oltmuz recabó los tratados de Praga y de Versalles ; la Rusia de Sebastopol recabó los tratados de Londres y de San Estéfano. En presencia de estos hechos, no hay que deslumbrarse ni tomarlos por definitivos y eternos. Las ideas revolucionarias, en su período de combate, pueden apelar como á un arma á los Imperios ; mas en su período de victoria tienen que desechar tal instrumento como peligroso y amenazador á su victoria misma. De aquí las dificultades encontradas por Rusia y Prusia en sus triunfos, mayores ciertamente que las encontradas en sus batallas. Prusia quiso prusificar á la raza germánica, y Rusia quiso rusificar á la raza eslava, sin comprender que el todo debía vencer y subordinarse á las partes, siquier tuviesen éstas la importancia inmensa de ambos Imperios. Las pretensiones de Prusia se hallan más justificadas : primero, porque esta nación es la que desde el siglo xvi representa el espíritu moderno en Alemania; segundo, porque esta nación, teniendo á Federico el Grande, ha tenido el iniciador de nuestra edad ; tercero, porque esta nación, obligada á disputar el predominio alemán á imperio tan fuerte como Austria, ha necesitado organizarse formidablemente; cuarto, porque esta nación se dirige en su cruzada á un territorio verdaderamente apropiado para contener un solo pueblo ; quinto, porque todo indica que, en contacto Prusia con pueblos tan civilizados como ella misma, su predominio político cederá á las presentes circunstancias históricas, y su autoridad predominante se enlazará como parte de un verdadero organismo en la totalidad de Alemania. Pero Rusia, que para dirigir á la raza eslava debe dilatarse fuera de

sus límites naturales, con grave daño de toda Europa; Rusia, que oprime á pueblos civilizados de antiguo, como Polonia y las regiones alemanas del Báltico; Rusia, que disputaba á Grecia en el Bósforo de Tracia el pedazo de cielo y el pedazo de tierra concedidos á Grecia por la Historia y la Naturaleza; Rusia, que ha devorado veinte naciones para formar verdadera ergástula de esclavos; Rusia representa, no la armonía de su raza en una sola nacionalidad, como representa Prusia, sino la fuerza, y la guerra, y la dominación, y la conquista. De aquí un deber para todo el mundo civilizado, el deber de emancipar el Oriente sin caer en complicidad ninguna con las maniobras y las tendencias del Imperio ruso. Que la raza eslava sea libre en buen hora; mas que no sea de ninguna suerte una raza rusificada. Lo primero es una necesidad de nuestro tiempo; lo segundo sería un grave peligro para todos.

IV.

En Rusia y en Alemania denótanse hoy fenómenos, otras veces no denotados, á causa de los dos príncipes que gobiernan estos dos vastos Imperios. No he visto antinomia más irreductible que la compuesta por sus sendas políticas tan cercanas en el espacio, tan distantes en el objeto y en la finalidad. Guillermo II me recuerda Federico Guillermo IV por progresista y romántico al mismo tiempo; especie de Wagner, pues lo mismo se prenda con fervor de la epopeya católica y feudal, sobre cuyos elementos la sociedad germánica en los siglos medios reposa, que del idealismo comunista por los hegelianos de la extrema izquierda divulgado desde cátedras revolu-

cionarias en Universidades removidas por todos los huracanes del libre pensamiento. La idea de Guillermo debe compararse con una veleta, ya que recibe todas las electricidades por el aire desparramadas, y gira con la mayor facilidad á cuantos soplos varios envía sobre su móvil eje la rosa de los vientos. No así Alejandro III. Eslovo por naturaleza y eslavófilo de doctrina, reduce todas sus ambiciones á eslavizar los pueblos varios, componentes de su Imperio, y á ir acercándose poco á poco por las arenas tártaras y mongólicas á las dos prestigiosísimas regiones que se llaman India y China; proyectos colosales, propios de un reflexivo conquistador, cuya tenacidad jamás se fatiga, ni un minuto siquiera, y fía el deseado logro, no al estruendo escandaloso de las armas, al trabajo de cautela y porfía, mezcladas en proporciones admirables dentro de aquella su complexión misteriosa. El silencio y la firmeza de una parte; la garrulidad y el mariposeo de otra. Sin embargo, un objeto, análogo en su contradicción, requieren los dos: el uno germanizar los eslavos, y el otro eslavizar los germanos. De aquí la necesidad inevitable del choque titánico entre ambos. Ya sabemos que por leyes ineluctables de la mecánica celeste no pueden jamás dos planetas chocar en el espacio; pues si pudieran y chocaran, seguramente no habrían de armar el fragor armado por un encuentro tan terrible como el que habrán de tener tarde ó temprano en Europa Rusia y Alemania. Mientras por la política de Meternich estuvo á Rusia el Imperio germánico sujeto, no hubo miedo alguno al choque; pero desde que por la política de Bismarck el Imperio germánico se quiso constituir en tutor del Imperio ruso, hasta llevarle de la mano para que firmase la humillación propia en el Congreso de Berlín, Rusia y Alemania están destinadas á luchar, y á luchar pronto.

No se alcanza , cómo, sabiendo esto el príncipe de Bismarck, hirió á Francia, su natural aliada, contra Rusia, enemiga perdurable suya ; y la hirió, alzándose con Alsacia y Lorena. Por eso ahora el joven Emperador, en los indistintos sueños que le sugieren sus arrebatos nerviosos, adivina el terrible combate y sabe que nada puede contra Francia, si Rusia le acomete por la espalda, y nada puede á su vez contra Rusia, si por la espalda le acomete Francia. ¿Qué hacer? He ahí sus dobles viajes. Unas veces corre á Gatchina para mostrarle al tercer Alejandro cómo crece Francia y cómo á su alrededor están ya formadas las Repúblicas occidentales, pues habrá de ser ciego el que no las vea próximas en Lisboa y Roma y en Madrid ; mientras otras veces envía su madre á París, no pudiendo él ir en persona, para que muestre todos los temores suyos por los peligros que corren las tierras occidentales, amenazadas de convertirse por una irrupción de mongoles y eslavos en colonia de Asia. Pero el czar moscovita únicamente piensa en sus proyectos, que le alientan las enemistades irreductibles entre Francia y Alemania, como el pueblo francés únicamente piensa en sus desquites que le alientan las enemistades irreductibles entre Alemania y Rusia. Existe, sin embargo, una diferencia : el emperador de Rusia sabe dónde va y en quién libra sus esperanzas, mientras el emperador de Alemania no sabe dónde va y en quién libra sus esperanzas. Cuando tenga que luchar con Rusia, ¿podrá fiarse de los eslavos del Austria, pertenecientes á la misma raza que su poderosa enemiga ? Y cuando tenga que luchar con Francia, ¿podrá fiarse de Italia, en cuyas venas arderá siempre noble sangre latina ? La derrota de los viejos cheques en Praga por sus inclinaciones á Germania, y la derrota del germanófilo Crispi en Roma por su

política, guardan muchas y muy reveladoras enseñanzas para quien reflexione con atención sobre la política europea.

V.

Feliz Francia, quien, insultada y desconocida por todos, á causa de sus desgracias, influye hoy sobre todos por sus progresivas instituciones. Ahí no puede cambiar una corazonada cualquiera los Gobiernos y sus Presidentes. Ahí no se dan un día leyes contra los socialistas y al día siguiente se congregan los Congresos del socialismo. Ahí no se siente miedo alguno de que pase la gobernación pública de un férreo militar á un pensador humanitario, y de un pensador humanitario á un mozo neurótico. Ahí nadie quiere aparecer un día, por esos vértigos que dan los tronos, como todas las alturas, ahora el Diocleciano y ahora el Constantino de la Iglesia comunista. Gobernada Francia por un Presidente designado en las Cámaras y por unas Cámaras elegidas de la nación, el poder público adquiere consistencia incompatible con los privilegios imperiales y con los caprichos regios. Por esto, no solamente se granjea Francia el aplauso y admiración de los pueblos, va constituyéndose poco á poco en el centro, de donde á una dimanan calor y luz en Europa entera; y por lo cual poco á poco se acaban las supersticiones monárquicas y huirán los endiosados pretendientes. Un hecho, escasamente notado en estos días por los que desconocen la política internacional, ha revestido inmensa importancia en el ánimo y en el juicio de todos cuantos la conocen. El respetable y respetado M. Bocher acaba de dimitir la dirección del clan orleanista. Íntegro, sesudo, liberal, parlamentario, conservador, no podía con-

formarse con la política de aventuras, de sediciones, de complots, de motines en que había caído la familia de Orleans por probar fortuna tras el ejército de Catilinas y Antonios y Clodios que sustentaban las torpes aspiraciones comuneras, demagógicas, pretorianescas del malogrado Cesarismo, frustrado ahora con la definitiva derrota del general Boulanger. Y no pudiendo conformarse con estas aventuras, pasado el peligro, conjurada la tormenta, y en período largo de calma la nación, Bocher dimite con toda lealtad la dirección política en casa de los príncipes, y se reserva exclusivamente la escrupulosa intendencia. Difíciles de dirigir las dinastías, cuando el mar de la democracia estaba en bajo, servían sus eminencias de guías en los derroteros y de pedestales para los faros; mas, así que los mares de la democracia en su ascensión han ido envolviéndolas y tapándolas, se han trocado en escollos, sobre los cuales hay necesidad imprescindible de poner alguna boya para que los designe y nos recuerde cómo debemos evitarlos. Afortunadamente, M. Bocher, á quien he tenido la satisfacción de tratar en los salones de París, no ha visto victoriosa la causa de sus Príncipes en la conjunción última con la causa de Boulanger; pues de haberlo visto, encontraríase ahora en el caso de optar á la vejez entre su fidelidad y su honor. Así van los partidarios de las viejas dinastías desfilando de su duelo, y dejándolas, después de haberlas llorado mucho, en triste soledad y abandono. La Monarquía plebiscitaria francesa expiró en una posada de Roma. Su postrer personificación se llamó el príncipe Jerónimo Bonaparte. Imprudencias propias de su naturaleza, y severísimas pero necesarias leyes de la República, le condenaron á morir lejos de la ciudad predilecta, donde, bajo brillante rotonda, y en cripta ciclópea, dentro

de un sacórfago egipcio, duerme hoy el eterno sueño la cabeza titánica que produjo el Imperio francés, y que se alza, en una especie de antigua deificación, sobre los hombros de toda su familia, quien, por ella y en ella, se coronó cien veces entre terremotos y tormentos. En ningún sitio pudo morir Jerónimo Bonaparte con tanta intranquilidad como en la maravillosa capital del mundo antiguo. Si acabara en el naufragio último, que le sorprendió, fuera más bonancible y propicio á su agonía el océano embravecido. Agnado de la familia real, por su matrimonio con la princesa Clotilde Saboya, hermana del rey Humberto, semejante agnación le ha traído una triste última hora, perturbada é inquieta. Sus hermanos y su mujer no podían tolerar que muriera en pugna escandalosa con su hijo el príncipe Víctor; y sus primos, los magnates del Vaticano, los Cardenales de su nombre y sangre, no podían tolerar que muriera en deserción escandalosísima de la Iglesia Católica. Pero él, asaltado por la muerte próxima; en las terribles sacudidas de una perdurable agonía; turbada ya la razón por los negros crepúsculos de la eterna noche vecina; entre la historia y la eternidad; cuando convertía los ojos atrás, no perdonaba de ningún modo á su hijo rebelde, ni desistía de sus ideas filosóficas, mostrando una entereza, la cual, usada en vida, hubiera indudablemente prolongado el poder de su dinastía y la fortuna de su Imperio. Pero imaginaos el Papa, viendo morir en impenitencia incontrastable al último Carlovingio; la princesa Clotilde, la devota entre las devotas, constreñida por sus obligaciones de madre y esposa juntamente á personarse atribulada en Roma, de la cual huía por escrúpulos piadosos; el cardenal Bonaparte, á los pies del mortuorio lecho, en que agoniza el jefe de su dinastía, pidiendo inútilmente á Dios que le

toque á las puertas del corazón y lo lleve al supremo arrepentimiento ; el rey de Italia, perplejo entre sus deberes de cercano deudo y su representación de Monarca religioso ; una parte del pueblo romano escandalizada, la más conservadora, y otra parte, la más radical, herida por este combate de pasiones encontradas sobre los instantes últimos de un regio moribundo, el cual ostenta una corona heredada en las sienes y el sentimiento revolucionario en las entrañas ; y decidme si jamás inventó el sombrío genio del inmortal Esquilo una tamaña tragedia. Y mientras Bonaparte agonizaba, el Carlovingio revolucionario, moría Windthorst, el alemán católico por excelencia. Pocos hombres han alcanzado triunfos mayores con medios humildísimos, como palabra y voto, por haber fiado en la virtud creadora propia del pensamiento humano y en la fuerza vital del humano derecho. Hablando con toda claridad en los debates ; insistiendo con porfía en los objetos de sus campañas, el ilustre orador deshizo como espuma contra la Sede pontificia un océano tan invasor y encrespado como la cólera horrible del germano Imperio. Al reclinar su frente, cargada por grandes proyectos, sobre la losa fría del sepulcro eterno, este hombre de palabra seguramente ha sentido incontrastable confianza en la existencia del Eterno y en la inmortalidad del alma, pues ha dominado los poderes materiales de fuerza y de conquista con el poder espiritual de su Verbo creador. En paz descanse. Y en paz también dos hombres que acaban de morir últimamente : Poujer Quartier el uno, y el otro Granville. Aquel contribuyó mucho con sus medidas financieras y con su intervención en el tratado célebre de Francfort á rescatar, presidido por Thiers, Francia de la ocupación prusiana tras su desastrosa guerra, y éste ornó con su autori-

dad y con su influencia el partido liberal inglés mucho tiempo.

VI.

El Oriente, que parecía tranquilo, vuelve á removerse y airarse. Ni Bulgaria, ni Servia, ni Grecia están completamente serenas, como lo estuvieran de hallarse todas tres dentro de sus respectivos estados normales. En Grecia, la mayoría del Congreso no se contenta con haber vencido al Ministerio Tricoupis; quiere también deshonorarlo, y propone contra él un acta de acusación. No ensucies el agua que has de beber, dice un refrán oriental, cuya congruente aplicación á lo sucedido en el Congreso helénico aconseja no invalidar, y mucho menos deshonorándolo, á quien, tarde ó temprano, debe resubir al Gobierno, para dirigir los intereses de todos y representar para todos el honor nacional común. Los rumanos procedieron hace tiempo con uno de sus estadistas mayores como proceden ahora los griegos con el presidente último de su Consejo de ministros, y tuvieron que arrepentirse, pues, creyendo herir á Bratiano, únicamente se hirieron á sí mismos, y en aquello más necesario para los pueblos, en su alta dignidad. No puede negarse, al ver las dificultades encontradas en su camino por las tribus orientales recién emancipadas, la evidencia de una ley tan universal como la evolución. Y la evolución enseña que no basta con que decretéis la emancipación de un pueblo; para obtenerla necesítase que la libertad penetre, á guisa de aire vital, en las venas sociales, y anime, y colore, y caliente con misteriosa combustión toda su sangre. Lo mismo en Servia que en Rumania, lo mismo en Rumania que en Bulgaria, lo mismo en Bulgaria que en

:

Montenegro, mil accidentes y circunstancias demuestran lo precario de una política liberal, cuando no arraiga en hábitos liberales también. Si la reina de Servia Natalia y su esposo Milano tuviesen la menor idea de sus responsabilidades respectivas, con seguridad no armarían, por amor á la madre patria y por amor al hijo Rey, los escándalos que arman. El dado por las dos majestades servias, francamente sobrepuja en magnitud á todo cuanto ha visto y oído este nuestro tiempo. Hemos visto á muchos niños y grandes herirse á sí propios jugando con armas de corte ó fuego ; pero al rey Milano le toca el privilegio de á sí mismo herirse con el corte y el filo de la calumnia. Se necesita carecer de todo juicio para imputar crimen como la muerte violenta de dos mujeres acusadas de regicidio á un ministro, el cual no tenía necesidad ciertamente de morderse, ya la pluma, ya la lengua, para devolverle con creces la imputación al Monarca, que representaba poderes más altos, y ejercía, por ende, autoridad más extensa. Como hubiera sospechado cualquiera otro que no adoleciese de ceguera moral, en la disputa escandalosísima entre la regia persona y el ministro agredido, aquélla quedó tan maltrecha, que nunca jamás podrá levantarse con autoridad en el público juicio. Por intentar todo lo inverosímil, como indicase con visos de razón el acusado que había intervenido en la muerte de una regicida, cuyo cuerpo apareció colgado del techo en horrible calabozo, la guardia de aquella cárcel, Milano tomó esto por grave acusación al ejército, y procuró echar sobre su enemigo toda la oficialidad militante de las guarniciones servias. Pero el ministro respondió que tenía un revólver muy cargado y muy requerido, á fin de tender él á sus pies, antes de morir, á los primeros que intentaran matarlo. ¿No comprende

Milano de Servia, que monarca él, y por lo mismo sumo imperante y supremo director de todo, aun resultando el acusado reo verdadero, le toca la responsabilidad moral, única en tales casos temible, á él mismo en persona, por haber nombrado semejante ministro? Lo espantoso en todo esto es que, habiendo tanta perturbación moral arriba, debe corresponder con ella una perturbación material abajo; y de toda esta perturbación material abajo, debe, tarde ó temprano, provenir una guerra de Oriente, la cual se complique por necesidad con todos los problemas, como la peste con todos los males ó enfermedades, y nos traiga por fin y postre una guerra europea. Y á quien del peligro dude, bástele recordar lo sucedido en Bulgaria. La dominación de Fernando Coburgo parecía poco á poco arraigarse. Si no la defendía, tampoco la contrariaba el Sultán. Apoyada visiblemente, aunque no de manera oficial, por Austria, contaba con el asentimiento de Italia é Inglaterra. Pero Bulgaria es el camino de Rusia para Constantinopla y el camino de Austria para Salónica, objetos preferentes de sendas desapoderadas codicias. Y hay dentro de la reciente nacionalidad una guerra crónica entre los representantes de dos contrarios apetitos tan generales que significan el hambre de dos razas por un solo bocado, pues quien tenga Constantinopla un día, concluirá por tener Salónica; y quien tenga Salónica, concluirá por tener Constantinopla. Estado puesto en la encrucijada donde convergen tantas ambiciones, ha de verse por necesidad muy duramente combatido y ha de pasar por crisis que lo traigan muy menguado y maltrecho. La fuerza de resistencia reside hoy en el estadista Stambouloff, á quien podrá disputarse con más ó menos fundamento el saber político; pero á quien es imposible negar

la facultad que debe distinguir á los encargados de señorear las naciones y gobernarlas, una voluntad, tan resuelta é intensísima, como firme y perseverante. Así, atacándolo á él, creen los interesados en atacar aquella situación, quitarse de encima un grave peso y de delante un obstáculo insuperable. Inútil decir que ninguna potencia tiene tanto interés en perturbar á Bulgaria como Rusia, su libertadora en la guerra de Oriente, y su enemiga desde la postrer trascendental revolución que unió por un pronunciamiento las dos porciones del territorio separadas por un tratado. Así atribuye todo el mundo á manejos rusos las perturbaciones búlgaras. Y con mayor motivo cuando esta perturbación tiene caracteres tan alarmantes como el asesinato de un ministro en medio de una plaza. Con efecto, salían del Palacio Real á hora no muy avanzada de la noche Stambouloff, Presidente del Consejo, con su compañero el ministro de Hacienda, y entraron en cercana confitería con ánimo de holgar un poco y refrigerarse. Concluido este rato de vagar, atravesaron, en compañía de dos gendarmes, la plaza para dirigirse á sus respectivos domicilios, cuando una descarga de revólvers hecha en las sombras y dirigida certeramente hiere con levedad á Stambouloff, y mata, como de un rayo, al ministro de Hacienda. Hechos así no pueden menos que alarmar la opinión pública, y esta grande alarma no puede menos que traer consigo presagios universales de una próxima guerra.

VII.

En verdad se reponía Bulgaria poco á poco, aunque no le dejase gran espacio á ello la manifiesta lucha de contrarias influencias. Sin embargo, una decisión diplo-

mática tomó respecto de los búlgaros últimamente Italia, que muestra cómo se olía ella todos los síntomas, ayer desatados por dentro de tal pueblo, hoy salidos á su cara. El Gobierno italiano retiró el representante oficial suyo de Sofía. Si esto quisiera decir que disminuyen sus compromisos con la triple Alianza, no tendríamos voz bastante á celebrarlo. El ministerio nuevo ha sosegado los ánimos con sólo mostrar débiles propensiones á una política de paz y economía. En vano Crispi ha querido tirar hacia los armamentos y alianzas, anunciando una guerra próxima. No obstante haber dado esta trompetada bien apocalíptica hombre de su autoridad y de su importancia, las gentes ya están decididas á desoirlo. Cuarenta millones de prósperas economías, freno en el presupuesto de Guerra y Marina, concentración de Italia en sí misma, promesas de un relativo modesto desarme, inclinación á Francia; todos estos mínimos y meros prodromos de un simple cambio han fortalecido allí la opinión pública y salvado al Gobierno de una celada parlamentaria. No las tenía todas consigo la parte de opinión favorable á la nueva política, viendo metido el ministerio en una discusión parlamentaria y necesitado de un voto propicio, allí, donde todavía truena la voz de Crispi, como todavía se arrebola con ideas de guerra toda la política. Pero ha entrado en fuego Rüdini con valor dentro de la Cámara y ha salido con fuerza. Una fase de supolítica, sin embargo, debía despertar algún recelo, sobre todo en la izquierda parlamentaria, hoy, por odio á Crispi, resueltamente ministerial. Esta fase nueva es una tímida tendencia, muy de considerar, hacia la moderación y la templanza en sus relaciones con el Vaticano, zaherido por casi todos los demócratas en Italia, y especialmente por los demócratas radicales. Crispi mismo, aunque no cree llegada la hora

todavía de romper en guerra contra el ministerio, husmea la brecha por donde podrá con fruto arremeterle, y amaga los lados abiertos á sus asedios para el día de los próximos combates. Y guiado por tal instinto certero, en cumplimiento de una finalidad que se le impone por decreto providencial casi, amenaza con suscitar las pasiones contra la nueva política religiosa. Perdónemenlo estadistas de suyo tan eminentes como Crispi, siempre amigo mío. El período luminosísimo de la historia contemporánea en Italia fué aquel durante cuyo trascurso la imitaban los alemanes, y no tendrá igual esplendor este período de ahora, en que los italianos imitan á Germania. Y para en todo seguirla ¡oh! le han remedado sus procedimientos coloniales. Y en ellos ambos á dos, el Gobierno italiano y el Gobierno alemán, salen á una con las manos á la cabeza. Considerad los engaños del rey Menelik, sus mentiras para cobrar subvenciones, las promesas mentirosas para captarse auxilios, la doblez en los tratados, los retrocesos en el cumplimiento de la palabra, el arte casi florentino en firmar ciertas cláusulas con ánimo de romperlas ó desautorizarlas; las humillaciones múltiples al fin y al cabo seguidas por unos erguimientos que tocan en soberbia; y veréis cuáles instintos cartagineses aparecen y qué conciencia púnica en esos traidores tigres del desierto. Pero considerad las fechorías perpetradas por los civilizados europeos en aquellas tierras, cuya extensión pueblan tribus, que, ó por jóvenes ó por viejas, adolecen hoy de perpetua infancia bárbara, como esos imperfectos seres, los cuales jamás consiguen la necesaria madurez. Talarlas, ponerlas á saco, matar más de ochocientos indígenas con malas artes y solamente para robarlos, estas y otras muchas crueldades, por las que ya se halla en estado de acusación el

capitán Livraghi, digno émulo de los crueles compañeros del explorador Stanley, muestran como no hay en estas colonizaciones artificiosas del África más aguijón que la codicia de todos, ni más objeto que un fácil enriquecimiento de algunos. Italia se salva si renuncia con rapidez y decisión así á sus armamentos como á sus colonias. Y sin embargo, parece que un genio adverso la empuja hoy á conflictos sin medida ni cuento. Tras las dificultades con el rey abisinio Menelik en África, sobrevienen las dificultades con el Presidente de la República sajona en América. Una serie de públicos disturbios, en este suelo movedizo frecuentes, acaba de producir enemistades entre América é Italia, con tal intensidad y en tanto número, que por algunos días hemos temido todos los que amamos la paz el desastre horrible de una intercontinental guerra entre ambas potencias. La colonia italiana, muy numerosa en los Estados Unidos, no cuenta entre los que solemos llamar americanos por antonomasia, el favor que cuenta en otras regiones del Nuevo Mundo, en Méjico y en Buenos Aires, por ejemplo. Muy desavenida, y de antiguo, con las muchedumbres de los Estados meridionales, necesita ocurrir á su defensa por medio de organizaciones más ó menos misteriosas, y en tal defensa recurrir á medidas más ó menos extremas. Lo cierto es qué, sin encomendarse á Dios ni al diablo, los de América, practicando aquellos hábitos, designados con el nombre de linchamento, han ahorcado, como si fueran perros hidrófobos, á varios jefes de los motines italianos; y la Magistratura de Nueva Orleans no ha procedido con los homicidas como demandaban las más sencillas nociones de la más rudimentaria justicia. El pueblo de Nueva Orleans cree á macha y martillo que la Maffia, sociedad secreta, proveniente de Sicilia,

mató á un comisario de su policía, y compulsado por tal creencia, se ha levantado á inmolar, en vísperas nuevas sicilianas, no tan célebres como las contenidas en nuestros anales europeos, todos aquellos con quienes toparan en su furia y tuvieran á mano. Pedida por Italia una satisfacción judicial, como no ha resultado cual Italia deseara que resultase, ha pedido el ministro italiano los pasaportes; violenta medida, con la cual se han alarmado los ánimos, aunque todo el mundo reconoce entre nosotros que la gran República, no obstante sus egoismos mercantiles, habrá de aparecer siempre como un factor en el progreso europeo, y de rechazar y condenar la guerra. La decisión tomada en los días últimos respecto del arbitraje perpetuo entre los Estados Unidos y los Estados helvenios, nos inspira una grande confianza en que los principios del derecho de gentes quedarán incólumes y salvos, sin que haya necesidad ninguna de apelar á recursos que los invalidan y que los vejan. Como gradualmente las naciones van persuadiéndose á creer que la revolución, en otro tiempo tan fecunda, no crea hoy cosa ninguna; gradualmente van persuadiéndose á creer que la guerra no conduce á resultado bueno. Y sin embargo, estamos nerviosos; y tememos, al menor asomo de ligera nubecilla, cercana catástrofe. No han hecho en las fronteras austriacas más que moverse un poco, al rayar el buen tiempo, las guarniciones rusas, inmovilizadas por el invierno, para que los pesimistas hayan columbrado un ataque á Galitzia, y por Galitzia la horrible conflagración universal. Cosa tan corriente como el envío de la condecoración moscovita de San Andrés á un Presidente de República cual Carnot ha bastado para que se haya creído en una común inteligencia y en un desafío inmediato á los reyes componentes de la triple alian-

za. Con que haya Crispi, demasiado audaz, anunciado la inminencia de una guerra, y Rúdini, demasiado silencioso, no le haya respondido cosa ninguna, nos creen muchos en vísperas del supremo desastre. Á esto se añaden tres hechos coincidentes en el tiempo, aunque separados en el espacio, todos tres de la mayor importancia. El primero es la escena terrible de Bulgaria, en que los desquites van adquiriendo aspectos de guerra civil, y las prisiones de cautiverio babilónico; el segundo, la entrada triunfal de un Príncipe tan importante como el heredero de la corona rusa por las regiones francesas allá en Cochinchina; y el tercero, la reciente sublevación india comenzada con un violento arranque, y favorecida, si no por los esfuerzos, por los votos de Rusia. Como he dicho al comenzar esta revista, en el Continente hay un conflicto entre Alemania y Rusia, porque la una quiere germanizar á los eslavos, y la otra eslavizar á los alemanes; un conflicto entre Rusia y Austria, porque Austria se dirige á Salónica, para desde allí tomar á Constantinopla, y Rusia se dirige á Constantinopla, para desde allí dilatarse hasta Salónica; y luego, allá por Oriente, mientras en el Turquestán los moscovitas avanzan, posesionándose así de Mern como de Sarralls, sendas llaves del río Indo y del golfo persa, los ingleses resisten á tal avance con su tutela sobre todo el Alfganistán, encontrándose las razas europeas de Occidente y las razas semi-boreales y semi-asiáticas de la vieja Moscovia frente á frente como Darío y Alejandro: que tal uniformidad guarda en todos los grandes conflictos la humana historia.

EMILIO CASTELAR.

DISONANCIAS Y ARMONIAS

DE LA MORAL Y DE LA ESTÉTICA

II.

Al Sr. D. Salvador Rueda.

Mi querido amigo: La cariñosa carta de V. me mueve á escribirle de nuevo, y no poco.

Si V. no hubiese escrito ya en verso y en prosa muchas cosas buenas, y si V. no diese esperanzas fundadísimas de escribir otras mil infinitamente mejores que los catorce sonetos, tendría V. razón en decir que yo le mataba. Pero si V. escribe bien, y si ha de escribir mejor, y si ha de ser, pues no creo que me engañe la simpatía, uno de nuestros más fecundos y amenos ingenios, ¿qué importa que yo hable mal de los catorce sonetos compuestos por V. en algunas horas de extravío?

Yo, aunque sea repetirlo por tercera ó cuarta vez, no voy contra los catorce sonetos, sino contra la mala teoría estética que, nublando el claro entendimiento de V., se los ha inspirado.

Yo reparo, tal vez por demás, en el pro y en el contra de cuanto digo, y nada afirmo con aquella decisión que se impone. De aquí que me acusen de escéptico. Fácil me sería pasar por dogmático, si prescindiese yo

de lo que me dicta la conciencia ; pero, como no prescindo, soy ó paso por escéptico, á fuerza de ser concienzudo.

Digo esto, porque al censurar los catorce sonetos de V., me han asaltado en tropel no pocas dudas y dificultades que deseo exponer aquí, aunque no logre resolverlas y todas se queden en pie.

Necesito, además, escribir esta segunda carta para disculparme de no rasgar la primera ; porque, después de la longánima docilidad con que se somete V. á mi censura, tal vez acerba, y me la paga en alabanzas, parece ruindad en mí el que mi censura se haga pública, y el que, siendo yo, por lo común, indulgente y hasta lisonjero con los extraños é indiferentes, me extreme por la severidad con V., á quien cuento entre mis mejores amigos.

Válgame para explicación de mi conducta que la indulgencia debe recaer sobre el *non plus ultra* de lo que produce cada uno. No hay que podar el quejigo, porque, á pesar de la poda, siempre dará bellotas ásperas y no dulces almendras. De mal árbol no se espere fruto sazonado y sabroso. Y así, siguiendo esta comparación de los frutos, y convirtiendo imaginariamente cada soneto de V., pongo por caso, en un melocotón, yo entiendo que V. debe darlos mejores, y que aun los catorce, de que tratamos aquí, serían exquisitos, si el moscardón ó avechucho del *naturalismo*, que vaga por el aire, no hubiera clavado en ellos el aguijón y depositado allí venenosos huevecillos que se convierten en gusanos y podredumbre. Lo que hago, pues, es osear el avechucho para que no inficione otros nuevos frutos.

Dada ya á V. la satisfacción que le debo, voy á decir algo acerca de las dudas y dificultades.

Y es la primera duda la de si seré yo tan crudo censor de los sonetos porque la vejez me infunde aborrecimiento al Amor : pero la duda se disipa pronto, y creo que mi profundo respeto y mi ardiente devoción al Amor son los que me inspiran.

Los catorce sonetos rebajan las obras de esta deidad á mera función fisiológica, y el brío de las descripciones no las eleva, sino que les presta ciertos visos de patología, que, á más de hacerlas bajas, las hace insanas.

Es cierto que lo contrario debe de ser peligroso y seductor ; pero consuela y no deprime. Trae Byron, en el *Don Juan*, una jocosa diatriba contra Platón, echándole la culpa de las pecaminosas relaciones de su héroe con doña Julia. Yo mismo, aunque disto mucho de ir tan lejos como Byron en la malicia anti-platónica, me pasmo y veo con más incredulidad que fe los anchos límites que pone, v. gr., el conde Baltasar Castiglione al platonismo puro.

El beso en la boca, según él, es todo espiritual : es ayuntamiento de almas, en prueba de lo cual se alegan muy sutiles razones que no me convencen. Ni vale para ello la grave autoridad del mismo Platón, de quien nos cuenta el Conde que, divinamente enamorado y besando á su amiga, sintió una vez que el alma se le vino á los dientes para salirse del cuerpo.

Á tales accidentes confieso que debemos dar explicación menos metafísica ; mas no por eso debemos quitar del amor todo lo metafísico, trascendente y divino. El amor nuestro se iguala entonces al de los animales. Los refinamientos, las elegancias, los materiales primores de que le rodeamos, le quitan naturalidad y no le añaden belleza. Y la exageración y violencia del sentir, en vez de magnificarle y corroborarle, le ponen enfermo y le dan un aspecto diabólico, delirante y lúgubre. Se diría

que las pasiones y operaciones de nuestro ser se resisten á ser atribuidas y sujetas á leyes físicas sólo, y así, al apartar del efecto toda causa ó influjo divino, se le atribuímos infernal ó endemoniado.

No llega V. á este punto del satanismo, y más vale así. Se queda V. en menos de la mitad del camino, y por V. lo celebro.

En cuanto á los catorce sonetos, serían estéticamente mejores si fuesen satánicos.

Yo comprendo á Baudelaire, y en cierto modo le admiro, aunque me disgusta. En su inspiración depravada, sombría y terrible, hay algo de verdad, aunque exagerada por la farsa tenaz que él mismo se impuso para ser más original, para asustar al linaje humano y para contristar y meter en un puño el corazón de cada burgués honrado y sencillote, en cuyas manos cayesen sus *Flores del mal*. Pero V. no pretende hacer el bu, ni pasar por originalísimo, siendo raro y extravagante. De ello me alegro, aunque los catorce sonetos, por falta de una intención, si perversa, decidida, se queden en el limbo, y no suban al cielo, ni bajen al infierno.

Dice Fóscolo que el Petrarca cubrió con un velo candidísimo al Amor, que andaba desnudo por Grecia y en Roma, y así le volvió al regazo de Venus Urania. Desde entonces, acaso desde antes, no se puede hablar seriamente del Amor, trayéndole á la tierra, prohibiéndole recordar su cielo, y arrancándole la vestidura. Cuando esto se hace, resulta el sacrilegio, que no se motiva ni funda bien, á no seguir el poeta las huellas de Baudelaire, y entregarse al diablo.

Y ahora ocurre otra duda. ¿Cómo es que hay versos eróticos, harto libres y desenvueltos, que el moralista, aunque no sea muy rígido, sin apelación condena, que

toda señora ó señorita bien criada no puede oír sin enojarse y ruborizarse, y que, sin embargo, nos gustan mucho á los profanos? Sírvanme de ejemplo no pocas canciones de Béranger. Yo presumo que esto consiste en el tono. El refrán lo dice : *C'est le ton qui fait la chanson*. La alegría, la ligereza, el aire improvisado é irreflexivo lo disculpa todo. Se diría que estos poetas, alegres y desenfadados, dejan tranquilo en su cielo al Amor primordial y unigénito, y, si toman de él varias prendas, es para adornar á los Amorcillos terrestres, hijos de las ninfas, con los cuales no disuenan las libertades y la carencia de misterios.

De esta suerte, y no con tono heroico y pomposo, la Estética no repugna, aunque la Moral frunza las cejas, que el poeta, velando un poco, no parándose en pormenores, y dejando entender mucho por medio de rodeos y dobles sentidos, nos cuente ó nos cante algunas travesuras. Harto sé que la eutropelia del P. Boneta no permite tanto ; pero yo confieso que lo permite la mía. Entiéndase, con todo, que para que estéticamente gustemos de versos así los mismos profanos, es menester que un dejo del verdadero amor, de ternura y de otros bellos sentimientos, difunda en el cuadro que el poeta nos trace algunos resplandores de la luz del cielo. Catulo amaba á Lesbia con el alma, *plus quam se atque suos amavit omnes*, y lo recuerda y lo confiesa hasta cuando ya Lesbia le es infiel ; y lo mismo acontece á Béranger con Liseta, hasta cuando le dice, al verla con tantas galas, que ya no es Liseta y que no debe llevar aquel nombre. Á pesar de la regocijada liviandad de ambos poetas, no es la carne sólo lo que los enamora.

Infiero yo de cuanto va dicho la necesidad, moral y estética, de que en toda poesía de amores intervengan

cielo y tierra y concurren lo espiritual y corpóreo ; esto último velado por el pudor, sobre todo cuando se quiere que sean grave el tono y elevado el estilo.

Se cita mucho la definición que del orador da Quintiliano. Dice que ha de ser *vir bonus dicendi peritus*; pero se ignora ó no se recuerda que los griegos exigieron antes para el poeta, como requisito indispensable, la misma calidad de ser varón excelente. Acaso Quintiliano no hizo más que ampliar la exigencia de los griegos y comprender en ella á los oradores. Como quiera que sea, es lo cierto que la poesía, aun para los que seguimos la doctrina del arte por el arte, no es, en el más lato sentido, independiente de la moral. No se pone á su servicio ni la toma como fin, porque su fin está en ella : pero la poesía, siguiendo desembarazada y libre por su camino, si es de buena ley y de alto vuelo, al llegar á su término, tiene que parar en la moral más perfecta y pura que se concibe en la época en que el poeta vive, á no ser que éste, lleno de aliento profético, suba más alto y columbre y revele más bellos ideales. Esto significa la excelencia moral que los griegos requerían en el poeta, aunque careciese de aquella voluntad perpetua y constante que constituye la virtud práctica en todos los actos de la vida, ó aunque no fuese ni héroe ni santo.

Infiero yo de lo expuesto que el amor entre hombre y mujer, cuando no es sólo material, no va contra la moral, sino que ésta le sanciona. La poesía ha hecho de él su principal asunto, así en cantos líricos como en narraciones, desde las edades más remotas hasta nuestros días.

Es más : la poesía erótica es tan bella, entendida y realizada así, que, lejos de condenarla, la religión, por severa y espiritual que sea, ha solido valerse de sus frases vehementes y de sus acentos apasionados, para expre-

sar los éxtasis y arrobos místicos, y los más sublimes misterios, aspiraciones y raptos del alma hacia lo infinito y lo eterno. Testimonio de esto da, en la antigua India, aquella égloga bellísima en que Yayadeva pinta los amores de la gentil pastora Radha y del Dios Crishna, que toma la figura del pastor Govinda para enamorarla: y no menos brillante testimonio da entre nosotros *El Cantar de los cantares*, donde los terrenales amores de Salomón y de la Sulamita vienen á sublimarse y á convertirse en los de Cristo con la Iglesia, y en los del alma con su Hacedor.

Tenemos, pues, la poesía erótica, siempre que se guarde en ella el debido decoro y no se la prive del elemento espiritual, no sólo tolerada, no sólo permitida, sino hasta canonizada. No ya con significación mística como San Juan de la Cruz, sino dirigiéndose á mujeres, que fueron ó que se supone que fueron de carne, varones piadosos, como Fr. Luis de León y Fr. Diego González, han compuesto versos amorosos.

Lo mejor es seguir tan buenos ejemplos. Sólo se oponen á que los sigamos la última moda de París, el afán de singularizarnos y el temor de ser como cualquiera otro, tomando la senda trillada y empleándonos en asuntos que se imaginan agotados ya, y sobre los cuales nada puede decirse si no repetimos lo que otros dijeron.

Crea V. que este temor es vano. No busque V. la originalidad, y ella vendrá á buscarle. Sea V. natural y espontáneo, y pondrá V. en cuanto escriba el sello de su persona, y será sana y limpiamente original, sin darse á todos los diablos y sin caer en las demencias fúnebres que en Francia se usan.

Inagotable fábrica y rico emporio de ideas es París.

Necesario y bueno es tomar de allí lo que conviene ; pero haya tino y juiciosa elección en lo que se tome.

Cierta poesía no es ya erótica, sino crapulosa y nauseabunda. Entre las causas que concurren á dar ser á esta poesía, además de las ya mencionadas, entra una vanidad pueril de que el poeta no se da cuenta á veces. Figurémonos al poeta en París. Su prurito será acaso que, en el fondo de la provincia de donde ha venido, le tengan por un picaruelo, sibarita alambicado, que logra venturas superfinas, ni soñadas en su lugar. Además, todo francés hace sin querer *la reclame*. En París se confeccionan los mejores guisos y se hacen los más graciosos vestidos y sombreros para mujeres ; es menester, por consiguiente, que también se crea y se divulgue que en París se entiende mejor el amor y se le condimenta con aliños más picantes y especierías más ricas y exóticas. Con este señuelo, tal vez, no pocos individuos acaudalados de naciones, que en Francia se tienen entre el vulgo por semi-bárbaras, vendrán á París, ya que no á estudiar en la Sorbona, á aprender pornografía en los colegios de la nueva Babilonia.

No acuso yo á ningún autor francés de que lleve tal intención ; pero la lectura de sus libros produce el mismo efecto que si la llevara. Nos fingimos por acá, y por muchas otras tierras, un París encantado, donde, si va uno con dinero, se pasea en los jardines de Armida, desembarca en la isla de los amores de Camoens, y penetra en el propio paraíso de Mahoma.

Si el mal se detuviese en esto, yo me callaría ; pero el mal no se detiene. Los poetas crapulosos, como Baudelaire y Rollinat, se hartan y se hastían de sus goces ; sienten aspiraciones infinitas, hundidos ya en el fango, y después de haber renegado de Dios ; y aquí te quiero esco-

:

peta. Cada uno de ellos parece un energúmeno. Sus versos son pesadillas de un ascetismo bastardo y sin esperanza. Obsesos por el demonio del remordimiento y por otros demonios más feos y tiznados, rompen en maldiciones y blasfemias inauditas. Ya nos aseguran que no hay crimen que no sean capaces de perpetrar, ya se encomiendan devotamente á Lucifer, ya aseguran que quieren imitar á Cristo, si bien suponiendo que lo que Cristo prescribe y recomienda con el ejemplo es que nos matemos. La muerte es la única redención posible. Además, ellos entienden que deben matarse en castigo de sus culpas.

*Va, que la mort soit ton refuge!
A l'exemple du Rédempteur,
Ose à la fois être le juge,
La victime et l'exécuteur.*

La situación es tremenda, y empezando por versos de amor materialista puro, como los catorce sonetos, se viene á caer en ella, más tarde ó más temprano, á no desviarse pronto del mal camino.

Las visiones de Baudelaire y de Rollinat espeluznan y descomponen el estómago; dan horror y asco; es menester ser valientes y robustos para resistirlas sin vomitar ó sin caer desmayado. Los suplicios más feroces que ve Dante en su *Infierno*, las abominaciones y espantos de los más ascéticos libros cristianos, como *Gritos del infierno*, *Estragos de la lujuria*, y otros así, son niñerías y amenidades, si se comparan con lo que Baudelaire refiere cuando él mismo se ve ahorcado, podrido y hediondo, entre una nube de murciélagos y de grajos que le sacan los ojos á mordiscos y picotazos y se le comen por do más pecado había, y con lo que cuenta Rollinat de

aquel gato celoso, que yo sospecho que era un demonio familiar, el cual araña y destroza á su amiga en sitios tan sensibles y ocultos.

Si tamañas desventuras se tomasen por lo serio, sería cosa de deshacerse en un mar de lágrimas, de morir de pena y de terror entre convulsiones horribles, y de aborrecer toda vida, y más que ninguna la sardanapalesca, á que se entregaron estos vates ilustres, y cuyos funestos resultados estamos tocando.

Por dicha, yo me consuelo y tranquilizo con sospechar que, tanto en el *sardanapaleo* como en el lloriqueo, tanto en las culpas como en los castigos, hay abundancia de filfa y camelo. Ni se divierte uno tanto como dice, ni suele exclamar de corazón *¡qué tétrica es la vida!* después de haberse divertido. En ambos extremos hay ponderación jactanciosa: *pose* y *blague*. Lo peor es el pesimismo. Si se adopta para hacer efecto y darse charol, no tiene perdón de Dios. ¿Por qué en odas, en elegías, en coplas, en dramas, en novelas y aun en gruesos librotos de filosofía, hemos de angustiar á los mortales y quedarnos tan frescos?

Todos, aunque seamos optimistas, tenemos ratos, y días y semanas de mal humor, de tristeza y de abatimiento. Así estaba yo, poco ha, cuando escribía á un amigo, diplomático extranjero, á quien quiero mucho, una melancólica carta. Él me contestó, consolándome con discretísimos razonamientos, algunos de los cuales vienen tan á pelo aquí, que voy á citarlos en el propio idioma en que están escritos, abusando quizá de la confianza y rompiendo el sigilo de la correspondencia.

« A quoi vous sert votre optimisme? (me dice). Notre maître le Docteur Pangloss restait ferme dans la doctrine après des accidents bien autrement facheux et malgré

le cadeau dont l'avait gratifié Paquette et dont vous connaissez la généalogie. L'optimisme ne servirait-il à rien? On serait tenté de le croire en voyant que les pessimistes sont en général de fort bons vivants, qui s'arrangent une existence très agréable et qui sont très peu pressés de sortir de cette création manquée. Leur chagrin est tout en rimes ou en livres de philosophie, qui n'ont pas d'influence sur leur conduite journalière. Schopenhauer n'avait pas l'air de s'ennuyer, si j'en crois ceux qui l'ont connu. Boudha lui même est mort d'indigestion, ce qui peut faire douter de son ascétisme et de son mépris des choses créées. Si nous faisons comme eux et si nous prenions le monde comm'il est, réunissant ainsi les avantages des deux systèmes? »

Estas palabras de mi docto amigo me sugieren una idea luminosa y salutífera. Seamos optimistas y pesimistas alternativamente. Las cosas, aunque no crea uno en el determinismo feroz que nos arrastra al vicio y hasta al crimen, y aunque no vea uno siempre desolación y dolor en torno suyo, no están por eso todo lo bien que sería de desear. Confesémoslo, pero no nos aflijamos demasiado ni menos aflijamos á los demás hombres con nuestros quejidos y aullidos. Conviene, pues, para esto que nuestro pesimismo, en vez de ser trágico, sea chistoso y cómico; como el pesimismo de Voltaire, que en el *Cándido* hace que nos desternillemos de risa, ó, mejor aún, como el de Cervantes, más gracioso todavía en el *Quijote*, y lleno de dulzura y de cristiana resignación, sin chispa de hiel ni de impiedad ni de odio.

Y si, en el día de hoy, sin salir de España, quiere V. hallar un modelo acabado de este pesimismo para reir, búsquele en los escritos, en prosa y verso, de Miguel de los Santos Álvarez, y singularmente en algunas octa-

vas del poema *María*. El pesimismo se expresa en ellas con tanto chiste y gracejo, que regocija, en vez de desesperar, y hasta se le antoja á quien lee ó recita aquellas blasfemias, no ya que él debe perdonarlas *propter elegantiam sermonis*, sino que hasta la Soberana Potestad, á quien se dirigen, en vez de castigarlas, las celebra y las ríe, como ríe y celebra la madre cariñosa y benigna al niño pequeñuelo y mimado, si la insulta porque no le da, para que no le hagan daño, las chucherías y golosinas que le pide.

En resolución, y para terminar, en las poesías amorosas mezcle V. algo del cielo con la tierra, á fin de no hallar *tétrica la vida* cuando está en lo más florido de sus años, y en lo demás, procure V. no caer en el pesimismo, y si cae en él, témpole y endúlcele con la risa resignada y con la burla sin acíbar de Cervantes y del antiguo amigo de Espronceda. De esta suerte, ya que no los censores graves, los que no lo son ni tienen autoridad para serlo, en lo amoroso perdonarán á V. las verduras, y en lo pesimista las injurias contra la Providencia, cuyos designios y planes, que ignoramos y debemos acatar, tal vez brillan justificados después de tales ataques.

Y con esto termino, augurando á V. rica cosecha de laureles si sigue mi consejo, y reiterándole que soy su afectísimo amigo.

JUAN VALERA.

REVISTA ECONÓMICA



Los proyectos de Hacienda.—Prórroga del privilegio del Banco de España.—Recaudación del presupuesto vigente.—La Bolsa.

Poco á poco se van conociendo los detalles de los planes financieros del Gobierno conservador, y poco á poco también van perdiendo las ilusiones los que esperaban que había llegado la hora de poner término y fin á la angustiosa situación de nuestra Hacienda.

Á juzgar por lo que hoy se conoce en orden á dichos planes, todo continuará poco más ó menos lo mismo que hasta aquí. Ninguna reforma en el presupuesto de ingresos. Poquísimas en el de gastos, y éstos no producirán economías. El déficit como remate.

«Vivir al día», «salir por el momento de apuros»: he aquí dos frases que sintetizan toda la obra del señor ministro de Hacienda. No importa sacrificar lo por venir.

Y que lo por venir se sacrifica, poco tendremos que decir para ponerlo de manifiesto.

Hay hoy en circulación, ó dicho más propiamente en la cartera del Banco, 303 millones de pesetas de deuda flotante; se adeudan á las Compañías de ferrocarriles 100 millones, y son precisos para el presupuesto extraordina-

rio de construcción de la escuadra 171 millones. En junto: debe el Tesoro ó deberá muy pronto 600 millones de pesetas.

El camino más recto, y el procedimiento más natural de extinguir estas obligaciones, sería la emisión de un empréstito que las liquidara y consolidara por un período relativamente breve, buscando una compensación en otras reducciones de gastos, que ni son imposibles, ni difíciles siquiera cuando con buena voluntad quieren realizarse.

Pero es más sencillo y más fácil, sin embargo, y menos expuesto á sinsabores y disgustos del momento, empeñar un privilegio, vender su derecho para lo por venir, y el Sr. Cos-Gayón ha empeñado el privilegio y vendido el derecho al Banco de España, facultándole para que amplíe su emisión hasta el límite que estime conveniente, y prorrogando su vida legal, que terminaba en 1904, hasta el año de 1921.

Vale al Estado esta venta el servicio gratuito, por espacio de treinta años, de un anticipo de 150 millones de pesetas, que al tipo que el Banco descuenta son 6 millones anuales.

Insignificante es la suma relativamente á la concesión que se otorga; pero el hecho de aprovecharse de un recurso que pertenece, en todo caso, á otros ejercicios y á otros tiempos todavía lejanos, arguye notoria inmoralidad que es preciso combatir.

Faltan trece años aún para que el privilegio del Banco de España termine. Dadas las transformaciones y los cambios que viene sufriendo la economía bancaria, nadie podrá asegurar que á la terminación de dicho período se ajuste la organización del Banco de España á las necesidades sociales. La opinión se va pronunciando fuerte-

mente en contra de estos privilegios. ¿Á qué sabia medida de prudencia puede responder el comprometer el porvenir de la nación con un sistema cuyas ventajas son actualmente ya puestas en duda por los más ilustres economistas?

La dura ley de la necesidad obligó al Sr. Echegaray á prescindir de sus particulares opiniones y á crear un Banco único nacional y privilegiado. La historia le ha absuelto de su inconsecuencia, y hasta le ha aplaudido. Ardía la guerra en el Norte y Mediodía. El Gobierno ni tenía ni podía encontrar recursos á un tipo inferior al 20 por 100. El Banco nacional reconcentró en sus arcas todas las fuerzas vivas del crédito, y pudo hacer un anticipo de 500 millones de pesetas á la cuarta parte del valor del dinero en el mercado. Este solo hecho justifica aquella medida, y es un título de gloria que no debe regatearse al Banco.

Por fortuna, los tiempos son muy distintos de aquéllos. La paz es completa. La nación vive vida normal, y en épocas normales, los Estados deben nutrirse de recursos propios con los productos de sus contribuciones é impuestos.

Los déficits de los presupuestos de hoy no pueden justificarse como se justifican los de 1870 á 1876. Proceden exclusivamente de la mala administración, del desbarajuste reinante y del nepotismo de los partidos políticos.

Y como de esto proceden, esto es lo que debe combatirse, esto es lo que es preciso extirpar de raíz, y esto ha de ser la obra de un ministro de Hacienda que quiera justificar su elevación al puesto que ocupa.

Al Banco de España deben dársele todo género de facilidades para que desempeñe sus funciones y sus empresas. Tiene un contrato con el Estado, y hasta que el contrato no expire, su letra y su espíritu deben ser sagrados. Y añadiremos más. La experiencia ha demostrado que el marco en que viene encerrada su facultad de emisión, es algo estrecho. El público reclama más billetes, y las necesidades de la circulación parece que los hacen precisos. No vemos inconveniente en que el límite y la facultad se amplíen, y que en lugar de 750 millones se lancen al mercado 100 millones más, por ejemplo, siempre que se garantice su crédito como es debido, bien por una cantidad proporcional de metálico en cajas, bien equiparando las reservas al capital.

Esta ampliación de privilegio aumentaría las utilidades del Banco en 4 millones próximamente por cada 100 millones de emisión, y á poco que éste ascendiera, como la concesión ni podía ni debía ser gratuita, encontraría el señor ministro de Hacienda manera de obtener los 6 millones que busca para su anticipo de 150 millones.



Comprometer lo por venir en materia de crédito es una medida gravísima é insensata. Arguye una gran falta de sentido de la realidad y un desconocimiento absoluto de los males que padece nuestro país.

Una de las causas que más contribuyen á estorbar el desarrollo económico de España es el alto tipo á que el dinero se cotiza. Sin dinero barato no puede haber grandes desarrollos industriales. Producir es transformar capitales, y donde los capitales son caros, cara habrá de

ser necesariamente la producción. En Francia, en Inglaterra y en Alemania el interés del dinero oscila entre 2 y 3 por 100 con buenas garantías y á breve plazo. En iguales condiciones vale en España el doble. ¿Es posible la competencia industrial en condiciones tan desiguales?

Inútil será que los derechos de aduanas se suban. Tendremos siempre una industria raquítica y un comercio empobrecido, en tanto que el dinero no reduzca su alquiler.

Á este fin debieran encaminarse todas las aspiraciones y todo el empeño de nuestros gobernantes, y el único medio de conseguirlo es el de la concurrencia, el de la competencia en el crédito. La libertad mercantil y el monopolio del crédito son dos sistemas que braman de verse juntos.

Y el monopolio del crédito es en España absoluto y lo sería más todavía en los proyectos del Sr. Cos-Gayón. Tiene el Banco de España un capital desembolsado de 150 millones de pesetas, y por virtud de un privilegio trabaja con 750 millones. Si cobra un interés por los préstamos y descuentos de 4 por 100, á sus accionistas le producen el 20 por 100. ¿Pueden vivir á su lado otras instituciones y otras sociedades que no disfruten de igual privilegio? De ninguna manera. La banca en España desaparece, y los Bancos y banqueros que tienen el valor de continuar sus operaciones arrastran una vida miserable ó se ven obligados á nutrir su cuenta de ganancias y pérdidas liquidando diferencias en Bolsa, ó buscando en los títulos ó valores del Estado el rendimiento de su cartera.

Justificaríase el monopolio del crédito para lo por venir cuando por virtud de él se lograra una de estas dos cosas : ó dinero para la agricultura y para la industria á

un tipo sumamente reducido, ó ingresos para el Tesoro de tal consideración, que pudieran ser parte á reducir los impuestos en cantidad apreciable.

Nos explicaremos con mayor claridad. El Banco de España liquida todos los años beneficios por valor de 34 millones poco más ó menos. Su capital de 150 millones al 6 por 100 (y no es bajo el cálculo), produciría 9 millones. La diferencia entre 34 y 9, ó sean 25 millones, es producto del privilegio; nace y deriva de la facultad ó del derecho exclusivo que el Gobierno le ha concedido de emitir billetes al portador y á la vista. ¿Sería mucho pedir que esta cifra de 25 millones se distribuyese por igual entre el Tesoro y el Banco, ó en otro caso se aplicara á reducir el alquiler del dinero de los descuentos y préstamos?

Por el nuevo proyecto de ley los billetes no se reducirán ya á 750 millones, sino que llegarán bien pronto á 1,000 millones sin aumento del capital. En este caso las utilidades líquidas pasarán de 40 millones, y á la vuelta de diez años llegarán á 50 millones, y entonces el valor del privilegio será de 41 millones. Por junto de estos 41 millones obtendrá 6 millones el Tesoro. ¿Puede darse contrato más leonino?

La Bolsa ha manifestado bien pronto lo que esta ampliación del privilegio significa. Ocho enteros han ganado las acciones del Banco en cuatro días; cuando el proyecto pase á ser ley ganarán más de otro tanto, y mucho nos equivocamos, ó llegarán á cotizarse á 500 por 100 en breve plazo.

* * *

El presupuesto en curso no ofrece resultados muy li-sonjeros. La recaudación de los ocho primeros meses revelan poca mejora.

En 1889-90 se recaudaron 393.505,953 pesetas, y en 1890-91 399.091,966.

La contribución territorial, base y fundamento de nuestro sistema tributario, acusa una decadencia alarmante. Cuatro millones de pesetas ha descendido en el período que examinamos, en relación con el ejercicio pasado. Si se compara con igual período de 1886-87, todavía la decadencia es más sensible, aun teniendo en cuenta la pequeña reducción en el tipo contributivo. En baja figura también la contribución industrial y de comercio, que en los últimos ejercicios marcaba tendencia á mejorar.

La de aduanas y el impuesto de derechos reales son las únicas contribuciones de primera magnitud que han conseguido ventajas. Bueno será no olvidar que de los $4 \frac{2}{3}$ millones en que ha aumentado la renta de aduanas, más de la mitad proceden de derechos de importación de trigos y demás cereales, lo cual no estimamos beneficioso en un país como el nuestro, más agrícola que industrial.

El resultado final de la comparación de los ingresos líquidos en los ocho primeros meses de los dos últimos ejercicios acusa un aumento de recaudación de $5 \frac{1}{2}$ millones de pesetas; pero en 1887-88 se recaudaron en idénticos meses cerca de 12 millones más, y en 1886-87 $24 \frac{1}{2}$ millones.

Y aún la primera comparación dista mucho ser exacta. Los estados oficiales de recaudación no incluyen los productos del monopolio de los tabacos, que es ya preciso incluir, porque el canon del trienio segundo no puede ser ni mucho menos igual al del primero.

Fué el de éste 90 millones anuales, ó sean 60 millones

para ocho meses; será el de aquél 84 millones, que corresponden 56 millones para el período citado. Baja 4 millones, que hay que descontar de la suma de aumentos, quedándose reducida á millón y medio, peseta más, peseta menos.

No publica ya la *Gaceta* los estados de pagos verificados durante el curso de su ejercicio. No hacen falta tampoco, porque el retraso con que algunos se hacen ó se formalizan, les priva de todo interés, cual sería el de comparar las obligaciones satisfechas con los ingresos obtenidos. La importancia de la insuficiencia de recursos queda, sin embargo, testificada con sólo decir que por cuenta del ejercicio actual la deuda flotante ha aumentado 33 millones de pesetas, y que la cuenta corriente del Tesoro en el Banco acusa un saldo pasivo en la última semana de 40 millones de pesetas, descontando 9,7 millones de las reservas de contribuciones.

En el ejercicio pasado se satisficieron 801.852,188 pesetas por obligaciones en los diez y ocho meses, y como los ingresos no pasaron de 740.608,910, resultó un déficit de 61.243,278. Los gastos para 1890-91 se han calculado en 811.413,416, y como los ingresos (á juzgar por las muestras) no llegarán á 750 millones, es muy posible que el déficit de este ejercicio no sea inferior al del anterior, aun no consumiéndose todos los créditos presupuestos.

Un poco pronto se hacen estas profecías, pero, por desgracia, es posible que los hechos las confirmen.

* * *

La liquidación de fin de mes se hizo en todos los mercados bursátiles mejor de lo que se esperaba. No ha habido falta de dinero, y relativamente barato, lo mismo en París que en Berlín, en Londres que en New-York.

Dista mucho, sin embargo, de ser buena y sólida la posición de las plazas mercantiles. A poco que se escarbe se encuentran todavía restos del fuego de la crisis financiera que dista mucho de estar por completo conjurada. Merced á la intervención de los grandes Bancos nacionales, se liquidan paulatinamente y sin tan grandes quebrantos la Caja de depósitos y Cuentas corrientes de París, y la casa Baring de Londres; pero si de la República Argentina, de Chile y del Brasil continúan soplando los malos vientos, fácil es que las quiebras y suspensiones de pagos no terminen.

La casa Murrieta se ha transformado en sociedad anónima. Ignoramos las pérdidas que habrá sufrido. El capital de 2 1/2 millones de libras lo han suscrito casi por entero los miembros en la misma casa, y esto indica que no deben haber sido tan grandes los quebrantos sufridos como se había anunciado.

Los mercados apenas dan señales de vida. Se ocupan en liquidar y nada más. Por todas partes hay la misma desanimación y la misma flojedad de operaciones.

En Madrid parece que el verano se ha anticipado tres meses. Muchos días apenas se registran cambios. Todo el mundo vive á la expectativa y espera á que la situación se despeje algún tanto. Alcistas y bajistas muestran grandes vacilaciones.

Los valores del Estado quedan á los mismos tipos que en nuestra anterior Revista (descontado el cupón). Lo propio acontece con los títulos del Banco Hipotecario y de la Tabacalera.

Solamente las acciones del Banco suben y crecen como la espuma : de 108 han pasado á 118 y aun no se detendrán aquí si la ampliación del privilegio se otorga.

Los valores industriales muy animados en las Bolsas de Barcelona y de París. Los coloniales y Almansas son muy solicitados y alcanzan cada día mejores cambios.

UN EX MINISTRO.

Sección Extranjera.

¡EL PAPA HA MUERTO!

CUENTO.

HE pasado mi infancia en una gran ciudad de provincia, cortada en dos por un río caudaloso y embravecido, donde tomé el gusto por los viajes y la pasión por la vida marítima. Hay ahí sobre todo un puentecillo en el cual nunca pienso sin emocionarme. Aún me parece ver el cartelón clavado en un poste: *Cornet, botes de alquiler*; la pequeña escalera que se sumerge en el agua, resbaladiza y ennegrecida por la humedad; la flotilla de barcas pintadas recientemente con colores vivos, alineándose bajo la escalera, balanceándose suavemente y como aligeradas por sus bonitos nombres escritos en letras blancas, el *Pájaro Mosca*, la *Golondrina*.

Y luego, el tío Cornet, con su tarro de pintura, sus grandes pinceles, su cara curtida, arrugada y con mil pequeños hoyuelos, como el río en una tarde de viento fresco.... ¡Oh, este tío Cornet! Ha sido el Satanás de mi infancia, mi pasión dolorosa, mi pecado, mi remordimiento. ¡Me ha hecho cometer tantos crímenes por sus barcas! No iba á la escuela; vendía mis libros. ¡Qué no hubiera vendido por remar todo un medio día!

Allá en el fondo de mi bote mis cuadernos de clase, el sombrero echado atrás y sintiendo en las sienes el

suave aleteo, como de abanico, de la brisa del río, remaba con firmeza, frunciendo las cejas para darme todo el aire de un viejo lobo marino. ¡Qué triunfo el mezclarme en este gran movimiento de barcas, de canoas, de trenes de madera, todos costeándose, evitándose y separados solamente por un ligero encaje de espuma.

De repente las ruedas de un vapor batían el agua cerca de mí, y una pesada sombra me envolvía.

¡Cuidado, Granuja! (me gritaba una voz enronquecida); y sudaba, me esforzaba, atolondrado en aquel vaivén de la vida del río, que la vida de la calle atravesaba incessantemente sobre sus puentecillos.

Algunas veces tenía la suerte de encontrar la *cadena*. Pronto me agarraba y me unía al largo tren de botes remolcados, dejándome llevar por la corriente silenciosa que cortaba al río en largas cintas de espuma. Allá lejos, muy lejos, oía el ruido monótono de la hélice; luego, un perro que ladraba en una de las barcas, y un hilo azulado que salía de una chimenea, y todo esto me parecía la ilusión de un gran viaje y de la verdadera vida á bordo.

Muchas veces, cuando no encontraba la *cadena*, era necesario remar, y remar á las horas de sol. ¡Oh, los ardientes rayos cayendo á plomo sobre el río, aún parece que me queman! Todo era llamas, todo reverberaba en aquella atmósfera luminosa y sonora en que los movimientos vibran; y los remos y las cuerdas, chorreando, daban luces vivísimas como de plata bruñida. Y remaba cerrando los ojos. Por momentos, al vigor de mis esfuerzos, al empuje del agua bajo la barca, me figuraba que iba con rapidez; pero, volviendo la vista atrás, veía siempre el mismo árbol y el mismo muro en la orilla.

En fin: toda aquella batahola cesaba. Los jardines de los *faubourgs*, las chimeneas de las fábricas se reflejaban de vez en cuando, y allá en el horizonte temblaban las verdes islas. Entonces, no pudiendo más, me retiraba á la orilla en medio de los rosales poblados de abejas; y allí, fatigado por el calor, aquel pesado calor que subía del agua, el viejo lobo marino se estaba, rascándose la

:

nariz, horas enteras en muda contemplación. Nunca mis viajes tuvieron otro desenlace. Pero, ¿qué queréis? Yo encontraba esto delicioso.

Lo terrible, sí, era la vuelta, la entrada á mi casa. Por más que hacía, siempre llegaba tarde, mucho después de pasadas las clases. ¡Y cómo aumentaba mi remordimiento la caída de la tarde melancólica, las lámparas de gas ya encendidas, el toque de retreta, la oración! ¡Y cómo me causaba envidia el ver á las gentes que pasaban, entrando á sus casas con aquella tranquilidad, después de haber cumplido con sus deberes! Y corría con la cabeza pesada, brumosa, llena de sol y de agua, con el zumbido del río aún en los oídos, y con el rubor de la mentira impreso ya en el rostro.

Porque era necesaria una cada vez para hacer frente á aquel terrible ¿de dónde vienes? conque me recibían á la puerta. Este interrogatorio á la llegada era lo que más me atormentaba. Debía responder inmediatamente, sin cortarme y con firmeza: contar una historia pronto, alguna cosa asombrosa y extraña para que la sorpresa suspendiera todo recelo. Y para esto tenía necesidad de pensar y tomar aliento. Inventaba siniestros, revoluciones, cosas terribles: una parte de la ciudad en las llamas: el puente del ferrocarril roto.

Pero nada encontré tan fuerte como ésto:

Un día llegué más tarde que de costumbre. Mi madre, que me esperaba desde hacía rato, estaba acechándome en la escalera con el terrible ¿de dónde vienes?

No tuve tiempo de prepararme; había llegado demasiado pronto.... Esta vez, pensé, me pillaron. De repente se me pasó una idea loca. Sabía que mi madre era muy piadosa y católica; ¡y mucho! y le respondí con toda la pena de una gran emoción:

—¡Oh, mamá; si supieras!....

—¿Qué, pues, qué hay?

—¡El Papa ha muerto!

—¡El Papa ha muerto! (exclamó la pobre), y se apoyó contra la pared. Pasé inmediatamente á mi cuarto,

un poco espantado de mi salida, y de la enormidad de la mentira. Lo recuerdo, una noche silenciosa y fúnebre; el padre grave y la madre aterrada. Se hablaba quedito. Yo bajaba los ojos; nadie se acordaba ya de mi escapatoria, con la desolación de la noticia.

Cada uno citaba, á porfía, algún rasgo de la vida del pobre Papa Pío IX; después, poco á poco, la conversación se extendió sobre la historia de los Papas. Tía Rosa habló de Pío VII á quien recordaba haber visto pasar en el fondo de una silla de posta, entre gendarmes, allá en el Mediodía. Y luego la famosa escena con el Emperador: ¡CÓMICO.... TRÁJICO!.... Era la centésima vez que la oía, esa terrible escena, siempre con la misma entonación, los mismos gestos y aquel estereotípodo en las tradiciones de familia que se van legando como historias de convento. Y nunca me había parecido tan interesante.

Escuchaba con suspiros hipócritas, con un aire de interés, y á cada instante me decía:

Mañana por la mañana, cuando sepan que el Papa no ha muerto, será tanta su alegría, que ni me regañarán.

Y pensando en esto, mis ojos se cerraban á pesar mío, y tenía visiones de pequeñas barcas pintadas de azul, en un rinconcito del Saône, y los remos chorreando gotas diamantinas.

ALFONSO DAUDET.

LA LEYENDA DE SAN JULIAN EL HOSPITALARIO

I.

Los padres de Julián habitaban un castillo, situado en la ladera de una colina, en medio de los bosques. Las cuatro torres de los ángulos tenían techos puntiagudos cubiertos de planchas de plomo, y la base de los muros descansaba en la peña viva que bajaba abruptamente hasta el fondo de los fosos.

Las losas del patio parecían por lo pulcras las de una iglesia. Largas canales, figurando dragones con la boca hacia abajo, escupían en la cisterna el agua de las lluvias; y en todos los pisos veíanse en el alfeizar de las ventanas macetas de barro pintado, con albahaca ó heliotropo.

Dentro de una segunda cerca de estacas había, en primer término, una huerta de frutales; después, un jardín con dibujos de cifras formados por las flores; finalmente, un emparrado con cenadores para tomar el fresco, y un mallo para esparcimiento de los pajes. Al otro lado se encontraban la perrera, las cuadras, la panadería, el lagar y los trojes. Cercada también por un soberbio seto de espino, extendíase una verde pradera de pasto.

Reinaba la paz hacía tanto tiempo, que ya no se bajaba el rastrillo; los fosos estaban llenos de agua; las golondrinas anidaban en los huecos de las almenas, y el arquero que se paseaba por la cortina durante todo el día, en cuanto el sol calentaba demasiado, se metía en la atalaya, y se dormía como un santo varón.

Por dentro relucía todo el herraje ; las habitaciones estaban abrigadas con tapices ; los armarios rebosaban de ropa ; en las bodegas se apilaban los toneles de vino ; las arcas de roble crujían bajo el peso de las talegas de dinero.

En la sala de armas, entre estandartes y cabezas de animales monteses, aparecían armas de todos los tiempos y de todas las naciones, desde las hondas de los amalecitas y los venablos de los garamantas hasta los chafarotes de los moros y las cotas de malla de los normandos.

El asador principal de la cocina podía dar vueltas á un buey entero ; la capilla era tan suntuosa como el oratorio de un Soberano. En apartado rincón había también una estufa á la romana ; pero el buen señor se privaba de ella, estimando que era cosa de idólatras.

Constantemente envuelto en un capote de pieles de zorro, paseábase por la casa, administraba justicia á sus vasallos, y dirimía las contiendas de sus vecinos. Durante el invierno miraba caer los copos de nieve, ó hacía que le leyesen historias. Cuando asomaba el buen tiempo, se iba en su mula por las veredas, bordeando los trigos que empezaban á verdear, hablaba con los villanos y les daba consejos. Tras muchas aventuras, había tomado por mujer una señorita de alta prosapia.

Era ésta blanquísima, seria y un poco orgullosa. El velo flotante de su alto tocado rozaba con el dintel de las puertas ; la cola del vestido le arrastraba tres pasos. Su casa marchaba con la regularidad de un monasterio ; todas las mañanas distribuía los quehaceres entre sus servidores, inspeccionaba la confección de los dulces y de los unguentos, hilaba á rueca ó bordaba sabanillas de altar. A fuerza de pedírsele á Dios, tuvo un hijo.

Hubo entonces grandes festejos, y un convite que duró tres días y cuatro noches, en medio de alfombras de follaje, con iluminación de antorchas y música de arpas. Se gustaron los más raros manjares, y comiéronse gallinas tamañas como pavos ; á guisa de sorpresa, se vió salir un enano de un pastel ; y no bastando ya las escudi-

llas, porque no cesaba de aumentar la muchedumbre, hubo que beber en las bocinas y en los cascós.

La puérpera no asistió á estas fiestas. Estaba tranquilamente en su lecho. Una noche se despertó, y, á la luz de un rayo de luna que entraba por la ventana, divisó una sombra móvil. Era un viejo con tosco sayal, un rosario á la cintura y una mochila á la espalda : todo el aspecto, en suma, de un ermitaño. Se acercó á su cabecera, y, sin despegar los labios, le dijo :

—¡Regocíjate, buena madre! ¡Tu hijo será un santo!

Iba ella á gritar, mas la sombra, deslizándose por el rayo de luna, se elevó suavemente y desapareció. Arreciaron los cantos del festín. La madre oyó voces angélicas, y volvió á dejar caer la cabeza en la almohada, sobre la cual pendía un marco de carbunclos que encerraba un hueso de un mártir.

Interrogada al día siguiente, toda la servidumbre declaró que no había visto ningún ermitaño. Sueño ó realidad, aquello debía ser un mensaje del cielo; pero la madre se guardó bien de decir una palabra, por temor de que se achacase á orgullo suyo la profecía.

Al apuntar el alba se fueron los convidados; y hallándose el padre de Julián fuera de la poterna, adonde acababa de acompañar al último, de repente surgió ante sus ojos un mendigo en medio de la niebla. Era un bohemio de trezada barba, con brazaletes de plata en ambos brazos y refulgentes pupilas. Murmuró con acento inspirado estas palabras incoherentes:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Tu hijo!.... ¡Mucha sangre!.... ¡Mucha gloria!.... ¡Siempre feliz!.... La familia de un emperador.

Y, bajándose para recoger la limosna, se eclipsó entre la hierba.

El buen castellano miró á una y otra parte, y estuvo llamando hasta que se cansó. ¡Nadie! Silbaba el viento, arrastrando las nieblas de la mañana.

Atribuyó esa visión á la debilidad de su cabeza por la falta de sueño. «Si hablo de ella (pensó), se burlarán de mí.» Con todo, los esplendores reservados á su descen-

diente lo deslumbraban, á pesar de lo vago de la promesa, y aun dudando de haberla oído.

Los esposos se ocultaron su secreto. Pero ambos idolatraban al niño con amor igual; y, respetándolo como un elegido de Dios, tuvieron para él infinitas atenciones. Su camita estaba rellena de finísimo plumón; encima de ella ardía constantemente una lámpara en forma de paloma; tres nodrizas lo mecían, y, envuelto en las mantillas, con su carita sonrosada y sus ojos azules, con su capa de brocado y su capillo recargado de perlas, parecía un niño Jesús. Echó los dientes sin llorar una sola vez.

Al cumplir los siete años, le enseñó á cantar su madre. El padre, para que se criase valiente, le hizo montar en un caballo alto. El niño sonreía de contento, y no tardó en saber todo lo tocante á la equitación.

Un monje anciano y sapientísimo le enseñó la Sagrada Escritura, la numeración arábica, las letras latinas, y también á pintar en vitela viñetas primorosas. Juntos trabajaban en lo alto de un torreón, lejos del ruido.

Terminadas las lecciones, bajaban al jardín, donde, al tiempo que paseaban, estudiaban las flores.

Á veces se veía por el fondo del valle una recua de caballerías, guiadas por un trajinero ataviado á la oriental. El castellano, sabedor de que era un mercader, le enviaba un criado. El forastero, confiándose, se desviaba de su camino, é, introducido en el recibimiento, sacaba de sus cofres piezas de terciopelo y de seda, objetos de orfebrería, aromas y cosas raras de un uso desconocido; luego el hombre se iba con sus ganancias, sin haber sufrido ninguna violencia. Otras veces llamaba á la puerta un grupo de peregrinos. Sus ropas mojadas humeaban delante del hogar; y cuando el alimento había restaurado sus fuerzas, contaban sus viajes, describiendo el vagar de las naves por el mar espumoso, las marchas á pie por abrasados arenales, la ferocidad de los paganos, las Cavernas de Siria, el Establo y el Sepulcro. Después daban al señorito conchas de su manto.

El castellano convidaba á menudo á sus antiguos com-

pañeros de armas ; y, conforme bebían, recordaban sus guerras, los asaltos de las fortalezas con las batientes máquinas y las heridas prodigiosas. Julián, al oírlos, prorrumpía en exclamaciones, y entonces el padre no dudaba un momento que sería más tarde un conquistador. Pero al anochecer, al salir de las oraciones y pasar por entre los pobres inclinados, echaba mano á su escarcela con tanta modestia y con tan noble continente, que la madre confiaba verlo algún día arzobispo.

Tenía su sitio en la capilla al lado de sus padres ; y, por largos que fuesen los oficios, permanecía de rodillas en su reclinatorio con la gorra en el suelo y las manos juntas.

Un día, alzando la cabeza, durante lo misa, divisó un ratoncillo blanco que salía de un agujero de la pared. El ratoncillo corrió á la primera grada del altar, y, después de dar dos ó tres vueltas á uno y otro lado, huyó por la misma parte. Al domingo siguiente, el niño se sintió alterado ante la idea de volverlo á ver. Tornó, en efecto, el ratoncillo ; y todos los domingos lo esperaba Julián, su imagen lo perseguía, llegó á inspirarle odio, y resolvió deshacerse de él.

Habiendo, pues, cerrado la puerta y desmigajado una torta sobre las gradas, se apostó delante del agujero, armado de una varita.

Al cabo de mucho tiempo apareció un hociquillo sonrosado, y, tras él, todo el ratón. El niño dió un golpe suave, y se quedó suspenso delante de aquel cuerpecito que ya no se movía. Manchaba el suelo una gota de sangre. La limpió precipitadamente con la manga, tiró fuera el ratón, y no dijo una palabra á nadie.

Al jardín bajaban enjambres de pajarillos á picotear la fruta. Ideó introducir guisantes en una caña hueca. Cuando oía gorgoros en un árbol, se acercaba con precaución, levantaba su tubo, inflaba los carrillos, y le llovían pajarines sobre los hombros tan copiosamente, que no podía menos de reírse por el éxito de su treta.

Una mañana, volviendo al castillo por la cortina, vió

una magnífica paloma solazándose al sol en lo alto de la muralla. Julián se paró á verla ; y, como la muralla tenía una brecha en aquel sitio, halló á mano una piedra. Enarboló el brazo, y la piedra derribó al ave, que cayó en el foso de golpe.

Julián se precipitó en su busca, desgarrándose en la maleza y husmeando por todas partes con más viveza que un cachorro.

La paloma, con las alas rotas, yacía palpitante entre las ramas de un aligustre.

La tenacidad de su vida irritó al niño. La cogió para estrangularla, y las convulsiones del ave hacían latir su corazón, llenándolo de una voluptuosidad salvaje y tumultuosa. Al quedar rígida la víctima, se sintió desfallecer.

Por la noche, durante la cena, dijo su padre que á su edad debía aprenderse la montería, y fué á buscar un cuaderno viejo de escritura que exponía en preguntas y respuestas todo lo relativo á la caza. Suponíase un maestro que enseñaba á su discípulo el arte de adiestrar á los perros y á los halcones, y de tender los lazos ; la manera de reconocer al ciervo por su vaho, al zorro por sus huellas, al lobo por sus cuevas ; el medio mejor para descubrir sus caminos y para atraerlos fuera de sus guaridas ; los parajes donde se encuentran ordinariamente sus refugios ; los vientos más propicios, y, en fin, los gritos y reglas de la caza.

Cuando Julián llegó á recitar todo esto de memoria, su padre le arregló una jauría.

Componíanla, en primer lugar, veinticuatro lebreles berberiscos, más ligeros que gacelas, pero propensos á exasperarse ; y, en segundo, diez y siete parejas de perros bretones, color canela con manchas blancas, de una confianza á toda prueba, recios de pecho y grandes aulladores. Para el ataque del jabalí y para las rehuidas peligrosas, había cuarenta sabuesos ingleses, peludos como osos. Á perseguir los bisontes se destinaban mastines de Tartaria, casi tan altos como asnos, color de fuego, de ancho lomo y recto jarrete. El negro pelaje de los

perros de muestra relucía como la seda; el ladrido de los talbots competía con el de los cantores *beagles*. En un patio aparte gruñían, sacudiendo la cadena y moviendo inquietamente las pupilas, ocho alanos, animales formidables que saltan al vientre de los jinetes y no tienen miedo á los leones.

Todos comían pan de trigo, bebían en pilas de piedra, y llevaban un nombre sonoro.

La halconera superaba quizá á la jauría. El buen señor, á fuerza de dinero, había adquirido halcones terzuelos del Cáucaso, sacres de Babilonia, jerifaltes de Alemania y halcones peregrinos, cogidos, á orillas de los mares fríos, en acantilados de lejanos países. Ocupaban un cobertizo cubierto de bálago, y estaban sujetos en la alcándara por orden de tamaño; tenían delante un trozo de césped, donde los ponían de vez en cuando para desentumecerlos.

Se construyeron morrales, anzuelos, trampas y toda clase de accesorios.

Frecuentemente llevaban al campo perros de muestra que no tardaban en llamar de parada. Entonces sus conductores, adelantándose poco á poco, tendían sobre sus cuerpos impasibles una inmensa red. Á una orden ladraban; volaban codornices; y las señoras de las inmediaciones, invitadas con sus esposos, los niños, las camareiras, todos, en fin, caían sobre las aves, y las cogían fácilmente.

Otras veces, para desemboscar las liebres, se tocaba el tambor; se hacía caer á los zorros en hoyos, ó se cogían lobos por medio de un muelle que, al soltarse, los enganchaba de una pata.

Pero Julián desdeñó esos cómodos artificios; prefería cazar lejos de la gente con su caballo y su halcón. Era éste casi siempre un hermoso ejemplar de Scitia, blanco como la nieve. Su capirote de cuero remataba en un penacho; en sus azules pies agitábanse cascabeles de oro; y mientras el caballo galopaba al través de los campos, manteníase él firme en el brazo de su señor. Julián, des-

atando las pihuelas, lo soltaba de repente ; el ave audaz subía por los aires, recta como una flecha, y se veían girar dos manchas desiguales, que luego se juntaban y concluían por desaparecer en las alturas del espacio ce-rúleo. El halcón no tardaba en bajar, desgarrando algún ave, y en volver á posarse en la manopla con las alas trémulas.

De esa suerte cazó Julián la garza real, el milano, la corneja y el buitre.

Gozaba en seguir á los perros, cuando, al clamor de la trompa, corrían por la pendiente de las colinas, saltaban los arroyos y subían hacia los bosques ; y en el instante en que el ciervo empezaba á gemir desgarrado por las mordeduras, se apresuraba á derribarlo, deleitándose después en ver la furia con que devoraban los mastines sus cuartos humeantes.

Los días de niebla se metía en los pantanos para acechar los gansos, las nutrias y los albranes.

Desde el amanecer lo esperaban al pie de la escalinata tres escuderos ; y, por más que el anciano monje, asomado á su tronera, le hacía señas para que se volviese, Julián no se volvía. Desafiaba los ardores del sol, la lluvia y la tempestad ; bebía en la mano el agua de los manantiales ; comía, marchando al trote, manzanas silvestres ; cuando se cansaba, reposaba un momento debajo de una encina, y regresaba en plena noche, cubierto de sangre y de lodo, con el pelo lleno de pinchos, y transcendiendo al olor de los animales monteses. Se volvió como ellos. Cuando su madre lo abrazaba, recibía friamente el abrazo, pareciendo abstraído en cosas profundas.

Mató osos á cuchilladas, toros á hachazos, jabalíes con el venablo ; y hasta una vez, á falta de otra cosa, se defendió con un palo contra varios lobos que estaban royendo unos cadáveres al pie de una horca.

Un día de invierno salió de madrugada bien equipado, con una ballesta al hombro y un manojo de flechas en el arzón de la silla.

El suelo resonaba bajo los cascos de su caballo danés

que marchaba acompasadamente, seguido de dos zarceros. El capote del jinete se cubría de escarcha; soplaban una brisa violenta. El horizonte se despejaba por un lado, y á la claridad blanquecina del alba vio Julián unos conejos que andaban retozando á la orilla de sus madrigueras. Inmediatamente se precipitaron sobre ellos los dos zarceros, y á este quiero, á este no quiero, les tronchaban el espinazo.

Á poco entró en un bosque. En el extremo de una rama dormía un gallo silvestre, aterido de frío, con la cabeza debajo del ala. Julián sacó la espada, le cortó las dos patas de un solo tajo, y continuó su camino sin recogerlo.

Tres horas después se encontró en la cumbre de una montaña tan alta que el cielo parecía casi negro. Por delante de él había una roca que, á modo de enorme muro, se abismaba en un precipicio; dos revezos miraban á la sima desde el borde. Hallándose sin flechas, porque había dejado atrás el caballo, decidió bajar adonde los animales se encontraban; medio encorvado y con los pies descalzos, consiguió acercarse al primero de los revezos, y le hundió un puñal entre las costillas. El segundo, sobrecogido de terror, dió un bote en el vacío. Julián se abalanzó para herirlo, pero, resbalándosele un pie, cayó sobre el cadáver del otro con los brazos abiertos y la cara por cima del abismo.

Nuevamente en el llano, siguió la margen de un río bordada de sauces. Por cima de su cabeza pasaban de vez en cuando algunas grullas, volando muy bajas. Julián las zurraba con el látigo, sin fallar un solo golpe.

Entretanto, un aire más tibio había derretido la escarcha, flotaban largos vapores y apareció el sol. El joven vió brillar á lo lejos un lago helado que parecía de plomo. En medio del lago había un animal desconocido para él, un castor de negro hocico. Lo tumbó de un flechazo, á pesar de la distancia, y sintió no poder llevarse la piel.

Luego se internó por una calle de árboles corpulentos, cuyas ramas formaban como un arco de triunfo á la

entrada de un bosque. Saltó un corzo de una espesura; apareció un gamo en una encrucijada; de un agujero salió un tejón; un pavo real que había en el césped abrió la cola; y, cuando los mató á todos, presentáronse otros ciervos, otros gamos, otros tejones, otros pavos reales, y además mirlos, grajos, vesos, zorros, erizos, lince é infinidad de animales más numerosos cada vez. Giraban en torno suyo trémulos, con una mirada henchida de dulzura y de súplicas. Pero Julián no se hartaba de matar, ora armando la ballesta, ora desenvainando la espada, ó bien clavando el cuchillo; y esto sin pensar en nada, ni conservar el recuerdo de ninguna cosa. Cazaba en una tierra indeterminada, cazaba desde una fecha indefinida, cazaba por el solo hecho de existir, y lo hacía todo con la facilidad de los sucesos que se sueñan. Lo detuvo de pronto un espectáculo extraordinario. Un valle en forma de circo estaba cuajado de ciervos que, apiñándose unos junto á otros, se calentaban con el vaho de sus alientos, humeante en la niebla.

La perspectiva de tal carnicería durante algunos minutos lo sofocó de placer. Bajó del caballo, se remangó y empezó á tirar.

Al silbido de la primera flecha volvieron la cabeza á una todos los ciervos. Abriéronse huecos en la masa, se alzaron lastimeros gemidos y se agitó el tropel en inmensa confusión.

El reborde del valle era demasiado alto para franquearlo. Los ciervos brincaban dentro del recinto pugnando por huir. Julián apuntaba, disparaba, y las flechas caían como lluvia tempestuosa. Los animales, enloquecidos, se revolvían, se encabritaban, montaban los unos encima de los otros, y sus cuerpos, con las astas enmarañadas, formaban un vasto montículo, que se desmoronaba conforme se movían.

Murieron al cabo, tendidos en la arena, arrojando espumarajos por la nariz, saliéndoseles las entrañas y apagándose por grados la palpitación de sus vientres. Después todo quedó inmóvil.

La noche se echaba encima, y por detrás de los bosques, al través de los intersticios de las ramas, aparecía el cielo encendido como un mar de sangre.

Julián se recostó en un árbol. Con los ojos desmesuradamente abiertos contemplaba la enormidad de la matanza, sin comprender cómo había podido consumarla.

En la parte opuesta del valle, á la orilla del bosque, divisó un ciervo y una cierva con su cervatillo.

El ciervo, que era negro y de un tamaño monstruoso, tenía diez y seis ramas y barba blanca. La cierva, rubia como las hojas secas, pacía el césped; y el pintado cervatillo, sin interrumpir la marcha de la madre, mataba la ubre.

Zumbó otra vez la ballesta. Instantáneamente quedó muerto el cervatillo. La madre, mirando al cielo, bramó con una voz profunda, desgarradora, humana. Julián, exasperado, la tendió en el suelo de un flechazo en el pecho.

El enorme ciervo, que lo vió, dió un salto. Julián le disparó la última flecha. Le alcanzó en la frente, y allí quedó clavada.

El ciervo monstruoso no parecía sentirla. Saltando por encima de los muertos, avanzaba sin detenerse un instante, iba á precipitarse sobre el matador, iba á destriparlo; y Julián, con un espanto indecible, retrocedía. Paróse el prodigioso animal, y con los ojos llameantes, con la solemnidad de un patriarca y un justiciero, al tiempo que tañía á lo lejos una campana, repitió por tres veces:

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Corazón feroz; día llegará en que asesines á tus padres!

Dobló las corvas, cerró los párpados suavemente, y murió.

Julián se quedó atónito; luego se sintió abrumado por una fatiga repentina, y se apoderó de él un malestar, una tristeza inmensa. Lloró durante mucho tiempo con la frente oculta entre las manos.

El caballo se había perdido ; los perros lo habían abandonado ; la soledad en que se veía le pareció preñada de infinitos peligros. Aguijado entonces por el terror, se dió á correr al través del campo, tomó un sendero al azar, y casi inmediatamente se encontró á la puerta del castillo.

No durmió durante la noche. Á la luz vacilante de la lámpara colgada volvía á ver el enorme ciervo negro. Su predicción lo obsediaba, y se revolvía contra ella. «¡No! ¡no! ¡no! ¡no puedo matarlos!» Pero luego pensaba : «¿Y si me diese la tentación?....» y temía no fuese á sugerírsela el diablo.

Durante tres meses rezó la madre angustiada á la cabecera del lecho, y el padre andaba gimiendo continuamente por los pasillos. Llamaron á los maestros más famosos en el arte de curar, los cuales recetaron infinidad de drogas. Decían que la causa del mal de Julián era un viento funesto ó un deseo amoroso. Pero el joven, á todas las preguntas, movía negativamente la cabeza.

Recobró las fuerzas, y el anciano monje y el buen señor lo sacaban á pasear al patio, sosteniéndolo de un brazo cada uno.

Cuando estuvo restablecido por completo, se encerró obstinadamente en no cazar.

El padre, queriendo darle una alegría, le hizo el regalo de un espadón sarraceno.

El espadón se hallaba en una panoplia en lo alto de un pilar, y, para alcanzarlo, se necesitó una escalera. Subió Julián. La espada, asaz pesada, se le fué de las manos, y, al caer, rozó tan de cerca al buen señor, que le rasgó la hopalanda ; Julián, creyendo que había matado á su padre, se desmayó.

Desde entonces cobró tal miedo á las armas, que la vista de una hoja desnuda le hacía palidecer. Semejante debilidad era un desconsuelo para su familia, y fué preciso que el anciano monje le intimase, en nombre de Dios, del honor y de los antepasados, á reanudar los ejercicios propios de su clase.

Los escuderos se entretenían diariamente en el manejo de la javalina. Pronto sobresalió en él Julián. Daba con la suya en el gollete de las botellas, rompía las velas, y acertaba á cien pasos los clavos de las puertas.

Una tarde de verano, á la hora en que todo aparece indeciso entre la bruma, hallándose bajo el emparrado del jardín, columbró allá en el fondo dos alas blancas que se agitaban á la altura de la espaldera. Convencido de que no podía ser sino una cigüeña, lanzó la javalina.

Sonó un grito desgarrador.

Era su madre, cuyo amplio tocado estaba clavado en el muro.

Julián huyó del castillo, y no volvió á aparecer.

II.

Se incorporó á una cuadrilla de aventureros que iban de paso.

Sufrió el hambre, la sed, las fiebres y la miseria. Se acostumbró al estruendo de las refriegas y á la vista de los moribundos. El viento curtió su piel. Se endurecieron sus miembros al contacto de las armaduras; y como era muy fuerte, animoso, sobrio é inteligente, obtuvo con facilidad el mando de una compañía.

Al empezar las batallas, arrastraba á los soldados con un brioso movimiento de la espada. Sirviéndose de una cuerda de nudos trepaba por la noche á las murallas de las ciudadelas, balanceado por el huracán, desafiando las encendidas pavesas del greguisco, que se pegaban á su coraza, y la pez hirviente y el plomo derretido que chorreaban de las almenas. Frecuentemente le rompió el escudo una pedrada. Hundiéronse bajo sus pies puentes sobrecargados de hombres. Haciendo girar su maza, se desembarazó de catorce jinetes. Derrotó en el palenque á cuantos se prestaron á entrar en liza con él. Más de veinte veces se le creyó muerto.

Gracias á la divina ayuda, salió ileso siempre, porque protegía á los eclesiásticos, á los huérfanos, á las viudas, y principalmente á los ancianos. Cuando veía andar á uno de éstos delante de él, gritaba para verle la cara, como si hubiese temido matarlo por equivocación.

Esclavos fugitivos, villanos rebeldes, bastardos sin fortuna, gente intrépida de todas clases se alistó bajo su bandera, y así logró formar un ejército.

El ejército creció. Se hizo famoso. Fué buscado.

Julián prestó auxilio alternativamente al Delfín de Francia, y al rey de Inglaterra, á los templarios de Jerusalén, al surena de los Partos, al negus de Abisinia y al emperador de Calicut. Combatió con escandinavos cubiertos de escamas de peces, con negros provistos de rodela de cuero de hipopótamo y montados en asnos rojos, con indios de color de oro, que blandían por encima de sus diademas anchos sables, más relucientes que espejos. Venció á los trogloditas y á los antropófagos. Atravesó regiones tan tórridas, que al ardor del sol se encendían como antorchas los cabellos; otras tan glaciales, que los brazos, desprendiéndose del tronco, caían por el suelo; y países, en fin, de tantas nieblas, que el trayecto parecía poblado de fantasmas.

Lo consultaron repúblicas que se hallaban en apurado trance. En las entrevistas de embajadores obtenía condiciones inesperadas.

Si procedía mal un Soberano, presentábase de repente, y lo reconvenía. Emancipó á los pueblos. Dió libertad á reinas aprisionadas en torres. Él, y nadie más que él, fué el que aplastó la sierpe de Milán y el dragón de Oberbirbach.

Sucedió, pues, que el emperador de Occitania, después de triunfar de los musulmanes españoles, se unió en concubinato á la hermana del califa de Córdoba, y conservaba una hija suya, á quien había educado cristianamente. Pero el Califa, aparentando querer convertirse, fué á visitarlo, acompañado de una escolta numerosa; mató á toda su guarnición, y á él lo encerró en un cala-

:

bozo, donde le hacía sufrir los más duros tratamientos, á fin de arrancarle sus tesoros.

Julián acudió en su auxilio; destruyó el ejército de los infieles; sitió la ciudad; mató al Califa, le cortó la cabeza y la tiró, como si fuera una bola, por cima de las murallas. Luego sacó al Emperador de la prisión, y lo restableció en el trono á presencia de toda la corte.

El Emperador, por premio de tal servicio, le ofreció mucho dinero en unas canastillas. Julián no lo quiso. Creyendo que deseaba más, le prometió las tres cuartas partes de su riquezas; nueva negativa. Le propuso entonces partir su reino; Julián le dió las gracias, y el Emperador lloraba de despecho, sin saber cómo atestiguar su gratitud, cuando, dándose una palmada en la frente, pronunció algunas palabras al oído de un cortesano. Se alzaron unas cortinas, y apareció una joven.

Sus grandes ojos negros brillaban como dos suavísimos luminares. Una sonrisa encantadora entreabría sus labios. Los rizos de su cabellera se enganchaban en las pedrerías de la túnica transparente, á cuyo través se adivinaba la juventud del cuerpo. Toda ella era lindísima, llena de carnes y de delgado talle.

Julián se quedó deslumbrado y ciego de amor, tanto más cuanto que había hecho hasta entonces una vida muy casta.

Recibió, pues, en matrimonio la hija del emperador, con un castillo que poseía por parte de su madre; y, una vez terminadas las bodas, se separaron todos, después de mutuas é infinitas atenciones.

El castillo era un palacio de mármol blanco, construido á la morisca sobre un promontorio, en medio de un ranjal. Desde lo alto bajaban terrazas de flores hasta la orilla de un golfo, donde crujían bajo los pies sonrosadas conchas. Detrás del palacio se extendía un bosque en forma de abanico. El cielo se presentaba continuamente azul, y los árboles se inclinaban á impulsos de la brisa del mar ó del viento de las montañas, que cerraban á lo lejos el horizonte.

Las habitaciones, envueltas en una penumbra, se veían alumbradas por las incrustaciones de las paredes. Altas columnillas, que parecían delgadas cañas, sustentaban la bóveda de las cúpulas, decoradas con relieves imitando las estalactitas de las grutas.

Había surtidores de agua en las salas, mosaicos en los patios, tabiques festoneados, mil primores de arquitectura, y tal silencio por doquiera, que se oía el roce de una gasa ó el eco de un suspiro.

Julián no hacía ya la guerra. Descansaba rodeado de un pueblo tranquilo, y todos los días pasaba ante sus ojos ingente multitud con mil genuflexiones y besamanos á la oriental.

Vestido de púrpura, permanecía de codos en el alfeizar de una ventana, recordando las cacerías de otros tiempos; y hubiese querido correr por el desierto tras las gacelas y los avestruces, hallarse apostado entre bambúes en acecho de los leopardos, atravesar bosques llenos de rinocerontes, escalar la cima de los montes más inaccesibles para apuntar mejor á las águilas, y lidiar con los osos blancos sobre los hielos del mar.

Á veces se veía en sueños, como nuestro padre Adán en medio del Paraíso, entre todos los animales; dábales muerte con sólo alargar el brazo; ó bien desfilaban de dos en dos por orden de tamaño, desde los elefantes y los leones hasta los armiños y los patos, como el día en que entraron en el arca de Noé. Á la sombra de una caverna lanzaba sobre ellos certeras jabalinas; otros ocupaban al punto su puesto; era cuento de no acabar; y se despertaba revolviendo ferozmente los ojos.

Lo invitaron á cazar príncipes amigos suyos. Siempre rehusó, creyendo conjurar su desgracia con esta especie de penitencia; porque le parecía que de la muerte de los animales dependía la suerte de sus padres. Pero sufría por no verlos, y su otro deseo se hacía insoportable.

Su mujer, para distraerlo, mandó llamar juglares y bailarinas.

Paseábase con él por el campo en litera abierta; otras

veces, echados al borde de un esquife, miraban vagar los peces por el agua, límpida como el cielo. Ella solía tirarle flores á la cara ; sentada á sus pies, tocaba melodías en una mandolina de tres cuerdas ; por fin, poniéndole las dos manos unidas sobre un hombro, le decía con tímido acento :

—¿Qué tenéis, querido señor?

Él no respondía, ó prorrumplía en sollozos. Finalmente, un día confesó su horrible pensamiento.

Ella lo combatió, razonando muy bien : sus padres habrían muerto probablemente ; y si alguna vez volviese á verlos, ¿por qué azar ni con qué fin llegaría á semejante abominación? Así, pues, sus temores eran infundados, y debía reanudar la caza.

Julián sonreía oyéndola, pero no se decidía á satisfacer su deseo.

Una noche del mes de Agosto estaban en su cuarto. Ella acababa de acostarse, y él se arrodillaba para rezar, cuando oyó el gañido de un zorro, luego pisadas leves debajo de la ventana, y entrevió en la sombra como apariencias de animales. La tentación era demasiado fuerte. Descolgó el carcaj.

La joven pareció sorprendida.

—¡Es por obedecerte! (dijo Julián.) Á la salida del sol estaré de vuelta.

La mujer, sin embargo, temía una desgracia.

Él la tranquilizó, saliendo luego asombrado de su consecuencia.

Poco tiempo después entró un paje anunciando que dos desconocidos necesitaban ver inmediatamente á la señora, á falta del señor.

Y acto continuo entraron en la estancia un viejo y una vieja, encorvados, llenos de polvo, vestidos de lienzo, y apoyándose cada uno en un báculo.

Después de rehacerse, dijeron que llevaban á Julián noticias de sus padres.

La mujer se inclinó para oírlos.

Pero los ancianos, dirigiéndose una mirada de inteli-

gencia, le preguntaron si el hijo seguía queriéndolos, si hablaba de ellos algunas veces.

—¡Oh, sí!—contestó ella.

Entonces exclamaron:

—¡Pues bien! ¡Somos nosotros!

Y, sintiéndose rendidos de fatiga, se sentaron.

Nada garantizaba á la joven que su esposo fuese hijo de aquellos viejos.

Ellos dieron la prueba, describiendo determinadas señales que Julián tenía en la piel.

La mujer saltó de la cama, llamó á su paje, y se les sirvió de comer.

Por más que tenían mucha hambre, apenas podían probar bocado; y la joven observaba á hurtadillas el temblor de sus manos huesosas al tomar los cubiletes.

Hicieron mil preguntas sobre Julián. Ella respondía á todas, pero cuidándose de callar la idea fúnebre del hijo tocante á los padres.

Estos habían partido de su castillo, al ver que no volvía Julián, y andaban caminando años hacía, guiados por vagas indicaciones, sin perder la esperanza. Tuvieron que gastar tanto dinero para pago de pontazgos y hosterías, por derechos de los príncipes y exigencias de los ladrones, que su bolsa quedó exhausta, y á la sazón iban mendigando. Pero ¿qué importaba, puesto que no tardarían en abrazar á su hijo? Ponderaban su suerte por tener una mujer tan preciosa, y no se cansaban de contemplarla y de besarla.

Mucho les asombraba la riqueza de la mansión; y el viejo, después de examinar las paredes, preguntó por qué estaba allí el blasón del emperador de Occitania.

La mujer respondió:

—Es mi padre.

Estremecióse el anciano, recordando la predicción del Bohemio, mientras la vieja pensaba en las palabras del Ermitaño. Sin duda la majestad de su hijo no era más que la aurora de los esplendores eternos; y los dos per-

manecían absortos á la luz del candelabro que iluminaba la mesa.

Los viejos debieron ser muy guapos en su juventud. La madre conservaba aún todo el pelo, cuyos finos rizos, semejantes á copos de nieve, le caían hasta la parte inferior de las mejillas; y el padre, con su alta estatura y su luenga barba, parecía una estatua de iglesia.

La mujer de Julián les instó para que no lo esperasen. Los acostó ella misma en su cama, cerró la ventana, y se durmieron. Rayaba el día, y los pajarillos empezaban á cantar detrás de las vidrieras.

Julián había atravesado el parque y andaba por el bosque con paso nervioso, gozando de la blandura del césped y de la suavidad de la atmósfera.

Las sombras de los árboles se extendían sobre el musgo. Á veces la luna producía blancas manchas en los claros del bosque, y Julián vacilaba en seguir, creyendo ver un charco de agua; otras veces la superficie de los tranquilos pantanos se confundía con el color de la hierba. Por doquier reinaba un gran silencio, y el cazador no descubría ninguna de las alimañas que pocos minutos antes rondaban alrededor del castillo.

El bosque se espesaba; la obscuridad se hacía profunda. Cruzaban bocanadas de aire cálido, impregnadas de aromas embriagadores. Julián se hundía en hacina- mientos de hojas secas. Se recostó en una encina para tomar aliento un instante.

De pronto saltó á su espalda una masa más negra, un jabalí. No tuvo tiempo de coger el arco, y se apesadumbró como si le hubiese ocurrido una desgracia.

Luego, saliendo del bosque, divisó un lobo que corría á lo largo de un seto.

Le disparó una flecha. Paróse el lobo, volvió la cabeza para mirarlo, y tornó á emprender la fuga. Corría guardando siempre la misma distancia; de cuando en cuando se detenía, y no bien lo apuntaba el arco, reanudaba su carrera.

Julián recorrió de esa suerte una llanura interminable,

después montículos de arena, y últimamente se encontró en una meseta que dominaba un dilatado espacio. Vió algunas piedras planas diseminadas entre bóvedas ruinosas. Tropezaba con huesos de muertos; de trecho en trecho se inclinaba con aspecto lastimoso una cruz carcomida. En la sombra de las tumbas se rebulleron formas vagas: eran hienas que salían espantadas y jadeantes. Haciendo rechinar las uñas sobre las losas, se llegaron á él y lo husmearon, desencajándose las quijadas con un bostezo que puso al descubierto sus encías. Julián desenvainó el sable. Las hienas partieron á la vez en todas direcciones, y siguiendo su galope cogitrancó y precipitado, se perdieron á lo lejos en una nube de polvo.

Una hora después encontró en un barranco un toro furioso en actitud de acometer y escarbando la arena. Julián le asestó una lanzada en el pecho, pero la lanza se hizo astillas, como si el animal hubiese sido de bronce. Entonces cerró los ojos, aguardando la muerte. Cuando los volvió á abrir, el toro había desaparecido,

Le flaqueó el ánimo de vergüenza. Un poder superior destruía su energía; y, resuelto á volverse, entró en el bosque.

El bosque estaba obstruido de plantas trepadoras, é iba cortándolas con el sable, cuando de repente se deslizó por entre sus piernas una garduña; una pantera dió un brinco por encima de su hombro, y una serpiente subió en espiral alrededor de un fresno.

Había en el follaje una chova monstruosa que miraba á Julián, y por doquiera aparecieron entre las ramas innumerables chispas como si el firmamento hubiese derramado en el bosque todas sus estrellas. Eran ojos de animales—de gatos monteses, de ardillas, de buhos, de loros, de monos.

Julián disparó contra ellos sus flechas; las flechas, con sus plumas, se posaban en las hojas como mariposas blancas. Les tiró piedras; las piedras volvían á caer sin tocar á ninguno. Se maldijo; hubiera querido pegarse; aulló imprecaciones; se ahogaba de ira.

Y todos los animales que había perseguido se le aparecieron de nuevo, formando un estrecho círculo en torno suyo. Unos estaban sentados sobre las ancas, otros muy erguidos. Él permanecía en medio, helado de terror, incapaz del más mínimo movimiento. Con un esfuerzo supremo de voluntad dió un paso; los que estaban posados en los árboles abrieron las alas, los que hollaban el suelo alzaron sus extremidades, y todos lo seguían.

Las hienas iban delante de él; el lobo y el jabalí detrás. El toro balanceaba la cabeza á su derecha, y la serpiente ondulaba por la hierba á su izquierda, al paso que la pantera, combando el lomo y escondiendo las uñas, iba dando zancadas. Él avanzaba con la mayor lentitud posible para no irritarlos, y veía salir de las profundidades de la espesura puercoespines, zorros, víboras, chacales y osos.

Julián apretó á correr; ellos corrieron. La serpiente silbaba; las alimañas hediondas babeaban. El jabalí le rozaba los talones con los colmillos, y el lobo la palma de la mano con los pelos del hocico. Los monos lo pellizcaban haciendo gestos; la garduña se enroscaba á sus pies. Un oso le quitó el sombrero de una manotada, y la pantera dejó caer desdeñosamente una flecha que llevaba en la boca.

El proceder ladino de aquellos animales respiraba ironía. Espiándolo con el rabillo del ojo, parecían meditar un plan de venganza; y él, aturdido por el zumbido de los insectos, fustigado por las colas de las aves, sofocado por los alientos, marchaba con los brazos caídos y los párpados cerrados como un ciego, sin tener fuerzas siquiera para pedir merced.

Vibró en los aires el canto de un gallo; otros respondieron. Llegaba el día, y Julián distinguió más allá de los naranjos la techumbre de su castillo.

Después vió á orillas de un campo, á tres pasos de distancia, rojas perdices que andaban por los rastrojos. Se desabrochó el capote, y lo tendió sobre ellas como

una red. Al levantarlo, no encontró más que una, y muerta hacía tiempo, podrida ya.

Esa decepción lo exasperó más que todas las pasadas. Volvía á dominarlo su sed de carnicería, y, á falta de animales, hubiese querido matar hombres.

Subió las tres terrazas, y hundió la puerta de un puñetazo; pero, al pie de la escalera, aplacó su corazón el recuerdo de su querida mujer: dormía sin duda é iba á sobresaltarla.

Se quitó las sandalias, dió vuelta con cuidado á la llave, y entró.

Los vidrios emplomados oscurecían la palidez del alba. Julián se enredó los pies en ropas que había por el suelo; un poco más adelante tropezó con una credencia cargada aún de vajilla. «Habrá comido algo seguramente», se dijo; y avanzaba hacia la cama perdido en las tinieblas del fondo del cuarto. Cuando estuvo al borde, inclinóse, para besar á su mujer, sobre la almohada en donde reposaban las cabezas de los dos ancianos. Entonces sintió en la boca la impresión de unas barbas.

Retrocedió creyendo volverse loco; pero tornó á acercarse al lecho, y, palpando otra vez, tocó unos pelos largos. Para cerciorarse de su error, pasó la mano por la almohada lentamente. Ya no cabía duda: ¡era una barba! ¡era un hombre! ¡un hombre acostado con su mujer!

Dando rienda suelta á su cólera, se precipitó sobre ellos á puñaladas, pataleando, echando espumarajos y aullando como una fiera. Al fin se detuvo. Los viejos no se habían movido siquiera; tenían atravesado el corazón. Él escuchaba atentamente los dos estertores casi iguales, y, á medida que se apagaban, los sucedía á lo lejos una voz lastimera. Indistinta al principio, esa voz quejumbrosa de acentos prolongados fué acercándose; cobró intensidad, y adquirió un carácter cruel. Reconoció aterrado el bramido del monstruoso ciervo negro.

Y volviéndose, creyó ver en el marco de la puerta el fantasma de su mujer con una luz en la mano.

El ruido del asesinato la había atraído. Á una ojeada

lo comprendió todo, y, huyendo despavorida, dejó caer la luz.

Él la recogió.

Tenía delante á sus padres, tendidos boca arriba, con un agujero en el pecho; sus semblantes, de una dulzura majestuosa, parecían como guardar un secreto eterno. En su blanco cutis, sobre las sábanas de la cama, por el suelo y á lo largo de un Cristo de marfil colgado en la alcoba, se veían salpicaduras y charcos de sangre. El reflejo purpúreo de la vidriera, herida entonces por el sol, iluminaba esas manchas rojas, y las multiplicaba por toda la estancia. Julián avanzó hacia los dos muertos, diciéndose y queriendo creer que no era posible, que se había engañado, que á veces se encontraban semejanzas inexplicables. Finalmente, se bajó un poco para ver de cerca al anciano, y por entre los párpados mal cerrados distinguió una pupila apagada que lo quemó como fuego. Luego se fué á la parte opuesta de la cama, ocupada por el otro cadáver, cuyos blancos cabellos ocultaban una parte del rostro. Julián le pasó los dedos por debajo de los rizos, levantó la cabeza.... y la miraba, al extremo de su rígido brazo, alumbrándose con la luz que en la otra mano sostenía. El colchón empapado rezumaba, y, una á una, iban cayendo gotas en el suelo.

Al final del día Julián se presentó delante de su mujer, y, con una voz que no parecía la suya, le mandó que no le respondiese, que no se le acercase, que no lo mirase siquiera, y que, so pena de condenación, siguiese todas sus órdenes, que eran irrevocables.

Los funerales se harían según instrucciones que dejaba por escrito sobre un reclinatorio en la cámara mortuoria. Legaba á su mujer el palacio, los vasallos, todos los bienes, sin conservar siquiera la ropa puesta ni las sandalias, que se encontrarían en lo alto de la escalera.

Ella había obedecido la voluntad de Dios ocasionando su crimen, y debía rezar por el alma de él, puesto que en adelante ya no existía.

Enterróse á los muertos con magnificencia en la igle-

sia de un monasterio que había á tres jornadas del castillo. Un monje, con la capucha echada, siguió el cortejo, lejos de todos los demás, sin que nadie se atreviese á hablarlo.

Durante la misa permaneció de bruces en medio del portal, con los brazos en cruz y restregando el polvo con la frente.

Después del entierro se le vió tomar el camino que llevaba á las montañas. Se volvió varias veces, y acabó por desaparecer.

III.

Se fué por esos mundos mendigando su subsistencia.

Alargaba la mano á los jinetes que encontraba en los caminos; se aproximaba á los segadores haciendo genuflexiones, ó se quedaba inmóvil á la entrada de los patios; y su cara revelaba tanta tristeza, que jamás se le negaba la limosna.

Por espíritu de humildad contaba su historia, y entonces todos huían, haciendo la señal de la cruz. En las aldeas por donde ya había pasado, no bien lo reconocían, cerraban las puertas, proferían amenazas y lo apedreaban. Los más caritativos ponían una escudilla en el borde de su ventana, y luego cerraban las maderas para no verlo.

Rechazado de todas partes, evitó la gente y se alimentó de raíces, de plantas, de frutos desperdiciados y de mariscos que á lo largo de las playas cogía.

Á veces, al volver de una cuesta, veía á sus pies una confusión de tejados apiñados, con chapiteles de piedra, puentes, torres y calles sombrías entrecruzadas, desde donde subía hasta él un continuo zumbido.

La necesidad de confundirse con sus semejantes lo impulsaba á bajar á la ciudad: pero la expresión bestial de las caras, el estrépito de los talleres y la indiferencia

de las conversaciones le helaban el corazón. Los días de fiesta, cuando el bordón de las catedrales llevaba la alegría desde la aurora al pueblo entero, miraba á los habitantes salir de sus casas, veía los bailes de las plazas, las fuentes de cerveza de las encrucijadas, las colgaduras de demasco delante de la morada de los Príncipes, y, llegada la noche, al través de las vidrieras de los pisos bajos, las largas mesas de familia, donde había abuelos que tenían nietecillos en las rodillas; lo ahogaban los sollozos, y se volvía hacia el campo.

Contemplaba con transportes de cariño los potros de las praderas, los pájaros en sus nidos y los insectos posados en las flores; pero todos, á su aproximación, corrían más lejos, se ocultaban asustados, huían veloces.

Buscó las soledades. Pero el viento llevaba á su oído como estertores de agonía; las lágrimas de rocío que caían al suelo recordábanle otras gotas más densas y pesadas; el sol derramaba sangre en las nubes todas las tardes; y todas las noches se renovaba en sueños su parricidio.

Se hizo un cilicio con pinchos de hierro. Subió arrodillado todas las colinas en cuya cumbre se alzaba una capilla. Pero el cruel pensamiento oscurecía el esplendor de los tabernáculos, y lo torturaba en medio de las maceraciones de la penitencia.

No se rebelaba contra Dios, que le había impuesto aquel crimen, y, sin embargo, lo desesperaba haber podido cometerlo.

Su propia persona le daba tal horror, que la exponía á mil peligros, con la esperanza de verse libre de ella. Sacó paralíticos de incendios, salvó niños del fondo de los abismos; pero el abismo lo despedía, y las llamas lo respetaban.

El tiempo no calmó sus sufrimientos. Se hacían intolerables. Resolvió morir.

Y un día que se encontraba al borde de una fuente, como se inclinase por encima para juzgar de la profundidad del agua, vió aparecer enfrente de él un viejo des-

carnado, de barba blanca y de un aspecto tan mísero, que le fué imposible contener las lágrimas. También lloraba el otro. Sin reconocer su imagen, recordaba Julián confusamente una cara parecida á aquélla. Lanzó un grito : era su padre ; y no pensó en matarse ya.

De esa suerte, cargado con el peso de su recuerdo, recorrió muchos países, y llegó junto á un río cuya travesía era peligrosa á causa de la violencia de la corriente y por haber en las orillas vastos cenagales. Hacía mucho tiempo que nadie osaba atravesarlo.

Una barca vieja, hundida en el cieno por la popa, alzaba la proa entre las cañas. Examinándola Julián, descubrió un par de remos, y le asaltó la idea de consagrar su vida al servicio de sus semejantes.

Empezó por habilitar en el ribazo una á modo de calzada que permitiese bajar hasta el cauce. Al efecto, levantaba pedruscos enormes, destrozándose las uñas ; los transportaba apoyándolos en el vientre ; resbalaba en el cieno, se hundía en él, y estuvo á punto de perecer varias veces.

Hecho esto, compuso la barca con despojos de navíos, y se arregló una chocita de barro y troncos de árboles.

Conocida la existencia del pasaje, acudieron pasajeros. Lo llamaban desde la orilla opuesta agitando cualquier cosa flotante ; Julián saltaba á la barca incontinenti. Era la barca muy pesada, y la cargaban con exceso de equipajes y fardos de todas clases, amén de las caballerías que, dando coces, espantadas, aumentaban la confusión. El barquero no pedía nada por su trabajo ; algunos le daban sobras de vituallas que sacaban del zurrón ó ropas de desecho. Los hombres groseros vociferaban blasfemias. Julián los reprendía con dulzura, y ellos le contestaban con insultos. Se limitaba á bendecirlos.

Una mesita, un taburete, una cama de hojas secas y tres copas de barro componían en junto todo su ajuar. Dos agujeros de la pared hacían oficio de ventanas. Por

un lado se extendían, hasta perderse de vista, áridas llanuras, sembradas á trechos de pálidos estanques; frente á él corrían las ondas verdosas del caudaloso río. En primavera la tierra húmeda olía á podredumbre. Después se desencadenaba un furioso viento que levantaba remolinos de polvo, y el polvo se colaba por todas partes, encenagaba el agua y se mascaba en la boca. Un poco más tarde tocaba la vez á nubes de mosquitos, cuyo zumbido y cuyas picaduras no cesaban ni de día ni de noche. Luego venían heladas atroces que daban á todas las cosas la rigidez de las peñas, y á los estómagos un ansia loca de carne.

Transcurrían meses sin que Julián viese un alma. A veces solía cerrar los ojos, esforzándose en volver á los días de su juventud en alas de la memoria; y surgía en su imaginación el patio de uncastillo, con lebreles en una escalinata, servidumbre en la sala de armas, y, bajo la bóveda de una parra, un adolescente de blonda cabellera entre un anciano envuelto en pieles y una dama de amplio tocado; de pronto aparecían los dos cadáveres. Entonces se tiraba boca abajo en el lecho de hojas, y repetía llorando:

—¡Ah, pobre padre! ¡Pobre madre! ¡Pobre madre mía!

Y caía en un sopor, durante el cual proseguían las fúnebres visiones.

Una noche, estando durmiendo, creyó que lo llamaban. Se puso á escuchar, y no oyó más que el mugido de la corriente.

Pero la misma voz volvió á repetir:

—¡Julián!

Llegaba de la otra orilla, cosa que le pareció extraordinaria, atendida la anchura del río.

Por tercera vez llamaron:

—¡Julián!

Y esa voz alta tenía el metal de una campana de iglesia.

Encendió el farol, y salió de la choza. Un huracán

furibundo se enseñoreaba de la noche. Las tinieblas eran profundas, y aparecían desgarradas acá y allá por la blancura de las olas que saltaban del río.

Después de un minuto de vacilación, Julián soltó la amarra. Inmediatamente las aguas se sosegaron, deslizóse la barca sobre su superficie, y llegó al ribazo opuesto, donde aguardaba un hombre.

Estaba cubierto con un lienzo hecho jirones; su cara parecía una mascarilla de yeso, y tenía los ojos más encendidos que un ascua. Acercando el farol, notó Julián que estaba lleno de una asquerosa lepra, y, á pesar de todo, había en su actitud algo como la majestad de un rey.

En cuanto entró el leproso, hundióse la barca de una manera increíble, aplastada por su peso; una sacudida la puso á flote, y Julián empezó á remar.

Á cada remada, la resaca del oleaje levantaba la proa. El agua, más negra que la tinta, corría con furia por los dos costados del bordaje. Abría abismos, alzaba montañas, y la chalupa tan pronto saltaba por lo alto como se hundía en lo hondo dando vueltas, bazuqueada por el viento.

Julián inclinaba el cuerpo, abría los brazos, y afianzando los pies se echaba hacia atrás, doblando la cintura, para hacer más fuerza. El granizo le acribillaba las manos; la lluvia le corría por la espalda; lo ahogaba la violencia del viento; se detuvo. La barca derivó entonces á merced de la corriente. Pero, comprendiendo que se trataba de una cosa de entidad, de una orden que era imposible desobedecer, volvió á empuñar los remos, y el crugiente ludir de los escálamos cortaba el clamor de la tempestad.

Delante de él lucía el farolillo. Á veces lo ocultaban aves que pasaban revoloteando; pero Julián veía siempre las pupilas del leproso, que, en pie sobre la popa, permanecía inmóvil como una columna.

¡Y así continuaron durante mucho, muchísimo tiempo!

Llegados que fueron á la choza, Julián cerró la puerta, y vió á su huésped sentado en el escabel. La especie

de sudario que lo cubría se le había bajado hasta las caderas ; y los hombros , el pecho , los descarnados brazos desaparecían bajo placas de pústulas escamosas. Enormes arrugas surcaban su frente. En el sitio de la nariz tenía una caverna , no de otra suerte que si hubiese sido un esqueleto ; y la boca de azulados labios exhalaba un aliento nauseabundo , tan denso como una niebla.

— ¡ Tengo hambre ! — dijo.

Julián le dió lo que tenía : un trozo de tocino añejo y unos mendrugos de pan negro.

Cuando acabó de devorarlos , la mesa , la escudilla y el mango del cuchillo ostentaban las mismas manchas que se veían en su cuerpo.

Á poco dijo :

— ¡ Tengo sed !

Julián fué por el cántaro , y , al tiempo de cogerlo , salió de su interior un aroma que dilataba el corazón y la nariz. Era vino : ¡ qué hallazgo ! Pero el leproso alargó el brazo , y de un trago vació el cántaro entero.

Luego añadió :

— ¡ Tengo frío !

Julián prendió fuego á un haz de helechos en medio de la choza.

El leproso se acercó á calentarse , y , acurrucado en cuclillas , temblaba de pies á cabeza ; no podía tenerse ; sus ojos perdían el brillo ; las úlceras supuraban , y , con voz apenas perceptible , murmuró :

— ¡ Tu cama !

Julián lo ayudó solícitamente á arrastrarse hacia el lecho de hojas , y le echó encima , para abrigarlo , la vela de la barca.

El leproso gemía. Las comisuras de los labios dejaban al descubierto los dientes , un estertor precipitado agitaba su pecho , y el vientre se hundía hasta las vértebras á cada aspiración.

Cerró los párpados.

— ¡ Parece que me echan hielo en los huesos ! ¡ Acércate á mí !

Julián, apartando la lona, se tendió en las hojas secas, pegado á su carne.

El leproso volvió la cabeza.

—¡Desnúdate para que me dé el calor de tu cuerpo!

Julián se despojó de la ropa, y, desnudo como el día que nació, volvió á echarse en la cama, sintiendo en el muslo el contacto de la piel del leproso, más fría que la de una culebra y más áspera que una lima.

Procuraba darle ánimos, y el otro respondía anhelante:

—¡Ah! ¡Voy á morir!.... ¡Acércate! ¡Calientame! ¡No; con las manos no! ¡Con todo tu cuerpo!

Julián se echó cuan largo era encima de él, boca con boca, pecho con pecho.

Entonces el leproso lo estrujó; sus ojos adquirieron de repente el brillo de las estrellas; se alargaron sus cabellos como los rayos del sol; el aire que salía de sus narices tenía el suave aroma de las rosas; subió de la hoguera una nube de incienso; las ondas cantaban. Entretanto, el alma transportada de Julián se inundaba de una oleada de delicias, de un goce sobrehumano; y aquel cuyos brazos lo estrechaban, crecía y crecía sin cesar hasta tocar con la cabeza y los pies las paredes opuestas de la cabaña. Voló la techumbre, desarrollóse el firmamento, y Julián subió hacia las regiones azules, cara á cara con Nuestro Señor Jesucristo, que lo arrebató al cielo.

Y esta es la historia de San Julián el Hospitalario, tal y como se ve, sobre poco más ó menos, en las vidrieras de una iglesia de mi país.

GUSTAVO FLAUBERT.

:

ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

I.

No me entusiasma mucho el talento de Alejandro Dumas. Es un escritor, demasiado encumbrado, de mediano estilo, y cuya concepción estrechan las teorías más extrañas. Opino que la posteridad ha de ser dura con él. Se le ha erigido un pedestal demasiado alto, cosa á que no pueden avenirse los espíritus rectos ; y todavía se le podría conceder un puesto honrosísimo, si sus furibundos admiradores no os quitasen las ganas de ser justos con él. Hay que prevenirse, sin embargo, contra toda parcialidad de crítica. Al fin y á la postre, Dumas es el autor que habría trasladado mayor suma de realidad á la escena, á no empeñarse en violentar la verdad para amoldarla á los sistemas más caprichosos.

Procuraré ser absolutamente justo en la crítica que sigue, dejando á un lado mis antipatías literarias. Trátase de la *Condesa Romani*, obra de Gustavo Fould, que Dumas rehizo completamente, y de la cual se hallaba tan contento en los ensayos, según me dicen, que hubo un instante en que estuvo á punto de firmarla con su verdadero nombre. Se decidió por el pseudónimo transparente de Gustavo de Jalin. Me creo, pues, autorizado para no hablar en esta ocasión sino de Alejandro Dumas.

He aquí el asunto expuesto lo más brevemente posible. Una trágica de Florencia, Cecilia, se casa con el joven conde Romani, que la adora. Pero, después de casada, sigue siendo la mujer de teatro, una aventurera del arte y del corazón. Engaña á su marido, y admite las fortunas que le ofrecen, sin el menor escrúpulo. Luego, encontrándose arruinado el conde, lo convence para que la deje volver á las tablas. Y el día de un ensayo general, al disponerse á entrar en escena, estalla el drama en su mismo cuarto: el marido se entera de su traición. Lo peor de todo es que al día siguiente de la falta, el marido mismo fué á pedir cincuenta mil pesetas al hombre á quien se había entregado su mujer; de modo que toda aquella vergüenza recae sobre su persona. Entonces, no pudiendo resolverse á matarla, se da una puñalada á su vista en el momento en que la culpable atraviesa el umbral del cuarto que él le había prohibido franquear. Naturalmente, cura de esa herida; se va con su madre la condesa; y Cecilia, una vez sola, después de querer envenenarse, se siente poseída de nuevo por la pasión de las tablas. Representará al día siguiente la tragedia que hubo de aplazarse por el conato de suicidio de su marido.

Ahora, conocida la acción general, me será más fácil discutir la obra acto por acto. Como se ve, no hay más que dos papeles. El del marido ha podido salvarse gracias á la interpretación apasionada y sobria de Worms; pero, á pesar de eso, no deja de ser espinoso, y hasta algo ridículo. Sólo el papel de Cecilia podía adquirir asombroso relieve y extraordinaria vitalidad; allí había materia sin duda para una gran creación. Ahora bien: precisamente lo que á mí me duele es que esté mal dibujada esa figura, con tal sobra de crudeza por una parte, y tal indecisión de contornos por otra, que el espectador no sabe nunca á qué atenerse.

Estamos en el primer acto, en casa de la condesa Romani. Al alzarse el telón se ofrece un golpe de vista original: un salón lleno de espectadores, sentadas las señoras, los hombres de pie, todos vueltos hacia una galería

lateral, y escuchando una tragedia,—la *Fornarina*,—cuyo principal papel desempeña la misma Condesa. Contribuyen al desarrollo de la exposición las noticias que suministra un cómico, Toffolo, el maestro de Cecilia, y especialmente las murmuraciones de las señoras, que, asistiendo á una función de beneficio y habiendo pagado sus asientos, se creen autorizadas para morder de lo lindo á la dueña de la casa. Así nos enteramos de que la *Fornarina* debe representarse de allí á poco en un teatro de Florencia, pero que es muy dudoso el éxito, si la Condesa no consiente en reaparecer en las tablas. Nos enteramos también de que circulan rumores de la peor especie sobre la antigua actriz; sólo que, como la defiende una baronesa, la mujer misma del Barón que pasa por amante de Cecilia, no sabemos á ciencia cierta qué pensar. De toda esa primera exposición lo único que se saca en limpio es que la gente es muy maldiciente.

Más adelante, cuando llega al fin la Condesa y recibe las felicitaciones de las señoras que no ha mucho la despellejaban, media una breve escena entre ella y el Barón, un cuchicheo rápido, por el cual se adivina que hay, en efecto, inteligencias, y no sólo eso, sino que toman un cariz alarmante. Pero todo aquello es tan brusco, tan poco explícito, tan enigmático, que no para uno mientes todo lo que sería menester. La última escena del acto, en la cual suplica la Condesa á su marido que le permita representar la *Fornarina*, dejándole entrever la posibilidad de recobrar de ese modo la fortuna que ella le ha comido, adquiere entonces una importancia extraordinaria. Aquella mujer parece adorar á su marido tanto como él la adora. Verdad es que le dice que hubiese debido tomarla por concubina mejor que por mujer; pero en eso no se ve otra cosa que un exceso de pasión. Cuando cae el telón, seguimos sin conocerla, inclinándonos á pensar que es una criatura buenísima.

Estimo, pues, el primer acto pesado y confuso, porque todo él se pierde en medio de un chismorroteo, que oscurece la acción. Aun dando de barato que el autor

apeteciese dejar ese enigma, debía entonces acentuarlo más, basando en él el interés de la exposición dramática. La figura de Cecilia no interesa, porque flota entre nieblas. Se sabe demasiado de esa mujer, y no se sabe lo bastante.

El segundo acto es el mejor sin disputa. Pasa en el cuarto de la actriz. Le han valido su gran éxito desde el principio escenas episódicas muy graciosas. La cómica, cuyo papel toma Cecilia, una mala pécora llamada Martuccia, entra furiosa, y pone de oro y azul á su colega tan donosamente, en un lenguaje tan natural y vivo, que el teatro ríe de ganas. Hay, además, un tipo de actor muy afortunado, el cómico Filippopoli, que presume poseer «la lágrima», y que tiene pretensiones trágicas, á despecho de sus narices, célebres por su facha grotesca. También hay que citar un principillo ruso que se empeña bizarramente en un duelo por los bellos ojos de Cecilia.

El drama á su vez se agranda y precisa. Martuccia, por vengarse, ha hecho publicar en un periódico, *Il Pasquino*, la historia de los amoríos de la Condesa y el Barón, y del préstamo de cincuenta mil pesetas al marido. La misma Baronesa es quien da al Conde un número del periódico, dejándolo á solas con su mujer. Todo eso está manejado con mucha habilidad y energía. Cecilia acaba de vestirse, estudia un corte y va á entrar en escena, cuando el Conde, anonadado por la infame historia, le pregunta si es verdad todo aquello. La mujer contesta redondamente que sí; no sabe ya si amaba á su marido; lo que sabe es que no amaba al Barón, y que se ha entregado por capricho. Y como está de prisa, arroja un puñal al Conde, diciéndole en substancia: «Ó mátame ahora mismo, ó no me hagas retrasar la salida». Ya he indicado cómo él se hería á sí propio.

El lance es violento y debía impresionar. He aquí, pues, á Cecilia desenmascarada y enderezando todo un parlamento para declarar que el único amante de las actrices es el público. Recuerda su origen, la época en que andaba descalza por los caminos, la vida de capri-

chos y de promiscuidades que llevaba. Todo eso ha conducido al suicidio de un hombre honrado, á quien nadie compadece, porque no lucha en medio de su deshonor.

Pues, á pesar de las explicaciones, á pesar de la cruda luz que cae de lleno sobre Cecilia, en el tercer acto reaparece el enigma, desorientando de nuevo á los espectadores. El Conde está restablecido, y su madre quiere llevárselo. Tiene una explicación con su mujer, en la cual se nos presenta como un ente originalísimo, como un razonador empecatado, que establece distinciones entre el hombre, el cristiano y el marido. Á la postre se separan, cambiando un adiós eterno. Adviértase que la Condesa ha demostrado la adhesión de un perro leal durante la enfermedad de su marido, que solloza y se arrastra á sus pies como mujer transformada por el remordimiento; así que no se sorprende uno cuando habla de envenenarse después de la partida del Conde. Hace sus preparativos; le escribe una carta de despedida; se cree á pies juntillas que va á matarse. Pero ante una simple argumentación de Toffolo, comprende que acaba de forjarse un drama para su uso, y exclama: «¡Mañana trabajo!»

No es un desenlace vulgar ciertamente, como yo me lo temía, porque temblaba á la idea de que la carta fuese una indigna triquiñuela. El desenlace lógico, á no dudar, el único verdadero, es ése: Cecilia debe volver á las tablas. La comedia misma del suicidio no me disgusta; hubiese podido ser de una gran originalidad. El mal está en que no se ve bien que se trata de un «embalaje» de artista—permítaseme la palabra, por ser la única que traduce bien mi pensamiento.—Sería preciso que Cecilia estuviese muy convencida, y que el público pudiese comprender, sin embargo, de qué manera pasan las cosas en su alma. De otro modo, la figura se desvanece, la sorpresa es demasiado viva, y toda la lógica de aquella historia es paradójica. La primera noche hubo evidentemente espectadores que se quedaron perplejos y mal impresionados.

Tan cierto es eso, que á mí me chocó mucho un monólogo de Cecilia después de la marcha de su marido. Permanece un instante con la cabeza entre las manos, y de repente se pone á hablar de Otelo, de Shakespeare, del corazón humano. Todo lo cual me parecía singularísimo en aquel instante. Luego eché de ver que Alejandro Dumas había querido indicar de ese modo que el drama de la separación pasaba en la cabeza más que en el corazón de la Condesa. Tengo el convencimiento absoluto de que eso no basta. Habría hecho falta otra cosa. Se oyen muchos discursos, pero no se ven hechos. Á existir hechos que hubiesen traído el desenlace, el desenlace habría adquirido grandes proporciones. Tal como aparece, el tercer acto aburre y asombra, ni más ni menos.

Ahora puedo concluir. Sé perfectamente qué clase de temperamento femenino ha querido presentar en escena Alejandro Dumas: una artista entregada por entero al público, una artista cuyos sentimientos ha pervertido el medio en que vive, que representa el amor, la felicidad, la honradez, hasta la muerte, pero sin dejar de ser nunca la niña vagabunda de los caminos reales. Esa mujer causa la desgracia de un hombre caballeroso, cuyo único pecado es haberla tomado en serio, y á eso se reduce el drama. Cecilia aparece poseída de todos los papeles que se representa á sí propia, lo cual la eleva á mis ojos sobre el vulgaridad común: es una actriz de genio. Tanto peor para los locos que quieran convertirla en una mujer honesta. Pero si acepto ese temperamento, creo que resulta fallido en la *Condesa Romani*, que está mal presentado y mal concluido, toda vez que sale de la sombra para volver á ella, después del golpe de luz del acto segundo. Alejandro Dumas, á quien se proclama tan hábil, no ha sabido sacar todo el partido posible de semejante creación.

Y ved el lado flaco del observador cuya perspicacia tanto se encomia. No puede inventar una figura sin transformarla al punto en un tipo general. Para él, Cecilia no es una mujer de cierto temperamento, sino la mujer de

teatro, y el autor deja entrever que todas las que pisan las tablas son como ella. Eso hace sonreír. Hay actrices de la honradez más acrisolada. De fijo se entablarán polémicas. Habrá quien se amostace, y con razón. Pero eso no hay que atribuirlo á malos sentimientos de Alejandro Dumas, sino á los ojos singulares con que mira el mundo, ojos de lo más falso, que le dejan vislumbrar á veces una punta de verdad, y luego deforman los objetos y abultan sus proporciones sin tasa ni medida.

He de insistir también sobre el lenguaje que emplea Alejandro Dumas. Procede por réplicas interminables que fatigan sumamente la atención. Nada menos vivo que ese diálogo, donde rara vez se encuentran los giros de la conversación corriente. Luego, ¡qué cosa tan deplorable esas frases continuas que prestan á todos los personajes el ingenio del autor! Bastarían por sí solas para caracterizar el talento de Alejandro Dumas. ¿Por ventura Corneille, por ventura Molière hacían frases? Los maestros proceden con más desenvoltura. Y nótese que casi todas las frases de la *Condesa Romani* han errado la puntería. Apenas si circularán por los periodiquillos dos ó tres. Para acabar, ¿á qué santo viene esa manía de fabricar un personaje ruso, añadiendo al fin de todas las frases la conjunción *pues*? Jamás han abusado así los rusos de semejante *pues*. Eso recuerda la manera que tienen los folletinistas de vigésimo orden de aderezar españoles con mucho ¡*caramba!* é italianos con mucho ¡*povero!*

En resumen: Alejandro Dumas es un autor de energía y de talento, que estropea muy á menudo con defectos enormes asuntos que sabe plantear con mucha valentía. Obedece á obsesiones, se ahoga en la nube de incienso que sus admiradores levantan en torno de él. La altura exagerada del puesto que ocupa, débese á circunstancias múltiples, entre las cuales figura en primer término esa mezcla de verdad y de paradoja, que convierte cada una de sus obras en un terreno donde cabe batirse indefinidamente.

III.

Vuelvo á encontrar á Dumas con la *Extranjera*, y aquí lo encuentro sólo, y en un terreno que conozco, en un medio que puedo juzgar resueltamente. Ahora me siento libre y á mis anchas.

Dumas ocupa en nuestra literatura dramática un lugar privilegiado, que no basta á explicar su gran talento. Sus éxitos son triunfos, sus menores palabras adquieren una importancia capital. Cuando estampa una imagen en sus obras, v. gr., la comparación que hace en *Demi-Monde*, de los melocotones de quince sueldos con las mujeres averiadas, esa imagen se populariza, por complicada y superficial que sea. Evidentemente Dumas ha nacido con buena estrella. Puede añadirse que la resonancia de sus obras se debe en parte á la forma dramática, al ruido que promueven aquí las cosas del teatro. Pero todas éstas son aún explicaciones insuficientes, porque hay autores dramáticos de tanta valía como él, que están lejos de provocar semejante explosión de entusiasmo á cada paso que aventuran. Forzoso es, pues, buscar otras razones en el talento mismo de Dumas. Por el pronto, no es un artista : escribe de cualquier modo, y esa es una recomendación para el público. En segundo término, se le juzga muy audaz, porque á veces es crudo, y no hay cosa que seduzca tanto á nuestra burguesía como esa pretendida audacia que por punto general acaba en sermón. He ahí el verdadero secreto de los éxitos de Dumas : sabe la cuerda que hay que tocar en la multitud, y se pone al unísono con los espectadores. Notad que en Francia no nos disgusta la paradoja. Cuando Dumas defiende una tesis, hasta los que le quitan la razón saborean el alegato. Falto de verdadera trascendencia filosófica ; circunscrito al problema de las relaciones sociales del hombre y de la mujer, y agitando dentro de

ese dominio las teorías más extrañas ; quedándose siempre á mitad de camino de la verdad ; escribiendo en un estilo que no choca á nadie, y no siendo en sustancia más que un hombre de teatro, es decir, un autor dramático, hábil y conocedor de su oficio, Dumas debía convertirse á la fuerza en ídolo de nuestro público parisiense, que ha encontrado en él el escritor de genio á quien puede comprender y discutir.

Por eso, ¡qué emociones, cuando se anuncia una obra del Dios! Todo el mundo aguza la curiosidad. Los periódicos entran en campaña, y dejan escapar indiscreciones seis meses de antemano. Así, con respecto á la *Extranjera*, sabíase que Alejandro Dumas había ido á escribirla el verano último á un *chalet* que posee á orillas del mar, cerca de *Dieppe*. Nos informaban de su tarea acto por acto. Después de terminada la obra, se refería de qué manera trajo el autor el manuscrito á París, cómo se fué á ver á M. Perrin, director del Teatro Francés, y con qué entusiasmo, en fin, fué recibido por todo el personal del teatro. El día de la lectura de la obra al comité no parecía sino que acababa de officiar un pontífice; un periódico daba extensa cuenta de la solemnidad, consignaba los incidentes, presentaba á los actores de ambos sexos fascinados de admiración y prosternados á los pies de Dumas. Y durante los ensayos no cesaban de circular cuchicheos entusiastas y respetuosos. Acercábase la noche del estreno como una noche memorable en que la tierra embelesada iba á dejar de girar para oír mejor la obra maestra.

Comprenderéis qué efecto debe producir en el público una labor tan fina y prolongada. Dumas tiene en la prensa amigos devotos que cuidan de su renombre con celo diligente. Antes de abrirse las puertas del teatro, se ha inflamado de curiosidad á la multitud, inspirándole tal confianza en el éxito de la obra, que los espectadores privilegiados que pueden entrar la primera noche, se tragan los actos como tragarían hostias.

Debo hacer constar, sin embargo, que, en punto á la

Extranjera, corrieron algunos rumores desagradables. Decíase al oído que el relato lírico impreso en cierto periódico era totalmente falso, puesto que los miembros del comité habían tenido el mal gusto de mostrarse muy fríos. Por otra parte, trascendían de los bastidores rumores de disgustos; los actores no estaban contentos con sus papeles, y anunciaban el fracaso de la obra. Llega un momento en que los ídolos más respetados se bambolean y amenazan ruina. Los adoradores reparan de pronto en los pies de barro de la estatua, y se precipitan sobre ella, y la derriban con tanto mayor furia cuanto más tiempo la creyeron de oro macizo. No es mucho, pues, que los críticos sagaces se pregunten si ha llegado para Dumas la hora del hundimiento, si sus fieles iban á comprender al fin el error en que han vivido sobre el genio de su Dios. Es muy interesante estudiar la *Extranjera* bajo este punto de vista, y consignar la crisis que parece ha de sufrir la larga popularidad del autor. Materialmente la comedia ha tenido éxito sin duda, y hasta son soberbios los ingresos. Pero el ídolo ha vacilado un instante, y quizá bastaría un capirotazo para que cayera y se aplastase en el suelo.

Dumas arriesgaba una gran jugada. No había vuelto á producir nada desde su ingreso en la Academia, y existe la superstición de que la Academia hace mal de ojo á sus nuevos miembros. Por otra parte, era la primera vez que se presentaba en la escena del Teatro Francés. El *Demi-Monde* se estrenó en el Gimnasio. Pero antes de pronunciarme sobre la manera desastrosa cómo el autor ha ganado la partida, necesito hacer un análisis de la obra, lo más claro posible, para que luego se me comprenda bien.

Primer acto. La duquesa de Septmonts celebra una fiesta benéfica en los jardines de su hotel. Mientras el público que paga se agolpa en los jardines, el salón particular de la Duquesa está abierto para los íntimos. En él es donde se desenvuelve la exposición de la obra. Tenemos ante todo una larga plática entre M. Moriceau, antiguo comerciante de novedades inmensamente enriquecido, y

un amigo suyo, el Dr. Rémonin, sabio distinguido, miembro del Instituto, y hombre muy original. M. Moriceau, que no ha visto hace mucho tiempo á M. Rémonin, le da cuenta del matrimonio de su hija. Catalina quería á un joven, el ingeniero Gérard, hijo de su aya; pero el padre separó á los novios; soñaba en un marido con título para Catalina, y ha encontrado ese marido en casa de una extranjera, mistress Clarkson, una mujer extraña sobre la cual circulan los rumores más escandalosos. Desde que M. Moriceau perdió á su mujer, hace una vida alegre, se ha lanzado al mundo de los placeres — lo cual explica su elección singular del duque de Septmonts, noble arruinado y supuesto amante de mistress Clarkson, de una honradez y de una moralidad sospechosa. — La extranjera ha percibido una prima de quinientos mil francos por haber mediado en la conclusión de ese matrimonio. Como se ve, pues, nos encontramos en un medio donde anda bastante avanzada la podredumbre social. En el ínterin, la Duquesa, algo cansada de la fiesta, entra en el salón con varias amigas, mujeres de lo más encoquetado, acompañadas de sus maridos, y, entre otras, madame de Rumières, prima del duque de Septmonts. Entáblase una conversación, que recae sobre la susodicha mistress Clarkson, cuya original figura preocupa á todo París. Esa extranjera no recibe más que hombres; se le atribuye una multitud de amantes; refiérense acerca de ella las aventuras más extraordinarias; hay varios hombres que se han levantado la tapa de los sesos, príncipes que se han arruinado, diplomáticos que han tenido que desaparecer de la escena política después de haberle entregado los secretos de sus gobiernos. Por otra parte, esa mujer, de que se habla como de una cortesana, tiene un marido verdadero que le envía sumas fabulosas desde América en donde posee minas de oro. La murmuración, en fin, está en su punto, cuando se produce un golpe teatral. Mistress Clarkson se encuentra precisamente en los jardines del hotel entre el público de pago, y acaba de enviar á la Duquesa una tarjeta con unas cuantas líneas

solicitando el honor de ser recibida y tomar una taza de te, por la cual dará veinticinco mil francos en beneficio de los pobres. La Duquesa lee en voz alta esas líneas, y manifiesta haber respondido que está dispuesta á recibir á mistress Clarkson, si un caballero de su círculo consiente en darle el brazo é introducirla. Todos los hombres presentes, aunque íntimos de la extranjera, permanecen mudos é inmóviles. Entonces es cuando el duque de Septmonts, en medio del general asombro, va á buscar á mistress Clarkson, alegando los deberes de la hospitalidad. Mistress Clarkson entra del brazo del Duque, altanera, casi irónica. Se muestra muy desenvuelta, toma la taza de te que Catalina le ofrece, y la paga después de decir una palabra á cada persona. Antes de retirarse, suplica á la Duquesa que tenga á bien devolverle la visita, y añade por lo bajo que hablarán de Gérard, un muchacho á quien ella quiere y que sigue queriendo á Catalina. Cuando sale la extranjera, la Duquesa, cediendo á un movimiento de cólera y de pasión, rompe la taza en que ha bebido, y grita á los criados: «¡Que abran las puertas! ¡Después de haber entrado aquí esa mujer, puede entrar todo el mundo!»

Segundo acto. El Dr. Rémonin y Mme. de Rumières se encuentran en el salón de la Duquesa, donde se deciden á esperarla juntos. Los dos se enzarzan en una conversación interminable, y el Doctor, en nombre de M. Dumas, nos expone la teoría del vibrión. El vibrión es un vegetal parásito en que ciertos sabios han creído ver uno de los animales inferiores, que se desenvuelven en el seno de los cuerpos en descomposición. Ahora bien: el Doctor indica claramente que, para él, el duque de Septmonts es un simple vibrión, un organismo inútil y peligroso, en cuyo exterminio todo el mundo debería estar interesado. En esa conversación se encuentra la tesis social de la obra. Un elemento gangrenado de la sociedad, que se pudre y pudre á todos los otros, un ser inútil y nocivo como el duque de Septmonts, debe ser aplastado, suprimido sin piedad ninguna. En esto entra

la Duquesa, y todos sus amigos le suplican que haga á mistress Clarkson la visita solicitada. Pero ella resiste á su padre, á Mme. de Rumières, al Dr. Rémonin, y á un joven, M. Guy des Haltes, que la ama apasionadamente, y de quien el Duque está celoso. De repente se presenta Gérard, su antiguo compañero de infancia, su primer amor; vuelve, creo, de Egipto. Y la Duquesa, que jamás lo ha olvidado, que siempre lo adora, se echa en brazos de él. Después de las efusiones del primer momento, hablan de la extranjera. Gérard cuenta que ella le salvó la vida en Roma; pero no la ama, y aconseja á Catalina que la visite. Catalina cede al punto; si no iba á ver á mistress Clarkson, era únicamente por creerla su rival en el corazón de Gérard. La Duquesa y el joven ingeniero se juran un cariño eterno, puro y leal. Al caer el telón, Catalina sale con su padre para dirigirse al hotel de mistress Clarkson.

Acto tercero. Mister Clarkson acaba de llegar de América, y ventila cuentas con su mujer, como si no fuese más que un asociado suyo. La escena tiene por objeto presentar al personaje, al americano clásico que mata el tedio á tiros, al americano rudo, despreocupado, activo é inteligente. Cuando llega el duque de Septmonts, Clarkson apenas lo saluda; y como el Duque está á punto de amostazarse, mistress Clarkson le aconseja irónicamente que no se sulfure, porque su marido lo mataría ni más ni menos que á un «gazapín». Llega, en fin, la Duquesa del brazo de su padre, y se queda sola con la extranjera, que se da á conocer en un largo relato. Hasta aquí venía siendo una figura muy enigmática; veamos ahora lo que nos dice de sí misma. Nació de una esclava, con quien se había encaprichado su amo, un plantador. El amo vendió después madre é hija, y esta última juró un odio implacable á los hombres. Cuando se vió mujer hecha y hermosa, no pudo vengarse de su padre, porque había muerto, pero procuró ser amada de sus dos hermanos; uno de ellos mató al otro, y á él lo ahorcaron después. Luego la hija de la esclava vino á Europa,

y continuó su obra de sangre, sin dejar á su paso más que ruinas y muertes. Y lo maravilloso, lo estupendo es que jamás se ha entregado á un hombre, que permanece virgen, á pesar de todas las historias escandalosas que circulan. Es la virgen del mal. Clarkson no tiene más que el título de marido; la mujer exigió el divorcio al día siguiente del matrimonio para quedar en libertad; él no es literalmente más que su asociado. Á pesar de todo, esa terrible doncella ha acabado por sentir latir su corazón. Ama á Gérard, y exige que la Duquesa renuncie á él. Pero la Duquesa rehusa la paz, y se retira desdeñosa. Mistress Clarkson rompe las hostilidades inmediatamente, aconsejando al duque que trate de entenderse con su mujer, y llevando las cosas hasta el extremo de indicarle el amor de la última hacia Gérard.

Acto cuarto. Naturalmente, todo el mundo conspira contra el duque de Septmonts. El Dr. Rémonin, y hasta el enamorado Guy des Haltes, hacen el singular papel de facilitar á la Duquesa citas con Gérard. La joven escribe á éste una carta muy apasionada, que el marido intercepta. Cuando los dos amantes se hallan muy engolfados, prodigándose los más tiernos juramentos, llega el marido, y se muestra muy desdeñoso con Gérard, que se retira sin responder. Entonces estalla la gran escena del drama entre el Duque y la Duquesa. El primero confiesa haber interceptado la carta, pero promete devolvérsela, si ella consiente en olvidarlo todo, en perdonarlo todo, y en reanudar la vida conyugal para tratar de ser felices. Y la Duquesa es quien se subleva, poseída de aversión y de cólera, quien le arroja á la faz todas sus infamias, quien le denuesta por haber entrado en su cuarto la noche de bodas ebrio como el hombre más soez. La ruptura es completa é inevitable. El mismo Moriceau, que sobreviene entonces, anonada á su yerno. Y cuando vuelve á presentarse Gérard para pedir una reparación al Duque, se concierta en seguida un duelo á muerte.

Acto quinto. Pasa también en el salón de la Duquesa. Moriceau ha querido ser padrino de Gérard. El Duque,

por su parte, ha elegido á Clarkson, deseoso de llevar las cosas á raja tabla, á la americana. Los preparativos del duelo llenan la primera parte del acto. Mme. de Rumières pregunta al Dr. Rémonin si espera, como siempre, una intervención de los dioses, si cree que será exterminado el vibrión en el momento oportuno; y el Doctor, á pesar de los hechos, permanece tranquilo y lleno de esperanzas. Es que, en efecto, la Providencia, ó, para hablar con más exactitud, Alejandro Dumas, va á manifestarse en la persona del americano Clarkson. El Duque se encuentra solo con su padrino, y le participa su última voluntad para el caso de que muera. Desea que después de su muerte se haga pública la carta de Catalina á Gérard, á fin de que no puedan casarse los dos amantes. Hace además plena confesión: declara haber recibido en otro tiempo de mistress Clarkson ciento cincuenta mil francos para pagar una deuda de juego, y haberse casado después para devolver ese dinero. En resumen, que causa náuseas á Clarkson hasta el punto de que éste acaba por tratarlo de tunante. El americano no quiere que el Duque mate á Gérard, un muchacho que se ocupa de sus minas de oro, y cuyos estudios deben procurarle un veinticinco por ciento de beneficio sobre los gastos de extracción. Así que, cuando el Duque le pide explicaciones, quiere batirse inmediatamente; y en un terreno baldío que hay junto al hotel acaba con el vibrión de una estocada de la manera más tranquila del mundo. Queda demostrada la tesis. Todos están contentos, salvo mistress Clarkson, que reaparece un instante para confesar que ha perdido la partida, y anunciar que se vuelve á América, una vez que Europa es decididamente demasiado pequeña. Cuando acude la policía á la noticia del duelo, el comisario ruega al doctor Rémonin que se sirva ir á certificar la muerte. «Con mucho gusto», responde el Doctor. Son las últimas palabras de la obra.

La he analizado imparcialmente, evitando indicar uno solo de mis juicios, á fin de exponer ante todo pura y simplemente los hechos. Ahora empezaré por alabar las

pocas escenas que no me desagradan. La entrada de la extranjera del brazo del duque de Septmonts, al final del primer acto, es, sin duda, una situación de fuerza, bastante verosímil y tratada hábilmente. Lo mismo digo de la explicación entre el Duque y la Duquesa en el cuarto acto. Catalina aparece muy hermosa, irguiéndose á impulsos de su repugnancia, y escupiendo su menosprecio al rostro del marido, á pesar del aparente arrepentimiento que él atestigua. Se ha dicho que se conducía en ese caso con una dureza excesiva, y que su deber de esposa era más bien aceptar un acomodamiento, tratar de probar fortuna por la vía común y legal. Es posible; pero los estudios humanos deben admitir la pasión, y el arrebató de Catalina es una explosión de pasión muy lógica, muy justificada en el fondo. ¿Lo diré? Lo que á mí me gusta en la *Extranjera* es precisamente lo que la crítica ha calificado de tesis odiosa é inaceptable; quiero hablar de la frescura casi cómica con que todos los personajes desean la muerte del duque de Septmonts. Para mí, en resumidas cuentas, eso es original y verdadero. Mire, si no, cada cual en torno suyo, interrogue sus recuerdos, y encontrará alguno de esos seres malhadados y perjudiciales, alguno de esos estorbos, cuyo fin desea más ó menos abiertamente todo el mundo, amigos y parientes. Hasta ahora nadie se había atrevido á presentar en el teatro esa situación de un sentido filosófico tan curioso. Se despacha y se entierra al Duque con la mayor sencillez y con la alegría más campechana. Tal es el destino reservado á una vida. Se siente un ligero escalofrío, al pensar en ese negro agujero donde todos caemos, los unos tras los otros, quiénes acompañados de sollozos, quiénes en medio de una carcajada. La risa saludando á la muerte, he ahí lo que me ha seducido en el desenlace de la *Extranjera*; y no se me podrá acusar de ceder á un exceso de entusiasmo, cuando se sabe que no me gusta gran cosa el talento de Dumas, y que aquí admiro simplemente un punto concreto de su obra, á que quizá él no concede la misma significación que yo. Él verá únicamente la condenación so-

:

cial del Duque, mientras que yo veo ante todo la comedia trágica del hombre. Por otra parte, yo hubiese deseado un estudio más franco y profundo.

Pero, después de declarar en conciencia lo que admiro, ¡qué obra tan mal construida y tan ridícula esa *Extranjera!* Se ve que está hecha de retazos trabajosamente unidos. No cabe duda de que el autor anduvo dándole vueltas y más vueltas, concibiendo sucesivamente dos ó tres planes distintos, que han dejado huellas de su influjo; de modo que las intenciones no resultan, y los personajes van y vienen sin ningún lazo entre sí. Aquello pasa no se sabe dónde, en un supuesto gran mundo, que no pertenece á ningún mundo. Hasta la habilidad tan conocida de Dumas se echa de menos; sus creaciones no se sostienen; ha tenido que recurrir á los expedientes más burdos para motivar las entradas y salidas de los personajes en el quinto acto. No hablemos de la lengua; carece de todo acento literario. Á buen seguro que no escriben peor nuestros dramaturgos del *boulevard*, de que se ha hecho tanta burla; y tienen el mérito de armar sus obras con una perfecta solidez. Para explicarme completamente, voy á analizar uno por uno los principales personajes.

Y ante todo la extranjera, esa prodigiosa virgen del mal, que el teatro entero debió recibir con una carcajada. La figura ha debido escaparse de algún melodrama sombrío; y lo peor es que el autor la lanza, ó, por lo menos, pretende lanzarla en pleno mundo real. Mientras ella no se revela á sí misma, podemos figurarnos que es una criatura viva y racional; pero, á partir de su interminable relato, aparece como una muñeca grande, que pone unos ojazos terribles y agita unos brazos muy largos para asustar á los niños. En primer término, tiene tanto de mujer como el Osip de los *Danicheff* de ruso. En segundo término, parece entender la venganza de un modo singular. Que haya hecho que se maten sus dos hermanos para vengarse del abandono del padre, ya es un poco fuerte; pero, en fin, pasaría. Lo que le deja á uno estupefacto es

que á renglón seguido se haya venido á Europa para continuar su papel de virgen del mal. ¿Á Europa, por qué? ¿Pues qué le ha hecho Europa? Su presencia en América hubiese parecido más natural, porque allí podía dar buena cuenta de los amos demasiado duros con sus esclavos. Dumas contesta que esa muchacha satánica se la tiene guardada á todos los hombres, así europeos como americanos. Afortunadamente, tales engendros no existen más que en las cabezas destornilladas de los dramaturgos; pertenecen á la familia de los traidores que persiguen á la inocencia, y son castigados en el quinto acto. Todavía, si Dumas, después de sacar su extranjera del repertorio de los arrabales, la hubiese utilizado siquiera como figura central, y convertido en eje de una gran acción.... Pero, no, la extranjera se queda fuera de la acción; desaparece apenas se revela, y no se presenta por última vez sino para declararse vencida. Por si era poco, ella, tan temible, comete faltas que evitaría un niño de diez años. Se enamora de Gérard como una chicuela, después de haber sido un corazón de bronce para ambos mundos, América y Europa; y, á fin de conquistar á Gérard, tiene la peregrina ocurrencia de contar al Duque los amores de la Duquesa y del joven, para que el Duque, naturalmente, provoque al joven, y se proponga matarlo. No cabe mayor tontería. No se me alcanza de veras qué ha podido seducir á Dumas en esa grotesca creación: no es poderosa, ni original, ni útil siquiera á la obra. Y, no obstante, ¡qué tipo tan afortunado, qué título tan henchido de promesas el que encierra esta sola palabra: *La Extranjera!* Yo pensaba, al leer los carteles, en una de esas mujeres que reinaron en París durante el segundo imperio: una gran dama española; una austriaca medio condesa, medio cortesana; una americana millonaria; una inglesa compartiendo su lecho con hijos de príncipes. Ignoraba cuál de ellas habría elegido Dumas; pero ya asistía á la historia de una de esas fortunas de que se habla en voz baja, y creía ver desarrollarse la vida de una de esas mujeres que embriagan á París con su fuerte perfume de

flores exóticas, determinando en nuestra sociedad casos extraños de tan interesante estudio para el artista observador. Y no hay nada de lo dicho ; me he encontrado con ese diablazo vestido de rojo, que hace en la comedia exactamente el efecto de un maniquí en la punta de un palo.

Pasaré más de prisa por los otros personajes. La duquesa de Septmonts es una de tantas mujeres que no quieren á sus maridos, y acaban por decírselo ; ningún rasgo original, ningún estudio de carácter. El duque de Septmonts, con todos sus peros, es el personaje más interesante, á despecho de Dumas, que evidentemente ha querido hacerlo bastante antipático para que el mismo público desease su muerte ; está francamente dibujado como un hombre roído de vicios, aunque demasiado cínico quizá ; pero, en fin, guarda su puesto, y no se desmiente de un minuto á otro. Clarkson es también una figura afortunada y bien presentada desde el punto de vista de la óptica escénica ; la primera noche, él fué quien decidió el éxito de la obra en el quinto acto, por la brutal alegría con que quita de en medio al Duque. En realidad, Clarkson es una creación de fantasía, un americano según el clisé francés, encargado simplemente de desatar el nudo de la acción ; si el autor lo introduce en el tercer acto, es sólo para acostumbrarnos á verlo, porque él no lo necesitaba hasta el quinto, y podía esperar hasta entonces. Excuso insistir en el desparpajo con que Dumas despacha el desenlace ; cierto que aún habría podido simplificar más las cosas, contentándose, por ejemplo, con dejar caer una chimenea sobre la cabeza del Duque, toda vez que el problema consistía en hacerlo víctima de un accidente cualquiera. He ahí una receta excelente para los autores que no saben cómo terminar una obra. Quedan Gérard, el ingeniero clásico, que une á esta ridiculez la de ser un ángel de pureza, un amante predicador y casto, como sabe inventarlos Dumas ; Moriceau, un padre imbécil, que no tiene conciencia de su absoluta falta de sentido moral, y que acaba por servir de padrino al amante contra el marido de su hija, con la

extraña intención de reparar sus entuertos ; por último, el Dr. Rémonin, el razonador inevitable, la personificación del propio Dumas, á quien hemos visto en los *Danicheff* de agregado de embajada bajo el nombre de M. Rogerio de Taldé, y á quien encontramos aquí transformado en sabio químico que defiende sus teorías y hace gala de su ingenio paradógico entre duquesas y mozas.

El autor de la *Dama de las Camelias* no es á la verdad una medianía á la manera de todo el mundo. No se explicaría su gran éxito, si no tuviese alguna fuerza. Esa fuerza es poseer admirablemente la ciencia del teatro, saber construir una obra, previniendo las objeciones, y sacando efectos de las mismas faltas. Así, prepara con mucho tiempo para el desenlace la intervención de Clarkson, poniéndolo en su tesis, cuando el Dr. Rémonin apela á la Providencia, y confía en que habría de manifestarse en el momento oportuno. Podría multiplicar los ejemplos. Siempre toma precauciones felices, busca vueltas hábiles, y jamás se le sorprenderá sin explicaciones posibles. Pero, con ese trabajo, si cabe ligar hasta cierto punto los fragmentos rotos de una obra, no se hace una obra grande. La producción, raquítica y malograda, consigue andar casi derecha, y satisface á la gran masa del público,—poco delicada en materia de goces literarios,—gracias á la experiencia del autor. Pero la producción no deja de ser un mónstruo, é irrita á todos los espíritus que buscan la verdad tras los efectos superficiales. He ahí cómo puede explicarse el éxito de la *Extranjera*, en medio de la sorda hostilidad que empieza á levantarse contra Dumas.

Mi tema contra él es éste. Todo gran escritor crea seres. Él inventó desde un principio ese *demi-monde*, que ha sido el verdadero origen de su fortuna literaria. Yo estimo que no ha sabido sacar de él un partido verdaderamente grande y humano; pero, en fin, ahí ha habido un descubrimiento que sería injusto desconocer. Es, pues, el padre de Margarita Gautier y de la baronesa d'Ange. La desgracia es que jamás ha sabido ser otra cosa. No

tiene el don de la vida; las dos criaturas que acabo de nombrar andan ya pálidas y ajadas como si tuviesen cien años. Pueden leerse sus obras, pueden verse en escena; todas ofrecen un desfile de personajes incoloros, rígidos como argumentos, que se borran del espíritu, no bien se cierra el libro ó cae el telón. En eso estriba su radical impotencia, su carácter de escritor y de dramaturgo de segundo orden. Sabe su oficio mejor que cualquier otro; tiene á veces hallazgos que lo elevan casi á la altura de un genio; pero permanece irremediabilmente hundido en la medianía por la absoluta falta de ese soplo que forma los creadores. Todo lo que toca, en vez de animarse, se entorpece, y degenera en disertación. Las más de las veces se pierde en medio de problemas sociales, en lugar de irse derecho á la humanidad. No quiero aplastarlo con la comparación de Molière; nombro á Molière sólo para recordar aquel arte dramático francés tan franco y potente, cuya preocupación continua era presentar el personaje vivo y verdadero delante del espectador, dejando á éste el cuidado de sacar la moraleja de la obra, si la había. El autor de *Demi-monde*, al contrario, no quiere pintar ni analizar; quiere probar. De ahí su inferioridad, de ahí esa *Extranjera*, cuyo único personaje de relieve es una invención estrafalaria, capaz por sí sola de hacer que se le niegue todo buen sentido y todo sentimiento de la realidad.

IV.

He aquí ahora *Balsamo*, el drama en cinco actos que ha sacado Dumas de la gran novela de aventuras de su padre. El Odeón puso en escena la obra con la solemnidad reservada á los maestros. Desde hace más de un año se nos anunciaba el prodigio con toda clase de incentivos tentadores. Quince días antes los periódicos devotos del autor y del director cometían hábiles indiscrecio-

nes, celebraban las bellezas del diálogo y las maravillas del aparato escénico. Jamás se habría visto en París espectáculo semejante. Era el triunfo del teatro moderno. Y lo que pasó el día del estreno fué que el drama pareció uno de los más aburridos y peor hechos de la temporada. Era ya una decepción muy desagradable para el público, excitado por los reclamos. Pero todo el mundo puede equivocarse : todavía se disculparía á Dumas si sus amigos no se empeñaran en hacernos confesar á la fuerza que *Balsamo* es una obra sobresaliente. Contra eso se subleva la crítica más sufrida.

Yo me hago cargo de las circunstancias. Dumas ha tenido que aceptar las situaciones que le ofrecía la novela ; pero á él le tocaba comprender que esa novela no podía dar de sí más que un drama híbrido ; á él, como adaptador, incumbía ingeniarse para sacar del libro una obra escénica interesante. Tanto peor, si se ha salido de su molde dramático habitual. Se ha encontrado fuera de su centro, eso salta á los ojos ; pero él es el único responsable de semejante tentativa. Nadie le obligaba á probar fortuna con M. Duquesnel, y á convertir nuestro segundo Teatro Francés en una sucursal del Châtelet, durante los meses de la Exposición universal. Puesto que se ha medido voluntariamente en ese tráfico , puesto que ha dado prosa á un empresario que sólo mira á llenar su caja , no hay para qué compadecerlo en lo más mínimo si ha escrito una mala obra. La crítica no tiene que guardar ningún género de consideraciones. Sería moral que la obra no diese dinero.

Dudo en analizar el drama, tan complicado como perfectamente vacío. Se recordará la novela, cuyo éxito fué tan grande cuando estaban de moda los cuentistas. Dumas, padre, con su tranquilo desenfado, desnaturalizaba audazmente la historia. Interesado por el partido que podría sacar del charlatán Cagliostro , aquél hombre enigmático cuyo verdadero papel ignoramos todavía, dióle por convertirlo en un rebelde, en un justiciero, y por ver en él al obrero de la Revolución francesa. Inven-

ción enorme, embuste colosal, con que lo fustigaba su pasmosa fantasía. Cagliostro se trocaba en el conde de Balsamo; era el jefe de las sociedades secretas de que estaba plagada Francia; atacaba á la monarquía, favoreciendo los vicios de Luis XV; apoyaba á Mme. Dubarry; hasta echaba en brazos del viejo rey una bella joven, Andrea de Taverney, cuyo padre, compañero del mariscal de Richelieu, noble arruinado, soñaba en rehacer su fortuna con el deshonor de su hija. En fin, para completar la fábula, un joven aldeano, Gilberto, con la cabeza trastornada por la lectura de Rousseau, adora á Andrea, y, herido por sus desdenes altaneros, la viola una noche durante la cual la narcotiza su doncella para entregarla al rey. Balsamo, interesado por Gilberto, lo dota y quiere casarlo con Andrea. Pero ésta despide con indignación al miserable que se atrevió á deshonorarla durante su sueño. Tal era la novela, y tal es el drama, porque Dumas, hijo, ha seguido escrupulosamente los grandes lineamientos de la obra.

¿Quién no adivina en seguida la extraña traza que semejante asunto debe tomar á la cruda luz de la batería? En la novela, el numen del cuentista hace pasar por todo; se escamotean las enormidades; se acepta fácilmente la ficción. Balsamo, viniendo á contarnos que prepara la Revolución francesa, no es más que una figura de capricho, por la cual se interesa uno como por un personaje de las *Mil y una noches*. Pero plantad esa misma figura delante de la concha del apuntador en presencia de dos mil personas, haced decir seriamente á Balsamo que trabaja por derrocar á la monarquía, y todos los espectadores se mirarán atónitos. La verdad: eso pasa de la raya. Al público no le gusta que se burlen de él hasta ese punto.

Hay más. El novelista, muy hábilmente, dejó á Balsamo entre nieblas, en un continuo misterio, que aumenta el interés de los episodios. ¿Eshombre convencido? ¿es en realidad un vidente? ¿ó no hace más que representar un papel, empleando medios ingeniosos para embaucar al público? En suma: ¿qué clase de hombre es? El lector no

se preocupa gran cosa de saberlo, y hasta le satisface que se le deje á él mucho que adivinar. Pero el temperamento del espectador es muy distinto. Exige lógica, y se disgusta en cuanto no comprende. Así, no hay cosa que más lo desoriente que un personaje como Balsamo. Ese endiablado brujo parece muy poseído cuando enseña guillotinas en las garrafas á las princesas. Se comprende que todo su método de adivinación se reduce á consultar somnámbrulos y sacar después deducciones precisas, gracias á sus poderosas facultades intelectuales. Pero importa poco; no se sabe nunca si habla en serio ó no. Eso trastorna. Nuestro escepticismo no se resigna fácilmente á admitir un hombre que hace oro y vive desde la creación del mundo. Si al menos se bromeara, si representase su papel para engañar á los otros personajes, sería una creación original. Nada de eso; no pone al público en el secreto ni un solo instante; quiere engañar al público mismo. De ahí la contrariedad de este último, de ahí su sorda irritación al ver que se le tiende el mismo lazo que á aquellas gentes atrasadas del siglo XVIII.

En fin, el papel de Balsamo es una cosa muy mediana. Se ha necesitado todo el talento de M. Lafontaine para darle algunas proporciones en los dos primeros cuadros. Después se hunde, desaparece. Balsamo no tiene una escena que entre en el movimiento del drama. Tapa los agujeros; tiene exactamente la misma importancia que un papel de mago en un cuento de hadas.

¿Qué decir de los otros papeles? Hay una Mme. Dubarry pasmosa. Se hablaba de exactitud histórica. ¿Dónde demonios ha encontrado M. Dumas esa modista pizpetera, á quien ha colgado las galas piramidales de madame Dubarry? ¿Conciben Vds. á Mme. Dubarry diciendo chistes de hortera, y guiñando los ojos como las concurrentes al Élysée-Montmartre? Desde que la vi aparecer, temía á cada paso que se pusiese á bailar el cancan. Dumas no se hará cargo nunca de lo que es la verdad histórica. Cuando infunde su propio espíritu en esos arlequines, se dice positivamente: «Está bien; no ha hecho Dios otra cosa».

Pero lo increíble es la torpeza con que está fabricado el drama. ¡Que vengan á hablarme todavía de la experiencia del teatro! He aquí un autor que, sin duda alguna, tiene mano hábil y enérgica por lo común. Pues bien: un principiante no hubiese escrito una obra más obscura ni más mal perjeñada. Los ocho cuadros pasan á la desbandada como si fuesen á ganar una apuesta. Surgen como pretextos para exhibir decoraciones y aparato teatral; sirvan de ejemplos el cuadro de la presentación de la Dubarry en la corte, y el de la catástrofe de la plaza Luis XV, donde la acción se paraliza por completo. Hay que aguardar al séptimo cuadro para que se reanude el drama, y para que el espectador, después de cinco horas largas de paciencia, se indemnice con la última escena del cuadro final, que es de un buen movimiento dramático, aunque estropeado todavía por declamaciones inútiles.

Dumas había contado seguramente con las escenas de magnetismo. Hay dos, que repiten el mismo efecto. La primera no es más que pintoresca; la segunda provoca un hermoso grito de Andrea, que, dormida é interrogada por Balsamo, cuenta la violación de que ha sido víctima; y en el momento en que Gilberto pone las manos sobre ella, exclama sublevada: «¡Despertadme! ¡No quiero ver más!» La desgracia es que todo eso es más sorprendente que dramático. No surge el drama francamente; la magia de Balsamo sólo sirve para escamotear las situaciones. Os quedáis suspensos al saber así de golpe, por un prodigio, cosas que no preveíais, y que, á mostráros las, quizá os hubiesen interesado.

Mi reseña se resiente un poco de la confusión de la obra. Lo que queda flotando sobre todas mis impresiones es un aburrimiento mortal. No recuerdo haberme aburrido nunca de esa manera en el teatro. Sucédense los cuadros sin ton ni son, en medio de tal vacío, que se pregunta uno por qué habrá tantos. ¡Cuando se piensa que Dumas había escrito también un prólogo, que se cortó!.... Yo he leído ese prólogo, que presentaba una reunión de las sociedades secretas de que es jefe Balsamo. ¡Otra

perla, la más asombrosa de todas! Dicen que se cortaba por aligerar la obra. Quiero creer que se ha suprimido por caer en la cuenta de que era demasiado cómico. Si hubiese habido empeño en conservarlo, fácil era cortar por cualquier otra parte: sobraba donde elegir.

A pesar de todo, hay una cosa que puede salvar á *Balsamo* de una muerte inmediata, y es: la algarada que han movido ciertas escenas que al público le parecen demasiado crudas. Hubo silbas: es el principio del éxito. Si toman cartas en el asunto la moral y la política, no sabemos adónde irán á parar las cosas. ¿Lo confesaré? Yo alabo precisamente lo que se censura á Dumas. Su marqués de Tavernay, que no tendría inconveniente en vender al rey su hija, me ha parecido una silueta de gran verdad relativa; su Marat, cuidando á los heridos de la plaza Luis XV, es de un buen efecto dramático, aunque algo declamatorio; en fin, su corte de Luis XV sería una pintura bastante fiel, si hubiese renunciado á ir á buscar una Mme. Dubarry á las Folies-Bergère. La obra no merece más que un bostezo; ¿por qué silbarla? Es darle una importancia que no tiene.

¡Y qué pena, cuando se asiste á semejante espectáculo! Dícese que M. Duquesnel ha gastado 200,000 francos, creo, en montar ese vasto artificio. ¡He ahí lo que se llama un dinero bien empleado! Así y todo, á mí me parece que la tremolina de la plaza Luis XV—aquella muchedumbre que se atropella y estruja, espantada por las detonaciones—no está presentada con todo el aparato necesario. Más se puede hacer. En cuanto á la galería de los espejos donde se verifica la presentación, es muy rica, pero no se aproxima aún á las apoteosis de los espectáculos maravillosos. En esta lucha de trajes suntuosos y de decoraciones recargadas de dorados siempre llevan la ventaja los espectáculos maravillosos, porque emplean francamente el oropel y la luz eléctrica. Una decoración rica no es una decoración verdadera. Es una vergüenza que se aplaudan en el Odeón los diamantes de una actriz, los trajes de las comparsas y los telones de

fondo de los decoradores. He ahí cuándo censuro en absoluto la importancia concedida á las decoraciones y á los accesorios: cuando la obra desaparece para cederles su puesto, y no es sino un pretexto de exhibiciones más ó menos apropiadas.

Justamente acabo de volver á ver en el Gimnasio una representación de *Monsieur Alphonse*. El teatro me ha parecido un poco frío. Yo desconocía la obra, y me dicen que la interpretación explicaba la acogida. ¡Pero qué obra tan magistral al lado de *Balsamo!* Hay allí un segundo acto, que es verdaderamente hermoso por su franqueza y desenvoltura. Menos me gusta el final: aquellos reconocimientos de la hija, aquellos discursos morales que suenan á hueco. Los tipos de Octavio y de Mme. Guichard son los más vivos y más analizados que el autor ha presentado jamás en escena. Adrianita, esa niña precoz, tiene la contra de poseer el espíritu de Dumas. La madre, Mme. de Montaiglin, es de una invención muy discutible. En cuanto á M. de Montaiglin, es un santo de palo, cuando hubiese sido tan fácil infundirle vida, hacerlo verosímil, suprimiendo algunas réplicas, que son grotescas, y trayéndolo al terreno de la humanidad común con dos ó tres movimientos de alma que la situación indica. Cuando reaparece en escena una obra, saltan á la vista los defectos. ¡No importa! La obra es quizá la mejor de Dumas. Todo su talento está allí, en aquella fórmula dramática nerviosa y rígida, que no siempre respeta la verdad, pero saca de ella sus más grandes efectos.

Resumo. Dumas ha cometido la mayor de las torpezas encargándose de un trabajo que no cuadraba á su talento. No está hecho él para sacar dramas de novelas de aventuras; por lo menos, parece probarlo la experiencia. En segundo lugar, ha cometido la torpeza de prestarse á los cálculos de M. Duquesnel, de reducirse á un papel subalterno, cediendo el primero á los sastres y pintores escenógrafos, en vez de condensar el drama, sacando del libro una acción interesante y desembarazada de episo-

dios inútiles. En fin, ha cometido el pecado de desnaturalizar la historia, siguiendo á su padre, pero no ya como cuentista despreocupado que se deja llevar de su imaginación, sino como hombre que ha hecho su composición de lugar.

V.

La comedia francesa ha vuelto á representar últimamente el *Hijo natural*, de Alejandro Dumas. Con este motivo he leído de nuevo el prefacio que ha puesto el autor al frente de su obra, en donde puede verse la historia de la evolución que se ha operado en su espíritu desde la *Dama de las Camelias* hasta la *Mujer de Claudio*. Él ha obedecido naturalmente á sus instintos. Aquel espíritu seco y paradójico, que no se conmueve más que razonando, debía concluir fatalmente en la abogacía social, en la tesis, en la argumentación dialogada. Y de esa manera sus facultades de observación, muy poderosas á ratos, han acabado por producir obras perfectamente falsas, de una lógica exasperante.

Dumas, que se enorgullece de su lógica, y con razón, porque la lógica es una fuerza grandísima, en el teatro sobre todo, Dumas no parece darse cuenta de que hay dos clases de lógica: la que se apoya en la verdad, y la que se apoya en la paradoja. Balzac, por ejemplo, cuyas grandes creaciones, Hulot, Felipe Bridau, Goriot, Grandet, ofrecen una unidad y un desarrollo lógico tan notables, no se aparta un momento de la naturaleza, la estudia paso á paso, la sigue en sus rodeos y aparentes contradicciones, sin temor de perderse; por eso serán eternamente vivas sus figuras. Dumas, al contrario, aunque parte de la naturaleza, se sirve de ella como de un trampolín para saltar por los aires; desde la segunda escena deja de pisar en el suelo, y enjareta todo un mundo nuevo, transformando y arreglando las cosas, para plegarlas á su albedrío. Esa armazón, sobrepuesta á la verdad, está construida sin duda de una manera muy

hábil y muy lógica ; sólo que no es más que una armazón.

En resumen : Balzac quiere pintar, y Dumas quiere probar. Á eso se reduce todo. Nuestro autor es de la escuela idealista de Jorge Sand. El mundo, según lo ve, le parece mal construido, y su empeño constante es reconstruirlo. En el prefacio del *Hijo natural* declara muy paladinamente que aspira á representar el papel de un moralista y de un legislador. Yo profeso otras ideas ; creo que, en este siglo de experiencia científica, no debemos querer marchar más de prisa que la ciencia. Cuando nuestros sabios se convierten al simple estudio de los fenómenos, al análisis exacto del mundo, nosotros, observadores de los hechos humanos, no podemos hacer sino un trabajo paralelo, ateniéndonos al análisis exacto del hombre. Conozcamos ante todo el hombre real ; aportemos el máximum posible de documentos humanos ; después los legisladores proveerán, si son gente cuerda.

Tal es mi literatura. Todas las grandes obras plantean las tesis sociales, pero no las discuten ni resuelven. Ved las comedias de Molière. El autor pinta la verdad, y os impresiona profundamente con el cuadro de los hechos ; á vosotros os toca reflexionar y obrar. En cuanto un escritor quiere dárselas de legislador, se empequeñece indefectiblemente, porque entra en el terreno de las discusiones, con los modos de ver de su época, con sus preocupaciones de educación, con sus errores de argumentación ; y desde ese momento escribe para una edad, en vez de escribir para los siglos, sobre hacer una obra perfectamente inútil.

En eso se compendia todo el caso literario de Alejandro Dumas. He aquí una obra—el *Hijo natural*—que se representó hará, creo, unos quince años. Tiene la pretensión de abogar por la causa de los hijos naturales. Pues bien : poseo el convencimiento de que no se habrá reconocido un sólo hijo más por su virtud. Luchaba contra molinos de viento, y la batalla no podía producir ningún resultado práctico. Pero más grave que su inutilidad es la falsedad en que se agita. En vez de aportar

documentos verdaderos, que pudieran utilizarse algún día, no ofrece más que una serie de razonamientos paradójicos de todo punto inadmisibles.

Aquello es una cosa forjada por el cerebro del autor; es una pura construcción de fantasía, demasiado singular y demasiado ajena á la vida cotidiana para que puedan parar mientes en ella los legisladores. Resulta así que Dumas, pretendiendo erigirse en legislador, no sólo no encuentra ninguna solución práctica, sino que estropea los materiales hasta el punto de que los especialistas no pueden ya sacar de allí nada de provecho. Una investigación mal hecha no sirve más que para embrollar las cuestiones.

Vamos á tocar con el dedo el procedimiento de Dumas. Como siempre, ha tomado por base un hecho verdadero. D'Alembert, en el apogeo de su gloria, se negó á dejarse reconocer por su madre, Mme. de Tencin, que lo había abandonado, y que sólo pensaba en él cuando podía vanagloriarse de tal hijo. Indudablemente era una situación tentadora para un autor dramático; reunía todas las condiciones: lo imprevisto, el triunfo de la víctima, el castigo del culpable, la originalidad del desenlace. Veremos dentro de poco lo que podía valer todo eso como argumento en la cuestión del hijo natural.

Tenemos, pues, un hecho histórico que es preciso admitir. Dumas parte de esta historia. Pero, no bien añade algo de su cosecha, nos transporta de golpe á una fábula inadmisibile. Empieza por transformar á la madre egoísta en un padre sin corazón; la madre hubiese repugnado al teatro; valía más convertirla en una figura simpática, en el ángel bueno de su hijo abandonado. Hasta aquí vamos bien. Clara Vignot, educando á su hijo Jaime como hombre honrado, mientras Sternay los rechaza á los dos, es todavía perfectamente aceptable. La desgracia es que en seguida se ponen de por medio las exigencias de las tablas, y entramos en la más novelesca de las novelas.

Sternay se ha casado. Además es tutor de una sobrina suya, Herminia, cuyos padres han muerto. La madre de

Sternay, la marquesa de Orgebac, es una mujer severa, infatuada con su nobleza. Añadid un hermano de la Marquesa, hombre encantador, y el marqués de Orgebac, y tendréis á toda la familia. Una vez hombre, Jaime ha de enamorarse irremisiblemente de Herminia, y con ese amor se anudará el drama. Pero ¡cuántas inverosimilitudes, santo Dios! La primera es suponer que Jaime no conoce el secreto de su nacimiento. Lleva el nombre de M. de Boisceny, y cree que ese nombre es el suyo. Es radicalmente imposible; un mancebo de su edad ha tenido que ver veinte veces su partida de nacimiento. Lo que sucede es que, si Dumas hubiese permanecido fiel á la verdad, se hubiese perdido la escena patética en que Jaime sabe de improviso que es un bastardo, y tiene una explicación conmovedora con su madre. Por otra parte, el autor quería un joven leal, generoso, altivo y en posición independiente, merced á veinticinco mil francos de renta, para poder pedir sin encogimiento la mano de Herminia. En el teatro, según lo entiende Dumas, no es la verdad la que produce las escenas, sino las escenas las que amoldan á sus exigencias la verdad.

Otra invención más extraña todavía es el origen novelesco de la fortuna de Clara Vignot, de los veinticinco mil francos que da á su hijo. Un libertino extenuado, que era casero suyo en el momento de abandonarla Sternay, le ha legado todo lo que poseía, porque lo asistió con la solicitud de una hermana, cuando moría enfermo del pecho. Es una novela sentimental que hace sonreír. ¡Qué mundo tan extraño: hombres entregados al placer que en su lecho de muerte recompensan á muchachas seducidas! Lo que hay es que eso deparaba otra escena de efecto, cuando Jaime, al saber la verdad, interroga á su madre sobre aquella fortuna, y cree un instante que su madre se vendió. Pero Clara es inocente; el hijo cae en sus brazos; enternecimiento y lágrimas. ¡Cuadro!

En fin, lo que me irrita más aún quizá es el desenlace. Jaime y su padre tienen una entrevista, en que todo es lógico, como dice Dumas. Sternay es una máquina per-

fecta, que razona muy bien, sin el menor flaco. La conclusión es que Jaime no puede casarse con Herminia, á pesar de que ella ha jurado casarse con él. Pero las cosas cambian. Jaime, que tiene veinticinco años, llega á ser secretario de un ministro, va á desempeñar una misión al Oriente, y salva á Europa. Por otra parte, el marqués de Orgebac quiere reconocerlo como hijo suyo, y darle su marquesado, que Sternay ambiciona para sí. Entonces la severa Marquesa se deshace en atenciones hacia Clara Vignot, en tanto que Sternay, acometido de una fiebre de cariño paternal, busca por todas partes á su hijo para arrojarse á su cuello. Y en ese punto es cuando Jaime rehusa el reconocimiento de su padre, prefiriendo conservar el nombre de su madre, ilustrado por él.

Estamos lejos de la historia de d'Alembert. Ese Jaime, ese mancebo de veinticinco años que salva á Europa, es más que asombroso. Y luego ¡qué modo de exagerar la frialdad de Sternay y su entusiasmo, qué contraste de tonos tan chillones, casi cómicos! Hay ahí un golpe de varita mágica, que raya en lo grotesco, una apoteosis del bastardo demasiado rebuscada y ruidosa. Se trasluce el artificio del autor, su empeño decidido de llegar al efecto preparado, á cualquier precio. La verosimilitud, la medida, la unidad de los caracteres, todo se viola sin piedad, todo se sacrifica á las exigencias escénicas. Es menester que Jaime triunfe, y triunfará, así debiese sentarlo el autor sobre las ruinas de la verdad y del sentido común.

He ahí el teatro de Dumas. Creo que él, por su parte, no se recata de profesar la teoría de que la primera ley de un autor dramático es apoderarse de los espectadores por cualquier medio.

Es preciso que, durante tres horas, os pertenezca el público. No le dejéis respirar, y sobre todo no le dejéis reflexionar. Imponedle vuestra lógica, esa famosa lógica que parte de un punto admisible, y que luego va adonde queráis llevarla, si tenéis mano diestra y poderosa. Eso más es mecánica que lógica. Y si obligáis al público á

:

seguiros hasta el fin, aun cuando lo llevéis al terreno de la fantasía y de la paradoja, ¡mejor que mejor! : vuestra victoria es completa. No tenéis para qué preocuparos de las reflexiones que hagan los espectadores, cuando vuelvan á su casa. Os han aplaudido, y no tenéis más que pedir. Sois un soberano.

VI.

Acabo de leer el curioso é interesantísimo prefacio que ha publicado Dumas al frente de la *Extranjera*. Merece conocerse, porque me parece una confesión, un análisis, quizá involuntario, de la crisis psicológica porque pasa el escritor en el momento doloroso de despedirse del público.

Dumas, con una complacencia de las más legítimas, dirige una mirada á su larga y gloriosa carrera. Se recrea deteniéndose un instante en el terreno de sus victorias. Él fué el primero que se atrevió á presentar en el teatro á la mujer de vida libre con sus amantes, sus tráficos y sus desórdenes ; y saluda á la *Dama de las Camelias*. Él fué el primero que se atrevió á presentar en el teatro al bastardo en su realidad contemporánea ; y saluda al *Hijo natural*. Él fué el primero que se atrevió á presentar en el teatro un desenlace tan revolucionario como el de casarse un joven honrado con una muchacha que tiene un hijo, y cuyo primer amante vive aún ; y saluda á las *Ideas de Madame Aubray*. Él fué el primero que se atrevió á presentar en el teatro el inmundo tipo del guapetón que vive á expensas de las mujeres ; y saluda á *Monsieur Alphonse*. Tales son las etapas triunfales que ha recorrido, librando cada vez una batalla contra las convenciones de la escena, y contra las preocupaciones timoratas del público, ensanchando incesantemente los dominios del autor dramático.

No es esto todo. Recuerda con justo orgullo la situa-

ción en que él encontró el teatro. En 1852, cuando entregaba al Vaudeville la *Dama de las Camelias*, tenía que introducir coplas en su obra. Por otra parte, un reflejo de majestad clásica que rodeaba aún á la comedia francesa, le obligaba á llevar *Demi-Monde* al Gimnasio; y han debido de pasar veinte años antes de representarse esa comedia en la escena para la cual se escribió. De forma que le cerraban el camino toda clase de obstáculos: leyes, usos, prejuicios, terrores, malas voluntades; y todo lo ha salvado, ha impuesto sus audacias merced á su gran talento, y hoy reposa con la conciencia de haber hecho dar un gran paso á nuestro teatro, gracias á su tenacidad. Sí, ciertamente: aparte sus obras, que pueden discutirse, dejará una huella profunda de su paso; tendrá el eterno honor de haber combatido por la verdad humana, y de haber salido á menudo del empeño como gran capitán.

Pues bien, á la hora que corre, Dumas, ese combatiente cubierto de laureles, parece querer retirarse á su tienda. Pero, antes de abandonar el campo de batalla, siente la necesidad de abrir su corazón á la generación que viene. No hay duda que es hombre lleno de experiencia, de talento y de lógica. He aquí evidentemente las palabras que va á dirigir á la juventud:

«Ved mi ejemplo. Yo he crecido en medio de luchas. He consagrado mis días al amor de la verdad; y, si soy una gloria, es porque á veces he osado levantarme hasta ella. Cada una de mis obras ha sido un combate empeñado contra la ignorancia y la estolidez. Hoy tengo la alegría de haber hecho retroceder un paso al convencionalismo. Imitadme, pues; proseguid la obra donde la edad me obliga á abandonarla; ahondad más el surco, si podéis; caminad hacia todas esas verdades que yo he presentado y no he podido decir. Así continuaréis la labor humana, la labor de los siglos, que es marchar hacia la luz. Sólo á ese precio seréis grandes un día».

¿Habla así Dumas? Nada de eso. Es mucha pena. En la trama lógica de esa inteligencia se ha soltado un punto.

Ese guerrero combate la guerra. Dice á la juventud: «¿Á qué luchar? El convencionalismo puede más que nosotros. Reinará siempre: es la esencia misma del teatro. Jamás diremos allí las verdades que el público rechaza. Cruzaos de brazos; en pos de mí ya nada queda que hacer, porque yo he llevado las cosas todo lo lejos á que puede llegarse, y aun más allá. Se ha acabado el mundo. Reniego de mis obras. Todo se reduce á nada».

He ahí los consejos de Dumas al término de su carrera. Á mí se me oprimía el corazón al leer su prefacio. A la verdad, él era el único que debiese lanzarnos esa desanimación suprema. No tenía el derecho de sostener el convencionalismo, de vedar la verdad, de limitar el arte, el hombre cuyo continuo esfuerzo ha tendido á ensancharlo. Aventuraré todo mi pensamiento; su prefacio es una mala acción en el orden elevado del valor de los espíritus. ¿Qué ha pasado, pues? ¿Cómo ese audaz puede volverse atrás bruscamente, y desmentir toda su gloria? ¿Qué interés tiene en desertar así de la lógica el que ha pretendido hacer de la lógica el instrumento de su talento? ¡Oh! la explicación es sencilla: Dumas ha visto simplemente retoñar detrás de sí una generación, de que es padre en cierta medida, pero que hoy le falta al respeto, estimando que no ha tenido quizá bastante audacia, y en todo caso que ella puede y debe tener más. Dumas se ve caminando hacia el pasado, y duda ante el porvenir.

La historia es eterna. En política, los revolucionarios de la víspera pasan á ser los conservadores del día, en cuanto suben al poder, y combaten á los hombres del mañana, que deben reemplazarlos fatalmente. No hay ejemplo de un escritor que comprenda y declare que no desaparece la literatura con él, y reconozca á sus hermanos menores el derecho de continuar su obra y de llevarla más adelante. Por eso ha lanzado Dumas una palabra de desaliento en medio del movimiento naturalista contemporáneo. Ha escrito su prefacio contra lo que él llama la nueva escuela, que no es, en suma, sino la mar-

cha natural de los espíritus, la evolución misma del siglo.

No trataré de refutar aquí á Dumas. Considérese que su prefacio ocupa todo un periódico. Véase la conclusión: «Me acusáis de no haber producido bastante verdad, y yo os respondo que no he podido, y añado que nadie podrá nunca».

En apoyo de su dicho cita ejemplos. Nos cuenta la anécdota del amante acusado de adulterio, que se gana una rechifla de los concurrentes ordinarios de la policía correccional, si confiesa las relaciones que mantiene con su cómplice. Nos refiere la historia de la mujer á quien se tolera un primer amante, pero á quien se silba en el teatro, en cuanto tiene un segundo. Y toma pie de ahí para formar una lista de lo que admite y de lo que no admite el público; es un verdadero manual del perfecto fabricante. Todas sus observaciones, por supuesto, son justas, porque el autor consigna el fruto de una larga experiencia. Pero ¿no comprende que sus propias obras son otros tantos puntapiés soberanos á ese código de lo posible y lo imposible?. Á medida que él levanta el muro del convencionalismo, sus obras van abriendo brechas. Puesto que él ha abierto una aquí y otra allá, ¿por qué no hemos de hacer otras nosotros al lado de la suyas? ¡Extraña actitud! ¿Á qué viene decirnos: «Eso no puede ser?», para tener que añadir: «¡Pero yo lo he hecho!»

Indudablemente, Dumas tiene razón. Es una faena asaz ruda la de imponer la verdad al público. Yo comprendo muy bien los inauditos esfuerzos que ha debido costarle el tributo de verdad que encierran sus obras. Está en su punto, por lo mismo, que recomiende como lo hace, prudencia y habilidad. Para arriesgar audacias en la escena, es claro que hay que poseer el oficio á fondo. Pero de todo eso, nada se deduce en favor del convencionalismo; lo único que se deduce es que hace falta mucho talento, mucha voluntad y muchos bríos. Pero en lo que Dumas me parece que se engaña de medio á medio, es en considerar al público como un ser abstracto, inmutable en el transcurso de los siglos, dotado de una cons-

titución particular que no varía. Lo que yo creo, por mi parte, es que no hay público, sino públicos. Nótese que Dumas es severísimo con el suyo; lo tacha de niño, de chiquillo; lo acusa de futilidad, de ñoñería. En todo caso, el público que silbó el *Hernani*, no es ya el que á estas horas lo aclama; el público que se escandalizaba con el *Demi-Monde*, no es ya el que lo mira ahora como una obra clásica. La misión del autor dramático es precisamente transformar al público, hacer su educación literaria y social, no violentamente, sino con toda la calma y espera que reclamen las largas evoluciones de un pueblo. No baséis, pues, nada de definitivo sobre el público, porque el que rechazaba un amante indecoroso en las tablas, aceptó al día siguiente á *Monsieur Alphonse*.

Llego ahora á lo que me concierne personalmente. Dumas me dispensa el honor de ocuparse de mí en su prefacio. Seré muy franco: estaba prevenido y me esperaba un estudio más reflexivo de su parte. Él no es un noticiero, ni un revistero, ni un crítico á quien apremien las exigencias del periódico. Ha podido consagrar meses á su prefacio; tenía tiempo de informarse, de leer, de comprobar. Pues bien: me parece que él, como otros, se contentó con aceptar la opinión corriente sobre mí, con verme al través de las caricaturas y las bromas de la prensa. De ahí resulta una base falsa que echa por tierra todo su estudio.

¿Dónde ha leído, ¡Dios poderoso!, que yo reclamo la introducción de las palabrotas soeces de la lengua en el teatro? Que me cite una frase, que apoye al menos su afirmación en una prueba. Y ved las consecuencias: como todo su prefacio descansa en eso, pretende que hay una nueva escuela, la escuela naturalista, que quiere imponer al público las inmundicias del idioma. Y acto continuo llena veinte páginas, se sulfura, cita á Shakespeare y á Molière, llama en su ayuda á Boileau, invoca á Juan Jacobo Rousseau, utiliza de pasada á Federico Lemaître, pone en conmoción á nuestra literatura y á las literaturas del mundo entero; y todo ¿para qué? Para

probar que, en nuestros días, con nuestras costumbres, con nuestro público actual, es absolutamente imposible arrojar á la faz de todo un teatro una palabra soez. ¡Pues, sí, señor! Tiene V. razón. Yo he sido siempre de la misma opinión de V.; jamás he dicho lo contrario. Pero ahora convenga V. en que ha gastado mucho papel en balde.

¡Eh! ¡Claro que son imposibles las palabrotas! No podemos usar siquiera las de Molière; ¡para que vayamos á tomar las de Shakespeare y de Ben Johnson! El autor que cifrase su audacia en querer hacer tragar á nuestro público de buenas á primeras el catecismo de las rabaneras, sería simplemente un imbécil. Por consiguiente, basta de palabrotas; nadie las ha pedido nunca. No es que yo las condene desde un punto de vista absoluto. No parece sino que no se conoce nuestra literatura. El siglo xv y el xvi no se morían de empacho, y el xvii tampoco. Sería un curioso estudio el de las audacias de lenguaje de nuestros grandes escritores. Hay en Corneille una palabra terrible que yo arriesgué últimamente, y que escandalizó. Pero la gente ignora estas cosas, y parece creer que yo he inventado la nota cruda. Puesto que viene á cuento, séame lícito decir que yo jamás he aventurado una de esas palabras abominables sino después de haberla pesado durante meses en mi conciencia de escritor y moralista; la palabra acudía á mi pluma como una necesidad atroz, y, si la dejaba, era como un hierro candente aplicado á una llaga, con el grito de terror y de sufrimiento que arrancaba.

Eso en cuanto al libro. Dumas tiene razón al decir que esa condenación de un vicio por su mismo nombre no es hoy posible en el teatro. Pero ¿por qué me atribuye á mí la opinión contraria, cuando nada le autoriza á ello? Lo que yo he dicho repetidas veces es que, á mi juicio, la lengua debe ser en el teatro la expresión misma de los personajes. De aquí que haya combatido á Dumas, con demasiada severidad sin duda, por el ingenio que presta indistintamente á hombres, mujeres y niños; siempre es él

el que habla, y eso tiene el inmenso inconveniente de matar la individualidad de sus creaciones, haciéndolas degenerar en reproducciones continuas de un mismo tipo. Según yo, su Mme. Guichard es una de sus raras figuras vivas, precisamente porque ha querido que fuese verdadera hasta en sus palabras. Abrigo, pues, la convicción de que cada personaje llevado á la escena debe tener su expresión propia, como tiene su modo de ser, sin lo cual no se ofrecen más que figuras borrosas, argumentos montados sobre piernas, piezas de ajedrez puestas en movimiento por la mano. Mas para nada de esto se necesitan las palabras crudas.

¿Á qué viene entonces el prefacio de Dumas? Lucha contra molinos de viento; es de mi opinión, sin querer serlo. Según él, yo pido la verdad absoluta, la reproducción exacta de la naturaleza. ¿Dónde ha encontrado eso tampoco? Sabe también como yo lo que desearía decir, por mi parte, si me dejase llevar lejos por las palabras, y si me propusiese ese programa. Nuestra creación humana no es nunca más que relativa; lo he dicho mil veces. Lo que hay es que existen grados en los esfuerzos de nuestra aspiración hacia la verdad, y yo quiero el mayor esfuerzo posible, aceptando por la fuerza las imperfecciones del oficio y las impotencias del obrero. Repito que Dumas, que es un pensador, me entiende perfectamente. Ha pasado por donde paso yo, conoce este terreno, conoce ese anhelo de verlo y decirlo todo. En cuanto á los razonamientos que pueden hacerse sobre nuestra flaqueza, ¡ay! esos hechos están por todos los escritores, y no es una tarea generosa querer anonadar con ellos á los hombres animosos.

He sido muy duro frecuentemente con Dumas; pero tengo la conciencia de no haberlo atacado nunca sino cuando se apartaba demasiado de la verdad. Ha sido uno de los obreros más potentes del naturalismo contemporáneo. Luego se declaró en él una especie de acceso filosófico que ha envenenado y desquiciado sus obras. Entonces fué cuando deploré verlo abandonar el terreno

científico donde estaban sus triunfos. Ahora mismo ¡qué comedia tan extraña esa *Extranjera*, hecha de piezas y retazos, con un duque de Septmonts tan acentuado y verdadero, y al par con esa mistress Clarkson, que es el sueño, la locura, la virgen del mal de los antiguos melodramas! ¿Va á decirnos Dumas que esa figura trivial y estrafalaria se la han impuesto las exigencias escénicas, el convencionalismo y las preocupaciones? ¡No, y mil veces no! Él ha presentado en el teatro la baronesa d'Ange; podía no haber presentado esa Clarkson. Si la sacó á escena, fué porque en cierto instante llegó á nublar su cerebro de escritor un vapor filosófico, místico, socialista y religioso. Pues bien: eso es lo que yo he combatido en él, y lo que seguiré combatiendo, porque me parece malo y doloroso en un espíritu de tanta valía. Se ha achicado siempre que ha salido del naturalismo. Lo que ha de quedar de él será únicamente la suma de verdad que ha conquistado sobre las convenciones.

Antes de concluir, deseo citar las líneas siguientes: «Se necesita una jactancia pueril, á dos dedos de la hemiplegia ó del *delirium tremens* para figurarse que se hacen revoluciones en literatura, y que se llega á ser jefe de escuela. Puede uno tener en torno suyo algunos menesterosos, algunos cándidos y algunos solapados, que le dicen esas cosas por necesidad, por ignorancia ó por recrearse con el espectáculo de la simpleza de un hombre célebre; pero no hay que creerlos». He ahí una cosa que va á ser muy desagradable para Víctor Hugo.

Pero se ha pretendido que esas líneas se dirigían á mí. Lo dudo todavía, porque en los demás pasajes el tono del prefacio es de lo más cortés. ¿Conoce Dumas la fuerza de las leyendas? ¿Ha estudiado lo que cuesta desarraigar una idea formada, difundida en el público, para sustituirla por la idea verdadera? Es un estudio interesante que debería intentar un hombre, aficionado como él, á observar las multitudes. Pues bueno: yo le propongo mi caso.

Debe comprenderme. Hablo á una alta personalidad

literaria que tiene que haber visto formarse en su derredor muchas leyendas. ¿Qué haría, en mi lugar, si no fuese orgulloso ni por soñación, y lo acusaran de serlo; si no tuviese la pretensión de traer una fórmula nueva, y se la impusiesen; si viviese como un hombre á la buena de Dios, reputando una imbecilidad toda jefatura de escuela, y se empeñasen á viva fuerza en que había de ser jefe de una escuela literaria? Apelo á su sinceridad. ¿Debo sacar á plaza las pocas amistades que me rodean; demostrar que en ese pequeño círculo cada cual piensa á su modo; repetir una vez más que no hay escuela ni jefe? ¿Ó debo esperar más bien á que se haga la verdad? Evidentemente, este último es el mejor partido. Pero, si me callo, ¿comprenderá al menos M. Dumas lo que ha de sublevarme el auxilio inconsiderado que presta al error, aceptando á propósito de mí, sin documentos, sin comprobación personal, todas las majaderías y calumnias que corren por los periódicos? Eso no es digno de él, no es digno de su carácter, ni de su situación. Es otra mala acción.

Entre M. Dumas y yo debe bastar una palabra. Se ha dejado engañar; todo lo que insinúa es falso; lo afirmo yo. No salgo de mi asombro al ver que sea tan difícil leer y comprender lo que ha escrito un hombre. Si no existiese ningún documento, si yo estuviese muerto desde hace quinientos años, me explicaría esos errores materiales, esas afirmaciones aventuradas. Pero ahí está todo lo que he publicado; bastan algunas horas para formarse cabal ideal de ello. ¿Qué extraño fenómeno se produce, pues? ¿Cómo llegan á atribuírseme opiniones puramente inventadas, cómo se llega á hacerme decir todo lo contrario de la que he dicho en realidad? Lo que me tranquiliza es que pienso reunir en un volumen todos esos artículos dispersos; y, cuando alguien se decida á consultarnos, me dará la razón. Con eso se me prepara un triunfo fácil que yo no he buscado. El día en que un espíritu justo, asombrado de ese asalto furioso de todos contra uno solo, quiera convertir su atención á los elementos de la

contienda, se sorprenderá hasta el infinito al ver que ese hombre ha sido un simple trabajador, que buscaba la verdad, que renegaba de las escuelas, que no afirmaba más que la individualidad, que estudiaba la época como historiador, y que hacía su propia tarea con el sentimiento de su impotencia y el temor perpetuo de no ser digno del ruido desencadenado torpemente alrededor de su persona.

Y, al concluir, vuelvo á ese tono de melancolía que respira el prefacio de Dumas. Al término del camino, delante de su obra, parece desmayar por no haberlo hecho más grande. Entonces, como he dicho, prefiere dudar de la verdad antes que de sí propio. Allí donde no ha podido pasar él, pretende obstruir el camino. Pero la juventud no debe escucharlo. ¿Oís, todos vosotros, los que trabajáis, los que lucháis, los que soñáis con el triunfo? No es Dumas el que os habla; no es más que su sombra. Escuchadlo, cuando os habla de su experiencia; escuchadlo también, cuando os recomienda que déis á vuestra fuerza por sostén la discreción. Pero cuando os afirma de plano la eternidad de todos los convencionalismos, cuando declara imposible la verdad, cuando presenta al público como un elemento inmutable, no lo escuchéis, porque os induce á error, os arrebatara vuestros alientos, os impulsa á la fabricación, á la rutina, al éxito á cualquier costa.

¿Queréis saber lo que os dice por mi boca el autor de la *Dama de las Camelias*, de *Demi-Monde*, de *Monsieur Alphonse*? Oid lo que dice: «Sois jóvenes; pensad, pues, en conquistar el mundo. Extremad vuestra audacia; considerad que debéis superar á vuestros antecesores para legar á vuestra vez grandes obras. El oficio os marchitará con harta rapidez. Cada conquista obtenida sobre el convencionalismo lleva aparejada una gloria; no es grande el que no trae una verdad en sus manos ensangrentadas. El campo es inmenso, infinito. Todas las generaciones pueden cosechar en él. Yo he terminado mi tarea; pero la vuestra principia. Continuadme; id más allá; haced más luz. Yo os cedo el puesto por una ley fa-

tal ; creo en la marcha de la humanidad hacia todas las certidumbres científicas. Por eso os grito que reanudéis el combate, que seáis valerosos, que no temáis los convencionalismos contra los cuales inicié la lucha, y que habrán de ceder ante vosotros, así debiéseis hacer un día palidecer mis obras con otras más verdaderas ».

Tal es el único lenguaje que Alejandro Dumas puede emplear con la juventud.

EMILIO ZOLA.

EL BUEY



(VERSIÓN DE M. A. CARO.)

Ora, manso animal, inmóvil miras
Cual fijo bloque, el campo floreciente;
Ora al pesado yugo das la frente
Y á la labor del hombre fiel conspiras.
Él te aguija, él te punza, y tú á sus iras,
Los ojos revolviendo mansamente,
Respondes en silencio. ¡Oh buey paciente!
Paz á un tiempo y vigor al alma inspiras.
Tu ancha negra nariz húmido aliento
Exhala; tu mugir ondeando lento
En los serenos ámbitos se pierde;
Y en el glauco cristal de tu pupila,
Grave y dulce, refléjase tranquila
La muda soledad del campo verde.

JOSÉ CARDUCCI.

R I M A



(VERSIÓN DE RICARDO PALMA.)

Tocaron las trompetas botasilla:
Y á escape penetraron en la villa,
Luciendo cascos bien empenachados,
Los hulanos azules y encarnados.
¡Qué confusión! ¡Qué gritos! ¡El estruendo
De las armas alzaba un eco horrendo!
Al fin buscan posada.... ¡qué locura!
Conozco el corazón de una perjura
Que dar puede (no miento)
Posada al regimiento.

ENRIQUE HEINE.

INDICE

SECCIÓN ESPAÑOLA.

	Páginas.
<i>Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos</i> , por J. León Mera.....	5
<i>Un poco de todo</i> , por Rafael M. Merchán.....	21
<i>La filosofía alemana y la cultura filosófica moderna</i> , por U. González Serrano.....	45
<i>Las corridas de toros</i> , por Luis Vidart.....	69
<i>La geografía á principios del siglo XV</i> , por Oliveira Martins.....	78
<i>La antigua civilización de las islas Filipinas</i> , por F. R. Martínez Vigil.	86
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	99
<i>Disonancias y armonías de la moral y de la estética</i> , por Juan Valera.	124
<i>Revista económica</i> , por Un ex Ministro.....	136

SECCIÓN EXTRANJERA.

<i>¡El Papa ha muerto!</i> (cuento), por Alfonso Daudet.....	146
<i>La leyenda de San Julián el Hospitalario</i> , por Gustavo Flaubert.....	150
<i>Alejandro Dumas (hijo)</i> , por Emilio Zola.....	180
<i>El buey</i> (poesía), por José Carducci.....	223
<i>Rima</i> (poesía), por Enrique Heine.....	223
